



Episodios Militares

del Ejército

DE

AFRICA.

DG
A

+161339

C-1204550

EPISODIOS MILITARES

DEL

Ejército de Africa.

L. Valdes

EPISODIOS MILITARES

DEL

Ejército de África,

FOR *207 m*

D. Dionisio Monedero Ordóñez.



SEGUNDA EDICIÓN

CON UN PRÓLOGO DE

D. ANGEL STOR.



BURGOS: 1893

IMP. Y LIB. DEL CENTRO CATÓLICO, LAIN-CALVO 16.

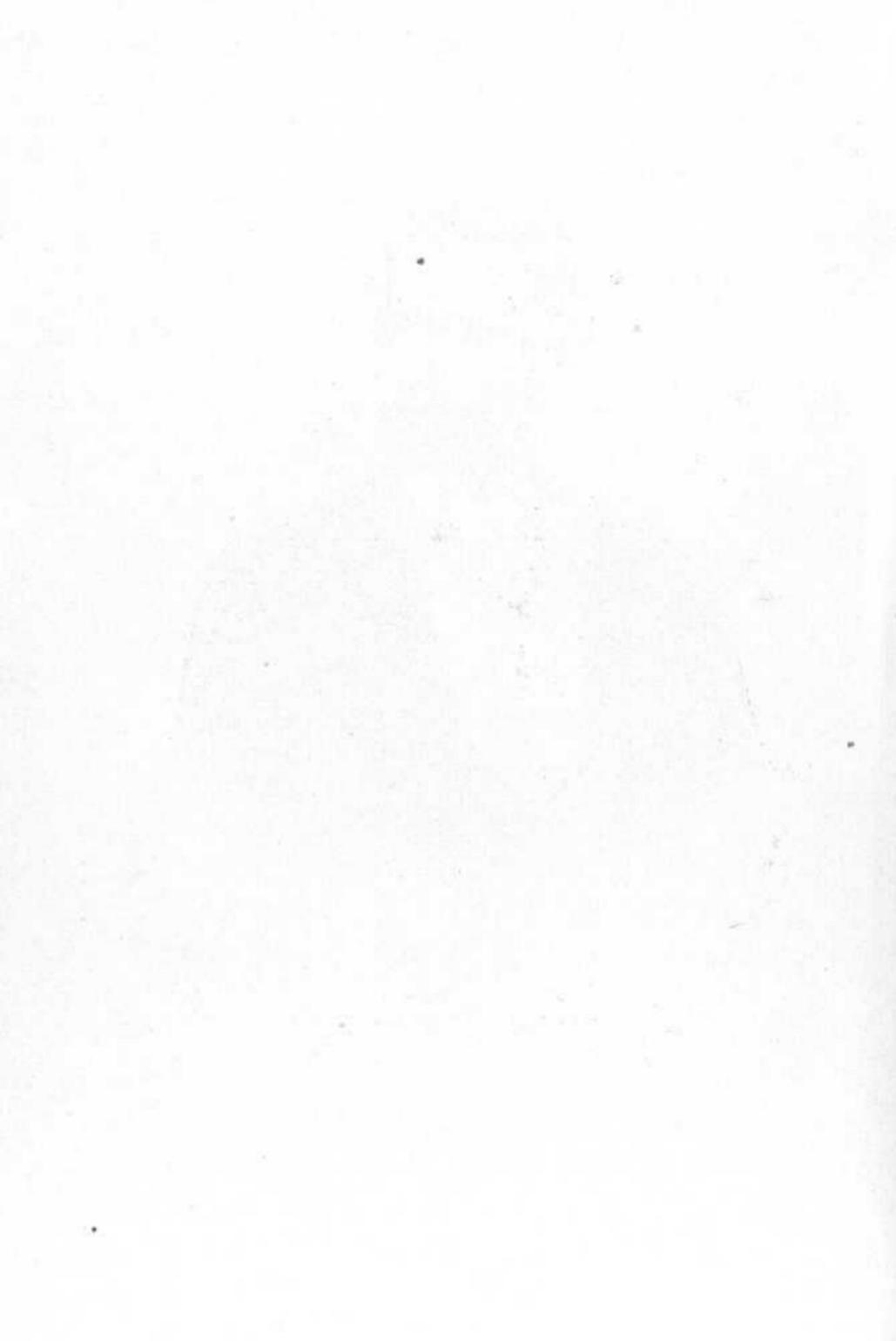
*Es propiedad del autor.
Todos los ejemplares llevarán su rúbrica.
Quedan hechos los depósitos que marca la Ley.*



R. 129352



Dionisio Monedero
[Decorative flourish]



A la Sociedad de Veteranos de la Guerra de Africa.

A vosotros, sagradas reliquias del Ejército más noble y más bravo del mundo, de aquel Ejército que, llenando de terror á los indómitos hijos del Islam, asombró á Europa con sus heróicas y continuadas victorias, tengo el honor de dedicar este libro.

Hoy que habeis conseguido agruparos para hacer vér á España y á su Gobierno el abandono

en que tiene aquel **Tratado de Vad-Rás**, escrito con la sangre generosa de tantos mártires de la Patria, he creído secundaros en vuestros nobles propósitos dando á luz estas pequeñas memorias encaminadas á refrescar la del pueblo español á fin de que os ayude y veais realizado vuestro deseo, de que sea pronto un hecho consumado el cumplimiento del **Tratado** con la erección del Monumento que os proponéis para que recuerde á las generaciones venideras lo que hicisteis, elevando la Nación á envidiable altura.

Si os dignais acoger con benevolencia este sencillo trabajo de quien fué humilde compañero vuestro, quedará honrado y agradecido,

El Autor.



Hay un sello que dice=Veteranos de la Guerra de África=Castillejos=Tetuán=Vadrás=1860=Valladolid.=La Junta Directiva al tener conocimiento de la deferencia que ha merecido á V. esta Sociedad dedicándola la obra que ha escrito, tuvo el honor de proponer á la Junta General, en sesión de 15 del corriente, su admisión como Socio Honorario, y habiendo sido acordada dicha propuesta, tengo el gusto de ponerlo en su conocimiento para su satisfacción. =Dios guarde á V. muchos años.=Valladolid 16 de Enero de 1892.=El Presidente,=Narciso Urdanibia.—Sr. D. Dionisio Monedero.=Burgos.

REAL ORDEN.

MINISTERIO DE FOMENTO.—Dirección General de Instrucción Pública.—Con esta fecha digo al Ordenador de Pagos de este Ministerio lo siguiente: En vista del favorable informe emitido por la Real Academia Española acerca de la obra de D. Dionisio Monedero Ordóñez, titulada **Episodios Militares del Ejército de África** y hallándose cumplidas las demás prescripciones del Real Decreto de 12 de Marzo de 1875, S. M. el Rey (q. D. g.) y en su nombre la Reina Regente del Reino, ha tenido á bien adquirir con destino á Bibliotecas públicas doscientos ventiseis ejemplares de la citada obra, al precio de tres pesetas cada uno y con cargo al capítulo 5.º, artículo único, concepto 6.º del Presupuesto vigente.

Lo que de Real Orden comunicada por el Sr. Ministro traslado á V. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde á V. muchos años.—Madrid 7 de Agosto de 1894. El Director General, Eduardo Vincenti.—Sr. D. Dionisio Monedero Ordóñez.

INFORME.

«Real Academia Española. — Ilustrísimo Sr. — El Sr. Académico de número encargado de informar acerca de la obra del Sr. D. Dionisio Monedero Ordóñez, titulada **Episodios Militares del Ejército de África**, que acompañaba á la atenta comunicación de V. S. I., fechada á 30 de Diciembre de 1893, ha emitido el dictamen que se inserta á continuación:

«Honrado por la Real Academia Española para dar dictamen acerca del libro titulado **Episodios Militares del Ejército de África**, voy á hacerlo con toda la brevedad posible y con toda la sinceridad debida, según puedo y alcanzo. Es este libro de **Episodios Militares**, una interesante monografía de los sucesos acaecidos en la campaña de 1859 al 1860, al Regimiento de Infantería de Almansa, del que formaba parte, como voluntario, el autor de esta monografía D. Dionisio Monedero Ordóñez. Y aun cuando abundan narraciones de aquella gloriosa

campana, entre ellas la muy importante, digna de todos los recuerdos, de nuestro inolvidable compañero D. Pedro António de Alarcón, la del Sr. Monedero no huelga ciertamente y merece plácemes, sobre todo por la ingenuidad con que está escrita y por la modestia que adorna al autor. El libro deleita, y en algunas páginas impresiona por el color, por la sencillez y también por la fidelidad con que se cuentan algunos episodios de la guerra, bajo la impresión de aquella época de entusiasmos patrióticos. Hoy la historia, quizá, generalmente hablando, se resiente de ser demasiado técnica, de ofrecer mucha filosofía, mucha ciencia, exceso de líneas generales y falta de detalles y colorido. Es algo así como estudiar la geografía en los mapas, prescindiendo de los paisajes que un territorio ofrece, de la vista de sus monumentos, de la historia, de las costumbres, de las tradiciones del país y de sus habitantes. Inútil es buscar en la generalidad de las narraciones históricas que hoy se escriben, aquellos retratos que nos encantan en Tácito y Plutarco, y que, salvando naturalmente los límites del tiempo, nos identifican con otras edades y otros pueblos. Hoy en la historia contemporánea los hechos y los personajes se esfuman y desvanecen ante la ola tumultuosa y atropelladora del naturalismo que avanza, haciendo perder su propio relieve  la vida individual, y mostrando sólo la resultante del esfuerzo colectivo, obra de la multitud anónima. Rompiendo la monotonía de esas narraciones, aparecen de vez en cuando libros como el del Sr. Monedero, escritos, sin duda, más con el corazón que con la pluma y vividos antes que pensados. Como no seguir con avidez estos **Episodios del Ejército de África**, tan atrayentes en sí y tan interesantes por estar narrados en forma autobiográfica por un soldado de aquella campana memorable? Lstima grande que el libro no abarque toda la guerra, por ceñirse casi al tiempo que transcurre entre la toma de Tetuán y el Tratado de Wad-Rs! Pero el Sr. Monedero, que no contaba  la sazón más que diez y siete años, harto hizo sentando plaza de voluntario y escribiendo el libro que ahora publica. Nació aquél en la altiva Burgos, *Caput Castellae*, (1) donde viven las gloriosas tradiciones de Fernán-González, Sancho García y el Cid Campeador, y fué hijo de un bravo veterano de la Guerra de la Independencia y de la de Sucesión de Méjico.

(1) En Burgos vivió desde niño: nació en Melgar de Fernamental, importante villa burgalesa.

En tal ciudad y con tal padre, naturalísimo es el entusiasmo del joven Monedero cuando, á pesar de las lágrimas de su familia, decide marchar á África para vencer ó morir luchando contra nuestros tradicionales enemigos, entusiasmo que conserva inalterable y que late en todas las páginas del libro que examinamos, sentimiento sincero y profundo de amor á la Patria, que hubo de tener muy en cuenta el Ayuntamiento de Burgos para recomendar en sus escuelas como libro de lectura los **Episodios Militares del Ejército de África**, á fin de alimentar las virtudes cívicas en el corazón de los jóvenes educandos. El patriotismo es la nota dominante que da calor y vida á la narración del Sr. Monedero desde que describe la salida de Burgos del Regimiento de Almansa, la marcha á Santander en medio de un deshecho temporal de nieves, el embarque en la capital montañesa á bordo del *Velasco*, (vapor inservible que pone en peligro la vida de muchos valientes), la arribada forzosa al Ferrol, la llegada á Cádiz y la incorporación del Regimiento al Ejército de operaciones. Cuadro es éste que no incluye Alarcón en su obra inmortal, y que pinta el Sr. Monedero con el vigor y elocuencia propias de la narración de aquellos sucesos de nuestra vida, á que bien puede decirse que asistimos y que todos recordamos con orgullo y con encanto. ¡Qué documento tan curioso es este libro para formarse idea del espectáculo que España ofrecía cuando, justamente enorgullecida con los triunfos de aquella épica campaña, temía, sin embargo, por la vida de los que iban á continuar la gloriosa serie de tan sangrientas jornadas! Llegaban los heridos de Africa al tiempo que partían de España soldados de refresco, y las mismas piadosas mujeres que hacían hilas y vendajes para la curación de los que llegaban, repartían escapularios y amuletos, medicamentos y golosinas, cigarros y dinero entre los soldados que partían. La boleta de alojamiento que llevaba el militar de tránsito, lejos de ser odiosa, cual otras veces, era recibida como un don del Cielo, como una ocasión bendita de obsequiar en el recién llegado al hermano, al padre, al esposo, al amante, al hijo ó al amigo que estaban peleando en África ó que habían rendido ya á la Patria el precioso tributo de la vida. Se obsequiaba al huesped, se le mimaba, se ofrecían por él novenas á la Virgen y vestidos á los santos, y al marcharse acompañábanle hasta el muelle y le decían adiós con el pañuelo, y repetíase esto con uno y con otro, y cada soldado, al partir, era abrazado y despedido por

una familia, y cada Regimiento saludado, bendecido y aclamado por un pueblo. Después... África inhospitalaria... la dura disciplina del campamento... el temible servicio de trinchera... y el moro audaz, feroz é insidioso. Luego, el regreso á España en medio de flores, versos y coronas, y, por último, la satisfacción del deber cumplido, suprema felicidad á que aspiraba el noble voluntario burgalés, quien al final de su narración escribe estas líneas que caracterizan el libro y el autor. «Ningún buen español, dice, debe lanzarse á los peligros por adquirir personal recompensa; nada importa que sea desatendido en sus intereses particulares, si el servicio que presta redunde en beneficio de la Patria á la que todos debemos servir con entusiasmo.»

Tales son la moral y el fin de los **Episodios Militares del Ejército de África**, historia dramática y sencilla que resalta, sobre todo, por la fe, por el entusiasmo, por el patriotismo y por la sinceridad con que está escrita. El autor es digno de premio y merece que se tomen ejemplares de su obra.» Y habiendo aprobado la Academia el preinserto dictamen, tengo la honra de comunicárselo á V. S. I., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 7 de Abril de 1894.—El Secretario, Manuel Tamayo y Baus. — Hay una rúbrica. — Ilustrísimo Sr. Director General de Instrucción Pública. — Es copia.—El Director General, Vincenti.





PRÓLOGO.

A anécdota, el hecho individual, la escena en que intervienen contados actores ejercen en el espíritu de los niños una impresión más viva y duradera que los puntos de vista generales, las empresas colectivas, los cuadros de grandes dimensiones donde la reflexión anula la fantasía y la frialdad de los juicios sofoca con frecuencia las

efusiones del sentimiento. Son, por decirlo así, á la Historia lo que un paisaje de Haes es á un plano, lo que una batalla de Fortuny al croquis de un jefe de Estado Mayor. El hecho es el mismo; pero mientras todo aparece en los primeros lleno de color y de vida, mientras todo habla en ellos á la imaginación, mientras todo se personifica, cielo, árboles, terreno, combatientes con su fisonomía y expresión características, todo aparece inanimado, frio, abstracto, sin caracter en los segundos, solamente comprensibles para los inteligentes y científicos.

No es otro el secreto de la popularidad de los *Episodios Nacionales* de Perez Galdós, sobre la *Historia de la Guerra de la Independencia* del ilustre Conde de Toreno; el secreto de la popularidad del *Diario de un Testigo de la Guerra de Africa*, del malogrado Alarcón, sobre las relaciones documentadas más ó menos estimables de aquella famosa campaña, única piedra blanca de nuestra accidentada historia militar desde los dias ya lejanos de la primera invasión francesa.

He mencionado el libro de Alarcón y debo declarar de buena fé que después de aquel tra-

bajo no he leído acerca del mismo asunto ninguno más interesante ni dramático que los *Episodios Militares del Ejército de Africa*, objeto de las presentes líneas, debido á la pluma de mi buen amigo D. Dionisio Monedero.

La profesión del periodismo encierra decepciones muy amargas, pero también proporciona de vez en cuando gratas sorpresas que las dulcifican y en gran parte las compensan. Una de las mayores ha sido para el que esto escribe, la lectura de los mencionados *Episodios* de que por casualidad tuve noticia al ver ha pocos meses un ejemplar de la primera edición en la mesa de un diario de la Corte. Curioso de saber quién á tan larga distancia de tiempo se atrevía á refrescar cosas tan viejas, arrojé la vista sobre la cubierta para averiguar el nombre del autor; por desgracia me era en absoluto desconocido, y no traje á mi memoria recuerdo alguno. El asunto me cautivó, sin embargo; abrí con curiosidad la primera página y no dejé el libro de la mano hasta que dí con la última. «¡Lástima que no sea más largo!» dije al terminar; y lleno de la plácida emoción causada en mi ánimo por la conmovedora lec-

tura escribí á vuela pluma algunas cuartillas, parte de las cuales me permito transcribir como fiel reflejo de mis impresiones que permanecen inalterables.

«Si los laureles de la Guerra de África, decía entonces, están ya marchitos, viven frescos sus recuerdos en los veteranos sobrevividos á las sangrientas luchas que después han desgarrado el seno de la Patria. Son despojos del tiempo viejo siempre nuevos, sin embargo, para la generación presente, herida de indiferencia, cuando no de pesimismo, en todo lo referente al porvenir de España en Marruecos.

«Un bizarro jefe de nuestro Ejército, distinguido escritor militar que de vez en cuando favorece las columnas de *El Heraldo* con sus trabajos, el señor Cotarelo, recordaba no ha mucho los tristes y gloriosos días del *campamento del hambre* y narraba con inimitable ingenio la leyenda del perro *Palomo*, fiel compañero de nuestros heroicos soldados en la titánica campaña iniciada en el Serrallo y terminada á los seis meses en Wad-Rás.

«Otro de nuestros colaboradores, el señor Monedero, muchos años hace retirado del ser-

vicio, acaba de reunir sus recuerdos de aquella campaña en un precioso libro de amena y atractiva lectura escrito con candorosa ingenuidad.

«Como Alarcón y tantos otros jóvenes de aquella época, fué el señor Monedero, por lo que él mismo nos dice, soldado voluntario del Ejército en cuyas últimas acciones tomó parte y combatió con arrojo.

«Burgalés de nacimiento, castellano de vieja cepa, nutrido en las gloriosas tradiciones de Fernán-Gonzalez, Sancho García y el Cid Campeador, perpetuos debeladores de la morisma; alimentado su espíritu en el rincón del hogar doméstico por las narraciones paternas, impregnadas de patriótica exaltación al referirle las hazañas de nuestros guerrilleros y soldados en la Guerra de la Independencia, acaso, sueño disculpable, pretendió renovarlas en los hermosos campos africanos y á ellos acudió con la mochila á la espalda, el fusil en la mano, repleto el pintoresco poncho de cartuchos, el corazón lleno de entusiasmo y el cerebro de caballerescas ilusiones.

«¿Se engañó..? Sin duda careció de la buena

suerte de algunos de sus compañeros de armas hoy elevados á las más altas categorías militares. El señor Monedero no se queja, contodo, de su poca fortuna; nos parece es demasiado modesto ó demasiado altivo para hacerlo. Cumplió con su deber de soldado y esto basta á su honrada conciencia recordando por ventura la cristiana resignación aconsejada á los desgraciados en los siguientes versos de Quevedo:

«Los casos dificultosos
Y justamente envidiados
Los emprenden los honrados,
Los acaban los dichosos.»

«Dicha no pequeña debió, sin embargo, considerar el autor salvar la vida en la sangrienta Batalla de Wad-Rás, descrita en la parte de que fué testigo con dramáticos y sencillos colores, si bien salió de tan memorable jornada con algun daño de su persona que sufrirá mientras viva.

«Y si como narrador llano y familiar tiene el señor Monedero excelentes condiciones, no las muestra inferiores en muchos capítulos de

su libro como pintor de costumbres y fino observador de los hechos que presencia. La descripción de Tetuán, la visita al cementerio hebreo, la marcha de aquella ciudad á Ceuta, la entrada finalmente de las tropas en Madrid, revisten tal encanto y colorido que más que descripciones trazadas con la pluma, se nos antojan verdaderas pinturas ejecutadas con ayuda de la paleta por el ejercitado pincel de un maestro.

«No es, por tanto, el libro del señor Monedero un libro más en su género; pertenece al corto número de los que merecen leerse por el sincero patriotismo que le inspira, el calor con que está escrito, hasta por los dolorosos sentimientos que despierta en el ánimo de todos los buenos españoles al contemplar en lo que después de treinta años han venido á parar tantos sacrificios, protocolos y conferencias diplomáticas en las costas de Marruecos....»

La sana lectura de los *Episodios Militares del Ejército de Africa* no puede menos de convenir á todos y especialmente á los niños para contribuir á formar su corazón, su gusto y su caracter; circunstancias que habrá tenido en

cuenta la ilustre Corporación Municipal de Burgos al adoptar dicho libro en las escuelas, prestando con ello provechoso servicio á la infancia y honrosa distinción á uno de sus hijos más laboriosos y entusiastas.

ANGEL STOR.



POR QUÉ ESCRIBÍ EL LIBRO.



OMO el conocimiento de los heroicos hechos que enaltecen la Historia de la Patria es lo que infunde en los corazones sanos el amor al peligro y á la gloria, no he vacilado un momento en dar á luz los que este pequeño volumen contiene.

Impulsos he tenido de aumentar algunos otros más; pero por una parte el no disponer

del tiempo necesario para ello, y por otra el no querer dar extensas dimensiones á un libro que debe ser corto si ha de leerse por el pueblo sencillo, por ese pueblo patriota de alma generosa, al que conmueve todo aquello que á la Patria interesa, ha hecho que me haya limitado á narrar fielmente algunos episodios de la vida militar de que fuí testigo en la gloriosa Guerra de África, de eterna y grata memoria para todos los buenos españoles y con más motivo ahora que parece estar sobre el tapete de los Gabinetes europeos lo que en Marruecos pasa, y que la Sociedad de Veteranos de la Guerra de África trata de disipar la indiferencia que va echando el manto del olvido sobre las glorias allí alcanzadas por el Ejército.

Es necesario que todos los españoles, sin excepción, fijemos nuestra vista en lo que en el Oriente del Imperio moghrebino sucede, respecto de las aspiraciones de la rectificación de la frontera argelina; pues si lo que nuestros vecinos intentan ya hace mucho tiempo llegara á realizarse, adios importancia de Melilla y Chafarinas, y adios influencia española en la antigua Mauritania.

Por otro lado los isleños, esos eternos enemigos de España, hacen lo que pueden por entorpecer hoy nuestros asuntos como lo han hecho siempre y seguirán haciéndolo; y no solo ellos, otros hay que parece se han confabulado para estorbar lo que al fin y al cabo ha de realizarse si España no se deja arrollar por esas ingerencias extrañas; y á que no se dejen encaminadas estas páginas que recuerdan pasadas glorias, porque teniendo presente todos lo que hemos realizado en el feraz y delicioso país del Moghreb, revivirá y estará latente á todas horas el fuego sagrado del amor á la Patria no teniendo en cuenta para nada los peligros, y sí únicamente la satisfacción y la gloria de ser actores de escenas parecidas á las que me propongo describiros.

Ningún buen español debe lanzarse á los peligros por adquirir personal recompensa; nada importa que sea desatendido en sus intereses particulares si el servicio que prestó redundando en beneficio de la Patria, á la que todos debemos servir con entusiasmo, coadyuvando con todas nuestras fuerzas para su engrandecimiento; porque ¿qué mayor galardón para un

patriota que ver á su Nación honrada, poderosa, respetada y feliz?

Yo de mí digo, que una y mil veces expondré mi vida por su gloria; pues con ello, además de la satisfacción interior que se experimenta, se conquista también el aprecio y consideración de las gentes honradas.

Que los prohombres del poder no hacen aprecio de esto..... Bien, ¿y qué?..... Mas no todos son lo mismo: también los hay amantes de la justicia y del deber, y si no estos... he aquí lo que oí á un buen español al escuchar lo que un veterano relataba á varios amigos.

—Pero no gusta ver luego, decía, que de los que sirven á la Patria nadie se acuerda si no tienen influencias, y generalmente estas se hallan al servicio de los que nada merecen, dejando en el olvido y sin recompensa á los patriotas.

—De eso no debe hacerse caso, replicó un tercero: Bastante recompensados están con esa satisfacción interior que sienten y con el entusiasmo y admiración que á nosotros nos hacen sentir cuando les oimos relatar sus hechos: la mitad de cuanto poseo diera yo por poder

contar otro tanto. A los otros....á los que cometen las injusticias y á sus protegidos sin capacidad ni méritos debemos....tenerles lástima.»

—Tiene V. razón, añadimos todos.»

Pues bien, esto es lo que he querido que llegue á noticia del público; que sepa lo que es el soldado en campaña, y algunas noticias curiosas de los puntos que he recorrido: deseo que sea conocido lo que era la España de aquella época gloriosa, viendo lo que hizo por el Ejército, para que la de nuestros días se identifique con él y para que tenga en cuenta que es necesario hacer siempre lo mismo si el honor de la Patria lo exige.





La fuerza moral es siempre superior á la fuerza física, y se la prepara educando el alma del soldado, (1) inspirándole amor á la gloria, al honor del Regimiento y, por encima de todo, fomentando el patriotismo. Cuando se ha conquistado la confianza de los hombres así dispuestos, se les pueden pedir las más grandes cosas.

Mariscal Bugeaud.

CAPÍTULO I.

Entusiasmo del pueblo español.

Desde que empecé á tener uso de razón se quedaron grabados en mi mente los episodios guerreros que mi buen padre refería á sus amigos, á quienes tenía siempre algo nuevo que contar en las largas veladas del invierno; pues en catorce años de incesante lucha, algunas aventuras pudo correr.

(1) Si esta educación empieza en las escuelas de Instrucción Primaria, la Pátria tendrá buenos hijos que la engrandezcan.

Me entusiasmaban tanto sus narraciones, que mi mayor delicia era el escucharlas, creyéndome trasportado en cuerpo y alma á los lugares donde se habían realizado los heróicos hechos que tan alto elevaron el honor de la Patria en la guerra victoriosa con Napoleón I, y aun en la desastrosa con los rebeldes de Nueva España en el hemisferio descubierto por Colón.

Aquellas gloriosas epopeyas excitaban mi alma y mis sentidos deleitándome extraordinariamente su recuerdo.

Muchos son los episodios que conservo en mi memoria; mas, como no es mi ánimo hacer la historia de ellos, me limitaré á decir solamente que al ver, el autor de mis días, nuestro suelo profanado por las tropas francesas, no dejándole su genio ni su patriotismo presenciar impávido las tropelías y vejaciones que aquellos orgullosos soldados, jamás vencidos, cometían en campos y ciudades, tomó la determinación de combatirlos alistándose voluntario bajo la bandera del Regimiento Infantería de Arlanza, con el que se halló en varias acciones de guerra. (1)

(1) En Aranda, en Abril de 1809, en Lerma, en 25 del

Fanatizado yo por los heróicos hechos llevados á cabo por los soldados españoles en los combates á que me refiero, y con la lectura de los que realzan nuestra Historia, siguiendo el ejemplo de desinteresado amor á la Patria que mi buen padre me diera, desoía los consejos de los que me hacian ver los trabajos y peligros á que se expone el que á

mismo y en Ontoria de Valdearados en 15 de Mayo siguiente.

Pasó al Regimiento de Almería en 12 de Febrero de 1812, y con él se halló en las acciones siguientes: Sitio de Pancorbo, idem de Pamplona en Julio de 1813. Batalla de Serauren en los días 28, 29 y 30 del mismo; en la de San Marcial, el 31 de Agosto; en la de los Montes de Larum y Campos de Zara, donde fué contuso; en el ataque y toma de dicho pueblo y sus alturas en los días 7, 8 y 13 de Octubre y 10 de Noviembre del mismo año.

Pasó al Regimiento de Órdenes Militares en 1.º de Marzo de 1815, embarcándose en el puerto de Cádiz para el Reino de Nueva España en 14 de Abril del mismo y desembarcando en Veracruz, en 18 de Junio, se halló contra los rebeldes mejicanos en las acciones de guerra siguientes:

Primera toma del Puente del Rey en 24 de Julio; en Acasónica el 7 de Agosto; Rancho Nuevo, el 27 de Noviembre; Barranca de Chipita y segunda toma del Puente del Rey, en 6 y 8 de Diciembre de 1815. Rancho de San Carlos, en 4 de Enero de 1816. Segunda vez en Acasónica, en 21 de Febrero; conducción del convoy á las villas y acciones del Paso de la Soledad, Macho, Toma de Chiquigüit y Puente de Atoyac, en los días 11, 12, 13, 14 y

la guerra se lanza, por tenerles muy en poco comparados con la satisfacción que debía sentir todo aquel que generosamente los arrostrase; pues cuanto más de relieve me les mostraban, más y más me deleitaban y seducían.

Así es que cuando en 1859, el grito mágico de «guerra al moro» resonó por todos los ámbitos de la Península, abandonando los es-

15 de Abril: en San Juan de los Llanos, en 8 de Septiembre de 1816: Expedición á la provincia de Valladolid contra los rebeldes de ella desde 2 de Marzo 1818, hasta 9 de Mayo del mismo. Expedición contra el rebelde Asensio en la Goleta, desde el 16 de Junio de 1820, hasta el 20 de Diciembre del mismo año: se halló en la Acción de Tepeuca en Abril de 1821, por la cual gozó un escudo de distinción: en Escapusalio el 19 de Agosto donde le fué concedida una medalla de distinción con el lema *Firmeza en Escapusalio*: en Guadalupe, en 4 de Septiembre: Sitio de Méjico, hasta su evacuación que lo fué por superior orden del Excmo. Sr. Capitán General D. Juan Odonojú, el 24 de Septiembre de 1821, desde donde pasó á la ciudad de Toluca, en la que resistió al enemigo cuando intentó desarmarle hallándose en dicha ciudad acantonado: Se halló en la Acción de Juchí, el 3 de Abril de 1822, en la que fué prisionero de guerra, sufriendo la prisión desde dicho día hasta el 9 de Julio en que fué puesto en libertad y regresó á la Península con su Cuerpo. Se le confirió el distintivo de una cruz, por la acrisolada fidelidad que hizo constar en el servicio de la Patria, y por decreto del Virrey, de 25 de Noviembre de 1817 y otro de 1.º de Junio de 1821, fué puesto en posesión de varios premios.

tudios que á la sazón hacía en el Colegio de San Luis Gonzaga, que en Burgos dirigía don Venancio Almarza, fijé toda mi atención en los hechos que realizaban nuestras tropas en las fragosidades de Sierra-Bullones, y en el entusiasmo que infundían en nuestra querida España.

El ultraje inferido por las Kábilas de Anghera ante los muros de Ceuta, había encendido en ira todos los corazones españoles, sacudiendo la pereza en que se hallaba sumido el pueblo más noble de la tierra.

Las Autoridades, el Clero, las Sociedades, toda clase de Centros de Enseñanza y todos y cada uno de los españoles en particular, unidos en el santo amor de la Patria, no se daban punto de reposo en proporcionar elementos de guerra para equipar un lucido ejército que salvando el Estrecho hiciese ver á los atrevidos é indómitos agarenos que no en vano se insulta al fiero león de Castilla; pues aunque aletargado se hallaba en su lecho de laureles, á tamaña injuria se dispuso arrogante y decidido á vengar el honor ultrajado.

¡Noble Patria mia! ¡y cuán bella te hallabas en aquellos momentos!

No tenías material de guerra, y el material fué improvisado inmediatamente.

No tenías víveres, y los víveres acudieron de todas partes.

No tenías ejército, y el ejército se improvisó también, y á los pocos días pudiste enviar á las playas agarenas una legión de héroes compuesta de cuarenta mil hombres todos alegres, decididos y deseosos de derramar su sangre generosa en holocausto de la Patria.

¡Qué días tan venturosos aquellos!

Puedo asegurarte, querido lector, que son los únicos felices de mi vida: los que recuerdo con dulce melancolía al pensar en que tanto valor, tantos sacrificios hechos por todos, y tanta y tan noble sangre derramada en cien gloriosas lides, no sirvieron de nada, gracias á las torpezas de nuestros hombres políticos.

Las victorias del Ejército se contaban por combates.

El heroísmo de nuestros soldados, la mayor parte bisoños, pues había muy pocos que pasaran la edad de veinticuatro años, electrizó todos los corazones. Así es que en todas

partes se disponían elementos de guerra.

Cataluña equipaba á toda prisa un batallón de quinientos hombres que habían de asombrar al mundo y eclipsar las hazañas de Roger de Flor. Jóvenes de distinguidas familias de la Ciudad Condal se habían alistado de simples voluntarios entusiasmados por el santo amor de la Patria.

Las Provincias Vascas disponían sus lucidos Tercios de tres mil hombres para que rivalizaran en heroísmo con sus hermanos.

De todas partes acudían voluntarios: ¿Qué extraño, pues, que cuadro tan venturoso encendiese mi sangre castellana, ni que mi corazón me impulsara á formar parte de aquel Ejército que estaba asombrando al mundo?

Por eso despreciando los peligros, que sin duda alguna me esperaban, senté plaza de soldado voluntario, bajo la bandera del Primer Batallón del Regimiento de Almansa que mandaba el bizarro Coronel D. José Salcedo y Ferrer.

Acababa de cumplir yo entonces la edad de 17 años.



CAPÍTULO II.



La primera marcha.—Santander.—Despedida y embarque.—En el mar.



Al ir á incorporarme al brillante Ejército de África, hice, en unión de doscientos soldados del Segundo Batallón de mi Regimiento, el viaje á pié por la carretera de Santander.

Bien duros fueron los principios de mi carrera, á causa del crudo temporal que reinaba al emprender el viaje.

Eran las doce de la mañana de un domingo, en que nevaba copiosamente, cuando salimos formados del Cuartel de Infantería de la Calle de Vitoria, entrando por el Arco de San Juan y siguiendo por la Calle de la Puebla, Plaza de la Libertad y Calle de Santander.

Todo Burgos, apesar del mal tiempo y de haber sido repentina la salida en cumplimiento de una orden telegráfica, nos esperaba y seguía después á nuestro lado vitoreándonos. Había algunos tan entusiastas, que mezclándose entre filas descomponían la formación.

Yo me había despedido apresuradamente de mi familia, temeroso de que influyese con cualquier pretexto para retenerme á su lado.

Los Generales, los Jefes y Oficiales del Segundo Batallón de Almansa, y los de otros cuerpos de la guarnición de la plaza, unidos á las Autoridades y principales personas de la ciudad marchaban á pié á la cabeza de la pequeña columna que al paso doble de una música avanzaba, acompañándonos dichos señores y el pueblo hasta el punto de la carretera denominado la «Casa Blanca.»

Más allá, en la «Fuente Nueva,» nos despe-

dimos de nuestros amigos, dándome á mí los míos su tabaco, su dinero, y mil abrazos llenos de emoción que hacían conmover el alma.

Las lágrimas que acudían á mis ojos me costaron esfuerzos de resistencia para contenerlas. Pedía á Dios pusiera pronto fin á aquella escena que me hacía sufrir, pues no quería que nadie me viese llorar. Atendía á todos con la sonrisa en los labios, y la pena en el corazón.

Llegó el momento de separarnos. Ya era tiempo. Algunos minutos más y no habrían servido de nada mis esfuerzos, porque mis ojos se arrasaron apenas volví la espalda.

Aquellas lágrimas causadas por el dolor que sentí al despedirme de queridos seres me aliviaron, y seguí relativamente tranquilo. Llevaba la bendición de mis ancianos padres, que dejaba sumidos en un mar de lágrimas, y el aprecio de mis amigos y paisanos: no necesitaba más.

No me he arrepentido jamás de esta determinación, y si volviera otra vez á encontrarme en iguales circunstancias volvería á hacer lo mismo. Todos tenemos alguna pasión: la mía es el amor á la Patria. Soy así y no

puedo ser de otra manera. Todo por España.

Llegamos de noche á Ontomín, que dista cinco leguas de la ciudad, y yo, que jamás había andado más de media legua, aquel día realicé la jornada de un tirón y sin haberme desayunado; así es que llegué molido.

Los patrones que me deparó la suerte eran unos honrados labradores medianamente acomodados, los que á un compañero y á mí nos recibieron con muy buena voluntad, obsequiándonos con sopas de ajo hechas con huevos que cenamos al amor de un abundante fuego.

Aquella buena gente tenía un hijo en el Ejército, y esto les inclinaba hacia nosotros.

Después de la frugal cena nos prepararon una limpia cama donde reposaron nuestros rendidos cuerpos, si bien nos desveló á media noche el llanto de la patrona que se acordaba de su hijo ausente. ¡Pobres madres!

Antes de amanecer sonó el toque de *diana*.

Mi compañero, que era un soldado viejo, se lanzó de la cama enseguida, y al intentar hacerlo yo, ví que me era imposible.

¿Qué es esto? me pregunté alarmado, pues no me podía mover.

Volvió á sonar la corneta tocando *llamada* y entonces haciendo un esfuerzo me bajé del lecho, vistiéndome trabajosamente, pero sin poder dar un paso.

¡Qué compromiso! ¿Qué iba á hacer yo? ¿Qué iba á decir? ¡Un voluntario tendría que quedarse en el pueblo por no poder andar....? Primero la muerte. Pero ¿y si no podía seguir á mis compañeros? Esto parecía cierto, pero mi corazón me dijo: «anda,» y lo intenté, mas en vano. «Anda,» «anda,» volvió á gritar la voz interna, y obedecí penosamente.

Llegué con mucho trabajo al sitio en que estaba formada la columna y al instante se rompió la marcha.

Yo seguía como baldado; pero al poco tiempo observé con alegría inmensa que mis piernas se iban desentumeciendo, que cada vez se movían con más agilidad y que á la media legua de camino se me quitó del todo el cansacio. ¡Oh! ¡cuántas gracias dí á Dios! Por esto deben animarse siempre los que se encuentren en el mismo caso, pues muchos de los que dicen «no puedo» es porque se dejan abatir, como á mí me habría sucedido sin mi fuerza de voluntad.

Seis leguas anduvimos aquel día pernociando en Masa.

El frío era intensísimo, tanto que dos infelices compañeros perecieron helados.

Pasamos la noche menos mal, y al amanecer, no penetrando la luz en las habitaciones que ocupábamos, los que carecían de reloj creyeron la noche eterna, pues tan fuerte era la nevada que durante ella cayó, que, cubriendo completamente las casas, tuvimos que salir de nuestros alojamientos por encima de los tejados para reunirnos; mas en vano intentamos continuar el viaje: La ventisca no nos dejaba avanzar un paso sin enterrarnos á cada instante entre la nieve, porque los copos y el viento huracanado nos cegaban; el camino no se conocía, y si no hubiésemos llevado delante de nosotros una docena de hombres del país para guiarnos, nos habríamos visto completamente desorientados, y ni aun así pudimos continuar marchando, teniendo que hacer alto á una legua de camino.

De trecho en trecho habíamos encontrado cubiertos de nieve hasta la imperial los coches-diligencias, abandonados por sus con-

ductores por serles imposible continuar la marcha.

Como la carretera que seguíamos tiene muchos precipicios á sus costados, y todo se hallaba nivelado por las nieves, no se conocían, siendo esto la causa de que yo cayese en uno quedando sepultado por completo, del que no sin trabajo fui extraído por mis alegres compañeros, pues una de las cosas que me encantaban, era su constante buen humor.

No había contratiempo que no se convirtiese en risa y chacota, oyendo las más peregrinas ocurrencias á cada instante.

A los cuatro días de jornada cedió algo el temporal y continuamos nuestra marcha relativamente bien.

Las altas montañas cubiertas de nieve que íbamos viendo, en las que se destacaban los árboles blancos también: algunos precipicios, de cuyo fondo se elevaba el sordo ruido de sus torrentes; los hondos valles, los pintorescos pueblecillos con sus tejados encarnados ya limpios de nieve unas ocho leguas antes de llegar á Santander, causaban en mi ánimo un efecto encantador, indescriptible: me re-

cordaban las decoraciones de nuestros teatros en esas obras de gran aparato escénico en que tanto hablan al alma del espectador los preciosos paisajes.

Nada más grato después de una penosa marcha que el descanso, y por esto pasábamos las veladas lo más alegremente al amor de grandes fogatas, pues como el país estaba cubierto de bosque ardían en los amplios hogares de campana troncos enteros de árboles que los sencillos montañeses renovaban, y así pasábamos el tiempo en animada conversación hasta las altas horas de la noche en que nos retirábamos á descansar en los limpios lechos que generosamente nos cedían después de habernos obsequiado con cena llenos de satisfacción y amor.

Por fin, á los nueve días de trabajosa marcha, llegamos á la ciudad cantábrica, en la que fuimos recibidos con agasajo por sus nobles habitantes que cariñosamente nos invitaban á que ocupásemos su viviendas.

En tan hospitalaria población descansamos ocho días esperando el buque que había de conducirnos al campo del honor, donde nuestros hermanos estaban escribiendo con las

puntas de sus bayonetas las más brillantes páginas que registra la Historia de Castilla.

Durante este tiempo, ávido yo de contemplarlo todo, recorrí la ciudad alta y baja, observando que ocupa la falda de una colina casi aislada por dos rías coronadas por dos puentes que facilitan la comunicación.

Las calles son estrechas y rectas en la parte baja, con las casas antiguas en su mayoría.

La población nueva, levantada en terreno llano, tiene buenos edificios que forman calles rectas y espaciosas.

Lo más elegante de las construcciones de la ciudad está en el muelle, (1) desde el que se contempla un magnífico golpe de vista que ofrece la extensa bahía ocupada por numerosas embarcaciones, y los arenales que forman el límite de la misma con las altas lomas pobladas de bosque y las encumbradas sierras con sus caseríos y pueblecillos y después elevadas montañas coronadas, entonces, por la nieve que con abundancia había caído.

Todo esto formaba un paisaje tan bellissimo que no cansándose la vista de contemplar

(1) Entonces no existía el Sardinero.

tanta hermosura, deleitábase el alma admirándola en las apacibles tardes que pasé en la ciudad que nos ocupa.

Contiene esta buenos paseos; sus alrededores son deliciosos, pintorescos y muy animados por el gran número de caseríos que les puebla; como plaza comercial es una de las principales de España.

En la primera Guerra Civil dieron sus habitantes pruebas de valor el día 3 de Noviembre de 1833, pues por el hecho de armas de aquel día, el Gobierno de S. M. otorgó á la ciudad, entre otras gracias, la de añadir á sus títulos de *muy noble y siempre leal*, el de *decidida*, y á su Municipio el de poder usar el tratamiento de *Excelencia*.

Llegó el deseado día:

El vapor transporte de guerra «Velasco» nos espera á alguna distancia del muelle.

Todo Santander se había echado á la calle para despedirnos.

Mis amables patronas me regalaron hilas y vendajes, un escapulario de la Virgen del Carmen, y no recuerdo qué clase de líquidos para preservarme del mareo. ¡Dios os proteja, mis hermosas bienhechoras, si aún vivís, ó

que esteis en la gloria si ha terminado ya vuestra peregrinación sobre la tierra!

Soy un ingrato: de aquella bondadosa familia compuesta de una viuda y sus tres hijos, solo recuerdo el nombre de una de las hijas, Aurelia, que era por cierto muy bonita y de mi edad próximamente. ¿Qué habrá sido de vosotros, mis buenos amigos?

Si estas líneas llegasen á vuestras manos, sabed que no os he olvidado; que he recordado siempre con dulce emoción aquellos apacibles momentos en que con fervor cristiano me hacíais postrar ante la Virgen que teníais en vuestro oratorio, durante la novena que por la salud del Ejército de África celebrabais, añadiendo además otras oraciones por la buena suerte en la guerra del Ayudante de mi Batallón Don Jenaro Ibañez, que me había precedido en el alojamiento, y por mí.

Todo el mundo, repito, se hallaba en las calles.

Los doscientos hombres que íbamos á embarcar estábamos formados en la irregular plaza de la ciudad, y casi todos entonaban en coro canciones alusivas á la guerra, coro

compuesto en su mayor parte de catalanes y dirigido por ellos.

Los balcones se veían llenos de señoras que agitaban sus pañuelos.

Las gentes se apiñaban á nuestro lado por contemplarnos.

Hombres y mujeres nos abrazaban; ellos con emoción profunda, ellas llorando; y á nosotros que estábamos tan alegres.... también nos hacían humedecer los ojos.

Llegó la hora del embarque: era á la caída de la tarde.

La Diputación y el Ayuntamiento nos habían obsequiado con cincuenta cigarros habanos por plaza, además de los muchos obsequios que los particulares nos hacían.

No debo pasar en silencio un hecho que me hizo derramar lágrimas de ternura y agradecimiento hacia mis ancianos padres.

Ya he dicho que los caminos estaban intransitables y, por esto, durante el tiempo que en Santander estuvimos, nos hallamos sin comunicación con Burgos; mas quiso Dios que precisamente á última hora, á la misma del embarque, recibiese de mano del Teniente Mora, que nos condujo en unión del

Alférez Hermosa, únicos oficiales que nos acompañaron hasta el muelle solamente, porque no formaban parte de la expedición, recibí, digo, una medalla de plata que aún conservo.

Esta medalla de Nuestra Señora del Rosario de Santo Domingo de Méjico, fué adquirida en Veracruz por mi padre, quien con una envidiable fé la llevó en su pecho durante la guerra en aquel antiguo reino español, y por espacio de cuarenta y cuatro años después. No se habría desprendido de ella por todo el oro del mundo por atribuirle el milagro de haberle salvado la vida, porque á pesar de haber recibido innumerables balas que le agujerearon la ropa, jamás le hicieron daño.

No me la entregó desde el momento de mi partida, porque habiendo salido precipitadamente de Burgos, no hubo tiempo para nada.

¡Pobre padre mio! La medalla bendita, la medalla milagrosa, como tú la llamabas, sigue en mi poder y ni ella ni tú ni mi amantísima madre jamás os separaréis de mi memoria, y á esta Virgen de vuestra devoción os encomiendo en mis oraciones. Descansad en paz.

Recibida la preciosa reliquia y algún dinero que también me enviaron, nos dirigimos al muelle acompañados por todos los santanderinos á los que precedían la Diputación, el Ayuntamiento y personas principales de la ciudad con dos músicas.

Allí había dispuestas lanchas para estas corporaciones, infinidad de ellas para particulares y un grande lanchón para nosotros.

Recibí un abrazo del Teniente, pasé al lanchón y, con mar agitadísima, navegamos en busca del vapor que nos esperaba, diseminándose en seguida las lanchas que nos acompañaban, á consecuencia de las gruesas olas.

Llegamos al buque; subimos á su cubierta y desde allí contemplamos el mar cuajado de lanchas ocupadas por gentes que nos vitoreaban.

Veíase á lo lejos el muelle lleno de inmenso gentío que agitaba en el aire sus pañuelos y nos despedía tirando los sombreros por lo alto.

Nosotros con mezcla de melancolía y patriótico entusiasmo respondíamos á sus cariñosas demostraciones, hasta que, ya de

noche, nos retiramos á los sitios que teníamos destinados, no sin haber contemplado largo rato desde cubierta las luces de la bella y patriótica ciudad.

.....

*
* *

Cuando al dia siguiente subí á cubierta la tierra no se divisaba: nos hallábamos en alta mar con rumbo á la Coruña.

¡Qué imponente se presentaba el mar y mucho más para quién, como yo, no le había visto nunca!

En las primeras horas de la mañana el panorama que á nuestra vista se ofrecía era digno de admirarse.

A los costados del buque seguían con velocidad pasmosa unos pescados monstruosos que por su figura y enorme tamaño me parecían tiburones.

Las ondas del proceloso mar movibles en extremo, figuraban la tierra con sus altas montañas y sus hondos valles, cambiados de sitio á cada instante.

Aumentaban su agitación de un modo extraordinario.

Había olas que al chocar con la quilla del vapor le elevaban á una increíble altura.

Los bramidos del soberbio Cantábrico imponían pavor al ánimo más sereno.

Una lluvia torrencial vino á hacer más penosas las maniobras del buque y más aterrador el cuadro que á nuestra vista se ofrecía.

Ninguno de nosotros pudo continuar de pié, pues hasta los mismos marineros rodaron por la cubierta.

Yo, que á la sazón me encontraba en ella, pude agarrarme á las rejas que cubrían los hornos de las máquinas.

Allá abajo, á una profundidad de algunos metros, se veían los fogoneros ejerciendo su oficio.

Cuando principiaron tan fuertes oscilaciones, los soldados, divididos en grupos de veinticinco hombres, tenían preparado su rancho que consistía en tajadas de tocino crudo, vino y galletas, colocado todo distintamente en cubitos de madera.

No habían hecho aún el reparto cuando un golpe de mar inundando la cubierta derramó por el suelo el contenido de los cubos; y hombres y objetos fueron rodando de un extremo á otro de la embarcación, hiriéndose muchos marineros y soldados.

Yo me salvé de aquel fracaso por continuar fuertemente asido á los referidos hierros hasta que, serenado un poco el agitado mar, nos mandaron bajar á los departamentos interiores, y cerrando las escotillas quedamos incomunicados.

Los infelices marineros no tenían un momento de reposo; por esto algunos, extenuados de fatiga, venían huidos á refugiarse entre nosotros para dar descanso á sus cansados cuerpos; pero el pito del Contramaestre y los *chicotes* de los cabos se encargaban de dar pronto fin á su reposo.

Allí eran tratados sin compasión porque la seguridad de todos así lo exigía.

Si no hubiese navegado después en otros buques, cada vez que hubiera oído hablar del mar me habría puesto malo sin remedio: aquel navegar era un martirio.

Los Jefes y Oficiales del vapor tampoco descansaban un momento, y por ellos supe que sería un milagro si llegáramos con bien á nuestro destino; porque el barco, que se hallaba dado de baja por inútil, había sido habilitado por necesidad para el servicio de la guerra, y el Mar Cantábrico es muy traidor.

Esto no dejó de ser una falta imperdonable del Gobierno, pues no debió haber confiado de este modo á la aventura las vidas de centenares de españoles, que si daban gustosos su sangre por la Patria, no supieron con agrado, ni mucho menos, que se hallaban próximos á perecer malamente en el abismo, sin gloria ni provecho para nadie.

Continuamos nuestro penoso viaje extremadamente pésimo, pues á más de no poder tener en pié, iban en nuestro departamento balas de cañón colocadas de tal modo, que con el continuado vaivén del buque producían un ruido infernal.

Llegamos al Ferrol con los palos de la nave rotos; sin lanchas en los pescantes; los departamentos que había en el costado derecho, desaparecidos, y toda la obra de esta parte, destrozada por los golpes de mar, había sido provisionalmente compuesta con tablones para que los soldados pudiéramos salir á cubierta, lo que verificamos cerca de la ciudad, con grande alegría, porque ya nos habíamos llegado á creer sepultados en el seno de las olas.

La arribada al puerto fué forzosa; mas no

hubo otro remedio porque la continuación del viaje se hizo imposible si no se reparaban las averías de consideración que el vapor tenía.

Llegamos de noche y al amanecer desembarcamos, siendo recibidos con iguales muestras de cariño que en todas partes lo eran los soldados que al África se dirigían.



CAPÍTULO III.



El Ferrol.—Noticias de esta plaza.—
Viaje á Cádiz.—Estancia en esta ciudad.
—Embarque.



iete dias descansamos en el importante departamento marítimo del Ferrol, interin el averiado buque se puso en disposición de hacerse á la mar, dedicándome en esos dias á visitar la población que, en verdad, tiene poco que ver, como no sea su inexpugnable posición como plaza de guerra.

Las costas de la ría tienen inmejorables defensas constituidas por el Fuerte de S. Carlos y el Castillo de S. Felipe en el Norte, y al Sur el de San Martín y la Palma. Estos castillos ocupan una excelente situación y pueden colocarse en ellos infinidad de cañones.

El que más me llamó la atención fué el de San Felipe con sus magníficas baterías para 150 cañones, bastando este solo para defender la entrada de la ría y echar á pique á cuantos buques intentaran avanzar.

Por la parte de tierra también tiene este castillo magníficas defensas con camino cubierto y foso, pudiendo colocarse más de 40 cañones.

Es opinión de acreditados generales propios y extraños, que esta plaza, aun siendo defendida por poca gente, es inconquistable.

El célebre Ministro inglés Pitt, cuando en 1775 la reconoció dijo: «Si Inglaterra tuviese en sus costas un puerto como el del Ferrol, su Gobierno le cubriría con una robusta muralla de plata.»

Es el mejor puerto de Europa por la profundidad de sus aguas y por su extensión y seguridad, reuniendo á sus muchas ventajas

la de que apenas puede ser bloqueado, por lo peligroso que es permanecer en el golfo que forman los cabos Ortegale y Vilaño.

Los arsenales son una maravilla, y siento mucho no poder dar detalles de ellos en estas ligeras memorias.

Durante mi estancia en esta población tuvo efecto una fiesta á la que asistió toda la ciudad.

El día en que se celebró era hermoso; las bellas ferrolanas luciendo sus galas, acudían alegres al sitio destinado, que era el Astillero.

Llegamos á él viendo infinidad de tribunas adornadas con gusto y dispuestas para las Autoridades, Corporaciones y lo más distinguido de la ciudad.

Yo fui colocado en un excelente sitio desde el que presencié la ceremonia en la que el Clero, con sus cruces y sus vestiduras de gala, bendijo una goleta de guerra que fué botada en el acto al agua con felicidad, celebrándolo el numeroso público con aclamaciones y vivas á España, á la Reina, á la Marina y al Ejército.

Parece que estoy viendo á la nave deslizándose por el canal de madera colocado

bajo su quilla y entrar majestuosamente en el mar adornada con la enseña española.

En esto consistió aquella, para mí, extraña fiesta.

Despedidos por los entusiastas ferrolanos que se distinguen por sus costumbres sencillas, su proceder generoso y culto trato, volvimos á nuestra mal parada nave, que zarpó al momento con rumbo á la Coruña á la que llegamos muy pronto. Esta ciudad vista desde la bahía me pareció muy bonita, pues al menos el muelle, en el que había inmenso gentío que nos aclamaba, ofrecía un golpe de vista encantador.

Allí estuvimos detenidos solamente el tiempo necesario para recibir á bordo refuerzos del Regimiento Infantería de Saboya destinados al teatro de la lucha, levando anclas en seguida y continuando nuestra marcha próximos á la costa.

Cuando llegamos á las pintorescas de Portugal, observamos que estaban guarnecidas de muchos castillos.

El mar entonces se hallaba tranquilo permitiéndonos pasear por cubierta, si bien no seguros de caer al suelo; pues el buque era

el mismo y marchaba con su balanceo y cabeceos insoportables; esto no obstante, pudimos distraernos algún tanto de esta contrariedad contemplando la inmensidad del Océano á nuestra derecha y las pintorescas montañas de la costa á nuestra izquierda.

Yo, que durante el viaje de Santander al Ferrol, hecho con un peligroso temporal que nos puso al borde del abismo, no había sentido los efectos del mareo como todos ó casi todos mis compañeros, le sentí después con viaje relativamente tranquilo, y es que me faltaron los preservativos que me dieron en Santander mis amables patronas. Si yo hubiese sabido que íbamos á desembarcar en algún punto antes que en África, los habría guardado, librándome por consiguiente de aquella grande incomodidad.

Tan próximos íbamos á la costa, que pasamos cerca de los cabos Roca y Espichel, avanzados centinelas de la ciudad de Lisboa, viendo la vasta ensenada cuyas mansas ondas acarician los muros de la bella y populosa Corte lusitana.

Llegamos por fin á dar vista á la ciudad más bonita de España; la hermosa Cádiz,

emporio del comercio, de las artes y de la industria.

¡Qué bellissimo espectáculo se ofreció á nuestra vista!

Aquella extensa bahía cuajada de centenares de buques; á lo lejos la ciudad con sus murallas y sus casas blancas como la nieve; sus altas torres y sus azoteas con innumerables miradores me causaron tan maravilloso efecto, que al recordarlo después de tantos años se reproduce la gratisima impresión que entonces experimentaron mi alma y mis sentidos. Ciudad extraña sin tejados y en su lugar espaciosos terrados convertidos en aéreos jardines. ¡Cádiz, la mansión de las flores y de la hermosura, yo te saludo! ¡Baluarte de nuestra independenciam y cuna de nuestras libertades, yo te bendigo! Salud y gloria á tus nobles y heróicos habitantes y á tus mujeres las más graciosas de la tierra.

Ya fijé mi planta en tan renombrada ciudad entrando en la Plaza de San Antonio á las once de la mañana por el arco de la muralla del mar, donde me dejó la lancha del vapor.

Allí se hallaban las principales personas de la población para llevarnos á sus casas en

las que fuimos espléndidamente obsequiados.

Al llegar al alojamiento que me deparó mi buena suerte, ya estaba dispuesto un rico y variado almuerzo. Los manjares eran delicados y el cariño que mis patrones me demostraron, sincero.

Hermosa niña de once años, entonces, que no te separaste de mi lado desde el momento en que entré en tu hospitalaria casa, ¿qué habrá sido de tí?

¡Qué ingratitud la mía al olvidarte!

Mas eran tantos los que nos obsequiaban á los soldados de África pidiéndonos amistad eterna, que no era posible continuar escribiéndonos con todos y de ahí el que dejara de hacerlo á tus bondadosos padres, si bien conservando en mi alma el agradecimiento y cariño que siempre os he tenido á tí y á ellos. ¿Cómo he de olvidar nunca que tú, con el anciano criado que nos acompañaba, quisiste ser mi guía en Cádiz y me llevaste á todas partes durante los cinco días que en tu casa estuve? Te hice andar mucho, pero tú eras incansable. Quise ver las murallas, Puerta de Tierra con sus ventorrillos y lindísimas huertas, el Trocadero, las her-

mosas calles con suntuosos comercios particularmente de oro, plata y piedras preciosas, y los almacenes de muebles de lujo fabricados en la ciudad y, sobre todo, los deliciosos paseos, donde tú con alegría infantil me llevabas.

Tu anciano servidor me contaba hazañas de que había sido actor y testigo.

Su entusiasmo no tenía límites cuando me hablaba de su lanza contra los franceses y de su pintoresco uniforme cuando nuestras contiendas civiles.

Me recordó y explicó los batallones de la Milicia Nacional denominados cananeos, por usar cananas; guacamayos por vestir el uniforme de color grana; lechuguinos, por vestir de verde; los obispos por el uniforme rojo, verde y morado; los pavos por usar levita negra con cuello encarnado; los perejiles, y á los emigrados polacos, los polacras. Con tales nombres les designaban aquellos animosos y alegres gaditanos que miraban el peligro con indiferencia sin que jamás se interrumpiese su buen humor.

¡Pobre anciano! Ya no existirás, porque tu edad era avanzada.

Descansa en paz.

Y tú, hermosa niña, que lo eras y mucho, ahora serás una arrogante matrona.

Que Dios te dé salud como á tus dignos padres que aún pueden existir, porque eran jóvenes. Muchas, muchas veces os he recordado.

—¡Ea! á la playa, que nos esperan: acaba de anunciarme el señorito que llega un vapor lleno de heridos y en él teneis que hacer el viaje vosotros. El buen anciano me tuteaba, porque éramos grandes amigos.

—Mira, hijo mio, me decía, nunca he sido cobarde; pero al veros tan alegres y decididos y llenos de salud, y al considerar lo que os espera á muchos de vosotros... no lo puedo remediar.... Y el buen hombre se enjugaba las lágrimas que á despecho suyo surcaban sus nobles mejillas.

—No vaya V. á ponerse triste, Sr. Antonio, le decía yo. Bien sabe V. que todos los que allá vamos no hemos de morir. Muchos son los heridos, es verdad; pero también V. me ha dicho que aquí han llegado bastantes y vuelven curados y llenos de nuevo ardor á la lucha.

—Es cierto y muy cierto, me contestó, y eso me enorgullece de ser español; y créeme, me dijo en un arranque de energía que me encantó, que si mi edad me lo consintiera no estaría yo aquí, porque mi mayor gloria sería acompañaros al peligro como acudí el año 12 y el 23.....

—¿Qué es eso, Sr. Antonio? dijo entrando la niña. ¿Por qué llora? Y V..... ya se vá? me interrogó. ¡Tan pronto! Mis papás le esperan, venga V. conmigo.

La seguí, llegando donde el bondadoso matrimonio me esperaba: me dieron algunos consejos que les prometí seguir: un hermoso escapulario de Nuestra Señora de los Angeles; bebidas para el mareo, vendas é hilas y algunas fiambres y se dispusieron á acompañarme al sitio del embarque con mi hermosa compañera que no cesaba de llorar.

¡Bien, que todos lo hacían!

¿Y cómo no, si cuando llegamos al embarcadero salían del buque lanchas llenas de heridos de la guerra que con sus macilentos rostros, sus vendajes y su aire noble y resignado conmovían el alma!

¡Heróica Nación Española! ¡Qué grande!

¡Qué imponente te mostrabas entonces ante la asombrada Europa! ¡Y qué orgullosos nosotros al ver el amor anticipado con que pagabas nuestros sufrimientos futuros!

¡Veteranos de la guerra, mis queridos compañeros! Si la profunda ingratitud y glacial indiferencia de que venís siendo objeto por parte de cuantos Gobiernos han regido los destinos de la Nación exaltan vuestra mente y llenan vuestro corazón de amargura, invocad el dulcísimo recuerdo de aquel noble proceder de la generosa España, lleno de amor, de abnegación y cariño, y que él os consuele de las injusticias con que han sido premiados los heroicos hechos que dieron cima á aquella sublime epopeya, olvidada por los hombres del poder á la hora de recompensar los servicios de infelices sin protección, y de perpetuar la memoria de aquellos gloriosos hechos con un monumento digno de su fama.

¡Ah! Los que reparten á manos llenas el favor á los hijos mimados de la fortuna, que nada de provecho hacen en esta vida, no tienen ni una migaja del festín, con que ellos se regalan, para los héroes anónimos hijos de la Patria.



CAPÍTULO IV.



Travesía del Estrecho de Gibraltar.—
Desembarque en Africa.—El Coronel Salcedo—
El Campamento.



Esto sí que se llama navegar, decíamos, y era cierto. Gallarda nave francesa se dirigía con rumbo al Estrecho, sin conocer siquiera que se movía.

Divisábamos desde lejos nuestra querida Cádiz, blanca como inmensa paloma arrullada por las tranquilas ondas del Océano:

Los muelles y las azoteas llenos de inmenso gentío nos enviaban el último *adiós*.

Nuestra hermosa fragata entró en la temible corriente del Estrecho de Gibraltar, dividiendo entonces nosotros las ricasas vertientes de Sierra-Bullones, donde tanta sangre generosa había sido ya derramada.

Algunos hermanos nuestros dormían allí el sueño eterno.

Allá íbamos nosotros á reemplazarlos para vengarlos noblemente. ¡Quién sabe si nos sucedería á nosotros lo mismo que á ellos!

Estas tristes reflexiones nos asaltaban á la vista de aquellos gloriosos sitios; mas desechadas al momento nos respondíamos á nosotros mismos:

Y bién: si morimos, alguna vez ha de suceder; y de morir en un obscuro lecho olvidados de todo el mundo, á morir en el glorioso campo de batalla rodeados de mil y mil invictos compañeros, viendo flotar los bellos estandartes de la Patria y oyendo los belicosos himnos de nuestras músicas que acompañan nuestras almas al seno de la gloria.... prefiero esto.

¿Y tus padres? me gritaba una voz interna.

¡Pobres padres! decía yo: Solamente la pena que os causo me remuerde la conciencia; pero también he comprendido que estais orgullosos de mi acción: Es necesario hacer algo por la Patria: Tú también, padre querido, despreciando á principios del siglo los peligros, joven como yo, empuñaste el fusil contra los invasores de España; y sin embargo, estás lleno de vida y salud, y no poco orgulloso al referir tus hazañas y peligros del Viejo y Nuevo Mundo: así, pues, no haya más pensamientos tristes y ¡viva España!

Contemplé á Ceuta, reclinada sobre lecho de esmeralda y acariciada por el mar, á la derecha; á nuestra izquierda las pintorescas poblaciones de San Roque, Algeciras, la histórica Tarifa.... y ese aborrecido Peñón que hace encender en ira nuestra sangre al recordar la negra historia de sus actuales poseedores que, no contentos con arrebatárnosle traidoramente á principios del siglo pasado, nos hicieron desmantelar en los comienzos del presente nuestros fuertes de tierra que dominaban la plaza, so pretexto de que no se apoderasen de ellos los franceses durante la Guerra de la Independencia, con

la formal obligación de levantarlos ellos á su costa una vez terminada la lucha.

¿Y sabe el pueblo español lo que contestaron cuando, hecha la paz, España reclamó el cumplimiento del compromiso?

Pues dejarle sin respuesta, y cuando nuestros Gobiernos cansados y convencidos de la mala fé de la soberbia Albión avisaron al Gobierno inglés que España les reedificaria de su cuenta, contestó aquel que si los trabajos se empezaban, los cañones de Gibraltar se encargarían de destruirlos.

¿Puede pedirse mayor perfidia?

Mas tal vez no esté lejano el día de la revancha de una manera ó de otra; porque en Inglaterra existe desde hace mucho tiempo una marcada tendencia á hacernos justicia devolviéndonos el ansiado Peñón.

El Rey Jorge lo prometió solemnemente y también los importantes hombres de Estado Pitt, Stanhope, Cumberland y Shelbourne.

Muchos publicistas ingleses han aconsejado la entrega de Gibraltar; porque así creyeron convenía á su país.

Mr. Bright, en dos distintas ocasiones se manifestó partidario de la devolución, dicién-

do ante los electores que le enviaron al Parlamento, que Inglaterra se apoderó del Peñón cuando no estaba en guerra con España, y que lo retiene contra todos los códigos de moral.

La Revista de Londres dijo que retener á Gibraltar, sólo porque hiere el orgullo español, es indigno de una nación civilizada; y en esa Gran Bretaña, donde el espíritu de nacionalidad existe tan arraigado, no se protestó, ni contra las frases de Mr. Bright, ni contra escritos de la misma índole publicados por ingleses de nota como Smith, Congreve y Newman, y sin embargo de esta opinión, los Gobiernos del Reino-Unido ven con indiferencia nuestro patriótico enojo, cuando saben ó deben saber que España vale mucho, aunque empobrecida, para aliada, y que esta alianza que tal vez solicite esa poderosa Nación en plazo no lejano, si no la ha solicitado ya, no podrá realizarse «mientras el pabellón británico ondee en nuestro suelo, y mientras sus cañones apunten á nuestros rostros.»

*
* *

Ya llegamos á la pintoresca y fértil playa agarena.

Desde cubierta contemplamos llenos de júbilo las blancas ciudades que se veían entre el verdor, cuyas diminutas y frágiles viviendas iban á ser nuestras moradas: me refiero á las tiendas de campaña.

Nuestros hermanos nos recibían con aclamaciones de alegría vitoreando á la Patria y á nosotros que contestábamos entusiasmados saludando con amor y respeto á aquellos héroes que tantas veces nos habían asombrado con sus repetidos triunfos.

¡Qué animación y algazara reinaba entre ellos! ¡Y qué orgullosos nos encontrábamos nosotros al pensar que dentro de unos cuantos minutos nos íbamos á confundir con aquellos valientes que tan alto habían elevado el blasón de España!

Llegó la hora.

Nuestros hermanos nos reciben con los brazos abiertos.

¡Qué abrazos tan cariñosos! Nos tuteamos sin conocernos; nos piden noticias de la Patria; nos hacen mil preguntas á las que casi no podemos contestar: ¡tantas cosas quieren saber á un tiempo!

Cuando les referimos el inmenso amor con-

contesta bono

que España entera les contempla, lo que disponen en su obsequio el Gobierno, las corporaciones y los particulares, nos escuchan con religioso silencio, y lágrimas de agradecimiento humedecen sus tostados rostros ennegrecidos por el humo de la pólvora, que hace más varoniles y hermosos sus semblantes.

Recibimos nuestras tiendas de campaña que los veteranos nos enseñan á armar; formamos pabellones con nuestros fusiles delante de ellas, y empezamos á visitar el campo admirándonos de todo.

¡Tan nuevo y extraño era para nosotros!

El sitio que ocupa el campamento es delicioso, la temperatura tan benigna y la vegetación tan adelantada, que causa admiración y alegría al ánimo.

A lo lejos y á nuestra derecha, después de gozar la vista de una feraz llanura, se detiene en las estribaciones de verde montaña, en cuyas faldas tienen los moros establecido su campo.

Por encima de él se divisa la célebre Torre de Gelelli, en cuya base hay una batería rasante.

A nuestro frente se destaca á legua y media, al pié de verde colina, la Ciudad Santa de los moros, resplandeciente de blancura.

A nuestra izquierda el Fuerte Martín y la Aduana: en la misma dirección y después las abruptas cordilleras del Riff y el pequeño Atlas, y á nuestra espalda el mar con sus naves é innumerables lanchones que no cesan de desembarcar en la playa material de guerra y toda clase de donativos que los particulares y corporaciones envían al Ejército de África.

Aquel panorama era encantador.

Yo me encontraba mareado de contemplar los aprestos guerreros y el marcial continente de los soldados.

Creía tener ante mi vista seres sobrenaturales á los que se debía veneración y ellos, tan sencillos, no se daban cuenta, sin duda, del papel que representaban, pues creían que sus trabajos y sufrimientos y sus heroicidades, eran la cosa más natural del mundo. Así que al saber de qué manera celebraba la Patria su comportamiento, todos hacían llenos de amor y agradecimiento el sacrificio, no solamente de su vida, de cien que tuvieran.

Llegó la noche; sonaron los marciales aires guerreros de cien músicas, charangas y bandas de tambores, cornetas y clarines.

¡Bendita sea la música que hace que el alma se dilate, el corazón se agrande y el espíritu se eleve á las regiones de lo infinito!

¿Por qué, yo que no cabía en mí de gozo, que veía colmados mis deseos y realizado mi sueño dorado de formar entre los bravos soldados del Ejército de África, me emocioné de tal manera al contemplar todo aquel aparato de guerra, que en el silencio de la noche al escuchar las músicas, mis mejillas eran surcadas por lágrimas!

Mas ¡qué pregunta me hago! Aquellas lágrimas eran de placer como no he disfrutado jamás después en mi accidentada existencia sino cuando, borrando todo el tiempo transcurrido desde entonces y recogido en mí, trasladaba todo mi sér á aquellos lugares sagrados, y soñaba despierto deleitándose mi alma con aquellos gratos recuerdos.

Las fatigas y penalidades de la guerra no eran nada comparado con el gozo recibido al saber que la Patria querida se regeneraba en aquella gloriosa epopeya.

Pensando en mis amados padres, en mi familia y amigos me rindió el sueño que fué interrumpido por la alegre y arrebatadora diana empezada por una música y continuada por cien más que ahuyentaban la somnolencia por pesada que fuese.

Salimos en seguida de nuestras tiendas; hicimos nuestra *toilette* que consistía en arreglarnos algo el traje descompuesto por haber dormido sin desnudarnos: allí había que dormir siempre con un ojo alerta por lo que suceder pudiera, ya que los moros son muy aficionados á las sorpresas nocturnas.

*
* *
*

Es el Coronel Salcedo, ilustrado, de regular estatura y agradable presencia, de carácter severo, si bien bondadoso y amigo de hacer el bien; pero fiel observador de la disciplina, no tolera las faltas graves. Su aire es de un verdadero militar y su edad no excede de treinta y ocho años. Manda, además del 1.^{er} Batallón del Regimiento de Almansa, otro del de Asturias, de los que son dignos comandantes respectivamente, D. Babil Urbáiz y D. Joaquín Vitoria.

Los demás jefes y oficiales son todos

amantes de sus soldados y valientes como ellos.

Los cabos y sargentos del Regimiento á que pertenecí sabían perfectamente sus obligaciones, pues ninguno ascendía sin previo examen que sufrían con bastante rigor. Esta suficiencia sería muy bastante hoy para tener un buen plantel de futuros oficiales de la clase de tropa, siempre útiles y muy necesarios en el Ejército, si bien ampliando algo más los conocimientos, dados los adelantos en todos los ramos del saber, en academias que se crearán en los mismos Cuerpos ó, cuando más, en una General como la suprimida de Zamora, aun cuando la carrera de los de esta procedencia terminase en el empleo de Capitán; porque eso de los Colegios preparatorios militares para después pasar á la Academia General de Toledo, será muy bueno para los jóvenes estudiantes aplicados que sienten plaza antes de cumplir la edad de diez y ocho años; mas para los que á la Milicia vayan por su suerte no les sirve absolutamente de nada, porque se les hace permanecer más de dos años en filas para poder solicitar plaza; y como los que pudieran aspirar á ella han de

ser jóvenes que al tocarles la suerte de soldados paralizaron las carreras que seguían, y estos no suelen permanecer en filas más de veinte meses, de ahí el que se vuelvan á sus casas ante el temor de que si continúan en el Ejército no consigan el ingreso en dichos centros de enseñanza y se vean luego sin porvenir por no haber continuado los estudios de las carreras que seguían al caer soldados.

Para los cabos y sargentos que se reenanchen sin tener hechos los estudios necesarios tampoco son ventajosos los Colegios, pues ni en un curso, ni en dos que por gracia se pueden conceder, conseguirán los conocimientos que para el ingreso en la Academia General Militar se exigen, y de ahí el que los que se decidan á seguir serán siempre sargentos, pero no como los que yo conocí y traté, pues en aquellos tenía que haber necesariamente más amor al peligro y á la gloria porque esperaban ser dignamente recompensados, y en los de ahora no puede haber aquel amor al peligro porque les está vedado alcanzar la gloria de elevarse en consideración social, no permitiéndoles ingresar en la clase de caballeros á que deben tener per-

fectísimo derecho por los eminentes servicios que á la Patria prestan haciendo el sacrificio de su libertad y de su vida, derecho más lógico hoy que ayer por los tiempos de libertad y democracia que atravesamos, extrañando á todo el mundo el que cuando más ancho campo debiera concederse á los hijos desheredados de la fortuna para que con justos títulos se elevasen en la esfera social, se les cierre la puerta de un honroso más que lucrativo porvenir, pagándoles con un puñado de miserables ochavos tan útiles servicios como al Ejército y á la Nación prestan en los campos de batalla y aun en el servicio de guarnición.

Mas observo que me he separado del asunto y vuelvo á él.

El paternal amor con que el Coronel trataba á sus soldados hacía que fuesen modelo de subordinación y disciplina y que le devolvieran con creces el cariño que les profesaba: Tal es el Jefe que me deparó la suerte.

Al dia siguiente de mi llegada recibí orden de presentarme á él, pues antes que yo había llegado al campamento una carta que mi buen padre le había escrito.

Mi primera entrevista fué lo suficiente para que tan pundonoroso caballero me demostrase su afecto que sigue hasta hoy: un padre por su hijo no habría hecho más; pero tampoco un buen hijo amaré á su padre más que yo á él.

Fuí relevado de los servicios que en el Ejército llaman *mecánicos*, limitándose mi obligación á cumplir con los de guerra que consistían en hacer guardias cuando me correspondían, el servicio de trinchera por la noche, y el más importante y principal de batir al enemigo.

¡Cuánto agradecí á mi digno Jefe esta deferencia! Porque el prestar tales servicios es lo único que me contrariaba algo, si bien no es tan molesto en campaña como cuando se está en el cuartel; y como esa repugnancia la siente toda persona que no esté acostumbrada á ciertos trabajos, ahora que se trata de establecer el servicio general obligatorio debieran nuestros legisladores fijarse bien en ello, porque es un punto principalísimo para el buen resultado de esta innovación.

Los que hasta hoy han redimido su suerte por dinero no lo han hecho por cobardía, no,

ha sido por evitar esos enojosos servicios de fregar los suelos del cuartel, ser barrenadores, rancheros y aguadores, y á veces comodines del Gobierno, que no les consagra siempre al servicio de las armas, de los jefes de cada cuerpo y hasta de los sargentos y cabos de la compañía.

Bien que haya asistentes, porque estos servicios son voluntarios; pero eso de que un cabo que se halle prestando el servicio de ordenanza en un Gobierno Militar, por ejemplo, sea mandado por la Gobernadora á comprar cinco céntimos de perejil, y que el sargento y el cabo le manden al soldado limpiarles las botas y hacerles la cama..... eso no está bien: y para fregar y barrer los suelos y prestar el servicio de aguadores, rancheros &c. ¿no podía plantearse también un servicio voluntario?

Entonces no se desdeñaría nadie el vestir el uniforme del soldado, para prestar el servicio verdaderamente militar, batiéndose en defensa de la Patria con gusto, siempre que fuera menester.

Si hoy es honroso el uniforme, entonces lo sería más y el honor y el prestigio de los jefes

se elevaría en alto grado, pues cuanto más dignificados se encuentren los que obedecen, más alto honor alcanza quien los manda.

En las Reales Ordenanzas hay algo que debe reformarse, pues siendo el servicio general obligatorio, y aun sin serlo, porque hoy existen en filas muchos jóvenes bien educados, no es justo ni procedente que se prohíba el que en los espectáculos públicos elija cada cual el sitio que le acomode y menos si el soldado se halla acompañado de su familia y amigos.

Mucho de lo que en ellas hay escrito respecto á los derechos y deberes de cada clase, ni se observa ni puede ni debe observarse. Así lo comprenden muchos ilustrados jefes y oficiales de nuestro Ejército, y lo que no pueda ni deba cumplirse debe desaparecer.

Como mi ánimo no es narrar aquí los combates de tan gloriosa campaña como la de África, que ya lo han sido por plumas mejores que la mia, solo referiré algunos episodios de ella en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO V.



Huertas de Tetuán.—La vida en campaña.

—El cólera.

Heme aquí, amado lector, cerca de Tetuán, la Ciudad Santa del Imperio, la bellísima Sultana indolentemente acostada en suavísima colina verde como una esmeralda, circundada de hermosas florestas y bañada por el Rio Guad-el-Jelú.

En su Alcazaba flota gallardamente la bandera gualda y roja: es la de la Patria, porque la berberisca plaza ya no pertenece á los moros.

Para llegar á ella ha habido necesidad de regar el camino con generosa sangre castellana en los reñidísimos combates que ha sido necesario librar con los indómitos marroquíes.

Mil y mil valientes guerreros hermanos nuestros han sacrificado sus preciosas vidas en holocausto de la Patria; mas ¿qué importa? España ha triunfado: ha llegado donde los que no nos conocen ó simulan no conocer nos, no habían soñado siquiera.

Esos falsos amigos que han ayudado cuanto han podido á los fanáticos agarenos se hallan hoy asombrados y pesarosos por nuestras continuadas victorias que han tratado de entorpecer; mas ¡vive Dios! que no lo han conseguido, y sepan que lo mismo haríamos con ellos en noble lucha si los diferentes partidos políticos de nuestra Nación se unieran siquiera una decena de años para tan alto fin; porque no destrozándola las luchas de nuestras discordias interiores adquiriríamos los medios materiales que nos faltan para arrojarlos del pedazo del territorio español que traidoramente adquirieron... Mas basta de utópicos deseos difíciles de realizar

tan pronto como todo buen español desea, por carecer de la buena administración que á ellos hace fuertes, pero que no cabe dudar se realizarán algún día.

Tenemos nuestro campo en un encantador verjel, pues no otra cosa son las hermosas huertas de la famosa ciudad.

Los espesos cañaverales que las cercaban han desaparecido.

Los naranjos cargados del dorado fruto encantan la vista y cautivan el alma con tanta belleza: parecen globitos de oro que nos convidan con el también dorado licor que la sabrosa naranja encierra.

Otros árboles ostentando su exuberante vegetación se inclinan rendidos bajo el peso de sus verdes pomos: muchos de ellos embalsaman el aire con el aroma de sus flores.

Estas huertas están situadas á la derecha de la extensa y fértil vega de Tetuán viniendo desde el mar, en el declive de una montaña que hasta en su loma ostenta gallardos árboles frutales.

Todas ellas tienen un pozo con brocal blanco como el ampo de la nieve.

Las casas de campo, sólidas y esbeltas,

deslumbran la vista con su blancura: sus zaguanes se hallan cubiertos con caprichosos azulejos que la planta del agareno calzada con ligerísima babucha no puede deteriorar. En las paredes también se hallan colocados los azulejos hasta un metro de altura.

Estos edificios que se hallan desprovistos de toda clase de mobiliario, porque los moros se lo llevaron en su huida, tienen planta baja y principal con el amplio terrado encima que convida á la meditación y contemplación de tanta belleza: están circundados de floresta y árboles frutales: son los nidos del amor de los hijos de Islam.

Algunos de ellos están ocupados por nuestros generales.

Mi Coronel, que desde que tuve la dicha de conocerle me demuestra paternal cariño, ocupa uno de ellos en el que paso algunos ratos con él, pues ha recibido con agrado unos versos alusivos á nuestra vida de campaña que han corrido todo el campamento.

Otros sirven de cuerpos de guardia y sus azoteas de excelentes atalayas desde las que vigilan el campo los centinelas.

Este bellísimo paisaje convida más al es-

tudio, á la paz y al amor que á la terrible guerra que le asola. ¡Con qué pena le verán los moros ocupado por los cristianos sus eternos enemigos!

Si á nosotros se nos entristece el ánimo cuando el hacha destructora hace caer en tierra los corpulentos árboles cargados unos de nacientes frutos, otros de flor, todos bellísimos, ¿qué les sucederá á los atribulados marroquíes al volver á contemplar estos verjeles que encontrarán casi arrasados! Pero por doloroso que sea este proceder, hay que llevarle á cabo: la necesidad lo impone.

Las huertas en que estamos acampados ocupan una vasta extensión en que no hay otra clase de combustible, y nuestros soldados no pueden salir de la trinchera sin ser traidoramente fusilados, y aun dentro de ella son heridos á mansalva los centinelas por los rencorosos musulmanes que no desperdician ocasión de quitar la vida al *perro* cristiano como ellos nos llaman. Mas ya que, como he dicho, no es mi ánimo escribir la historia de esta guerra por no tener fuerzas intelectuales ni tiempo disponible para esto, no dejaré de relatar algunos episodios de ella,

siquiera porque el lector tenga alguna ligera idea.

El servicio de trinchera consiste en pasar la noche en vela vigilando al enemigo.

La fuerza de este servicio, que es casi la mitad del Ejército, se divide en dos partes, de la que una descansa en su tienda mientras la otra dividida á su vez en dos mitades se colocan, la primera de centinela situándose los soldados detrás de la trinchera muy cerca unos de otros formando un cordón que rodea todo el campamento y más adelante, fuera ya del campo atrincherado, se establece otro cordón de hombres echados en tierra con el oído pegado al suelo á fin de percibir el movimiento del enemigo y evitar las sorpresas, pues son tan cautelosos los moros que, á pesar de tan extraordinaria vigilancia, han conseguido alguna vez sorprender nuestro campo desliziéndose entre los escuchas como reptiles y atacando súbitamente á los soldados de la trinchera, asaltándola y tratando de hacerse dueños del campamento. Para estos casos nos recomiendan nuestros jefes y oficiales mucha serenidad y sangre fría, prohibiendo

terminantemente que hagan fuego los que, somnolientos y alarmados, salen de las tiendas al oír el tiroteo, pues sin estas precauciones en una alarma así, nos fusilaríamos unos á otros sin conocernos.

La segunda mitad de la fuerza que no está de escucha ni de centinela en la trinchera pasa el tiempo de vigilancia con fusil en mano al amor de la lumbre, cuando puede encenderse; pues el peligro que podría ofrecer la suprime algunas veces, y otras, y son muchas, la apaga la lluvia tan continua en este país; y entonces calados hasta los huesos pasamos sufridos y resignados la lóbrega noche que se hace eterna esperando el día para que al calor del esplendente sol de África pueda secarse la ropa ó en los cuerpos si la lluvia persiste y no pueden encenderse las fogatas. Es decir, que la noche se divide en cuatro cuartos, de los que los soldados pasan el uno de escucha ó de trinchera, otro de vigilancia al rededor de la lumbre, y los otros dos en su tienda: este es el servicio de trinchera.

Las guardias se montan como en el servicio de guarnición en España.

La descubierta se hace al amanecer avan-

zando los soldados con exquisita precaución á fin de ver si durante la noche se ha emboscado el enemigo en sitio que pudiera causar sorpresa á nuestro Ejército.

¿Qué extraño es que con estas costumbres tan poco higiénicas se estableciera en nuestros reales esa enfermedad tan temida que solo al oír su nombre apoca el ánimo aun de los pechos más varoniles?..... Me refiero al *cólera* que no nos ha abandonado ni un momento siguiéndonos á todas partes.

Yo tuve la desgracia de perder un compañero de mi tienda; Balboa se llamaba.

De noche, estando yo dormido á su lado me despertaron sus movimientos al ser invadido por la terrible enfermedad: con tanta fuerza fué atacado el infeliz, que tuvimos que avisar inmediatamente al médico, el que dispuso fuese conducido en el acto al hospital, en el que murió al día siguiente.

Este hospital consistía en una tienda de lienzo de grandes dimensiones: así ¿qué extrañeza ha de causar á nadie el que los desenlaces fuesen rápidos y fatales?

¡Cuánto temía yo morir así!

Me había resignado, al alistarme volunta-

rio, á dar mi vida por la Patria contento y aun orgulloso de este sacrificio; pero yo quería morir frente al enemigo, herido por el plomo de su espingarda, atravesado el pecho por una gumía, ó hendido el cráneo por una de aquellas verdaderas tizonas de los caballeros moros que aun sin hallarse afiladas como ellos las tenían, con solo descargar un golpe no habría habido necesidad de repetirlo: tan gruesas eran.

¡Pero morir de aquella manera!

Me horrorizaba el pensarlo.

Mas Dios me conservó la vida para seguir mi peregrinación sobre la tierra y dejarme apurar largo tiempo el cáliz de la amargura que es el único que siempre he tenido al alcance de mi mano.



CAPÍTULO VI.



Un paseo militar.—Alarma en el Campamento.



El día es magnífico.

El sol brilla majestuoso en un cielo sin nubes con una atmósfera diáfana y trasparente que hace ver un azul tan bello como no le he contemplado nunca.

Los millares de aves que alegran estas huertas saludan con sublimes melodías al Creador de tanta y tanta belleza como nos rodea. Yo me extasío en su contemplación.

Los naranjos con sus lucentes hojas, sus frutos y sus hermosos ramilletes de azahares;

las chumberas, árboles extraños; los granados, los olivos, las flores, las enramadas de un hermoso verde, los abundantes jazmines, el ambiente impregnado de aromas me causan un efecto imposible de describir.

Terminado el toque de diana se han encendido los fuegos para confeccionar nuestro frugal desayuno, que acabamos de tomar, y nos disponemos dos compañías de mi Batallón con una sección de Caballería de Albuera, á marchar al campamento de la Aduana de Rio Martín ó Guad-el-Jelú, á recoger víveres y municiones, pues dentro de pocos dias hemos de levantar nuestro campo en dirección á Tánger. Vamos, pues, á dar un paseo militar de legua y media por el feraz llano y, á pesar de tan corta distancia, nos hemos dispuesto para el viaje como si fuésemos á un combate, porque estos fanáticos guerreros musulmanes surgen como por encanto de entre las hierbas, peñas y arbustos.

Ya ha sonado el toque de marcha y bajamos del suave declive en dirección al llano.

Nos manda el veterano Comandante D. Babil Urbáiz y Subiza, un valiente navarro quien al siguiente dia de mi llegada me con-

dujo á la presencia de nuestro Coronel y desde entonces me demuestra su afecto. Como él también es voluntario, mi resolución, sin duda, le atrae hacia mí.

Da gozo verle gallardamente á caballo con su poncho acribillado de balazos. Fué un milagro que de la granizada de balas que le agujereó el uniforme de un modo que causa asombro, no le hiriese más que una sola en la pierna derecha. Era entonces capitán.

Mi Compañía marcha á vanguardia y, en el centro, nos sigue una recua de acémilas y algunos camellos de los tomados al enemigo en la Batalla de Tetuán, conducidos por moros argelinos, pues los acemileros españoles no han podido hacerse cargo de ellos por lo difícil que es acostumbrarse á su cuidado.

Estos moros celebran en el alma nuestras victorias alcanzadas sobre los presuntuosos marroquíes que se jactaban de ser invencibles y zaherían con sus burlas á los vencidos por los franceses demostrándoles su menosprecio que ahora vengan ellos con usura.

Cubre nuestra retaguardia la sección de Caballería.

No se descubre moro alguno, pero me di-

cen que á nuestra derecha más allá del río en las espesuras de las huertas que también abundan por aquel lado, se hallan muchos desde donde nos estarán espiando.

El Alférez Rufo, mi buen amigo, forma parte de la expedición, como Abanderado que es de mi Batallón, y me acompaña hablando de nuestros compañeros de Burgos: hace la campaña muy satisfecho y se recrea su alma de un modo extraordinario cuando le doy noticias de lo que allí se hace, se dice y se piensa de los soldados de África.

Tanto les entusiasman estas noticias á todos en general, que con solo saberlas se dan por bien recompensados y miran como una felicidad suprema el día en que vencedores puedan volver ufanos y llenos de gloria al seno de sus familias.

Estas son las ambiciones de todos, y con tales gentes no hay nada imposible.

Avanzamos por el llano dejando á nuestra derecha el Guad-el-Jelú, no sin recibir algún que otro disparo de espingarda desde las últimas hierbas de su orilla derecha, por lo que mi Compañía se ha desplegado en guerrilla avanzando por el paisaje verde esmaltado

con profusión de lirios hasta el río; mas, por lo visto, debían ser los disparos de algunos moros sueltos que han huido al aproximarnos, siguiendo el convoy su marcha sin novedad hasta llegar á la Aduana donde nos han entregado las provisiones necesarias al Tercer Cuerpo que manda el General Ros de Olano, al que tenemos la honra de pertenecer, y el que con todo el Ejército ha de internarse tierra adentro y no ha de recibir ya más auxilios que los que el enemigo tiene en Tánger.

En este campamento hemos visto algunos entusiastas españoles, andaluces casi todos, que han venido con el único objeto de visitarnos y se reúnen llenos de gozo á nosotros para dirigirse á Tetuán.

Su admiración no tiene límites; les sucede lo mismo que á mí cuando desembarqué, esto es, que en cada soldado admiran un héroe digno de los cantos de Homero.

A nuestro regreso al campamento hemos sido molestados por algunos moros que han huido á la aproximación de las guerrillas, hiiriendo á dos soldados de ellas.

Nuestros animosos visitantes ven esto con pena y algo alarmados, pero nuestro Jefe les

tranquiliza diciéndoles que por aquí no pueden los moros intentar nada serio, porque encontrándose su Ejército del otro lado de Tetuán en el Valle de Vad-Rás, por estos sitios no tienen fuerzas para atacarnos. Deben ser moros montañeses que acechando en emboscada, solo tratan de causarnos alguna *baja*, como aquí se dice.

Llegamos á nuestro campo á la caída de la tarde, que sigue espléndida, hermosísima, y hemos cenado y descansado hasta que el toque de *retreta*, escuchado con placer, nos anuncia la hora de recogernos en la tienda; y como el paseo de las tres leguas nos convidaba al reposo, al toque de *silencio* ya estamos acostados entregándonos al reparador sueño que ha sido interrumpido por el galopar de caballos cerca de nuestras tiendas y aun saltando por encima de ellas.

A tan extraordinario movimiento hemos salido todos fusil en mano alarmados formándonos con el mayor orden posible, cumpliendo así la consigna que nos tienen dada nuestros jefes.

Como la noche estaba obscura no comprendíamos lo que aquello podía ser.

Los caballos ó lo que fuese, se habían internado en el campamento á todo correr seguidos de hombres que los perseguían.

Nosotros continuamos formados hasta que por nuestros oficiales se nos dijo que no había motivo para alarmarse, porque todo aquel barullo era producido por los machos de una batería de Artillería de Montaña que acampaba á nuestro lado, los que al espantarse rompieron la cuerda que les sujetaba: aquello nos tranquilizó, si bien extrañándonos de que en la vertiginosa carrera que los animales hicieron, no hubieran aplastado á algún soldado particularmente á los que, como yo, dormían en las primeras tiendas tan próximas á la citada batería.

Sujetos ya los machos volvimos á ocupar nuestros lechos, y pasamos el resto de la noche en tranquilo sueño hasta que los acordes de la diana vinieron á ahuyentarlo, haciéndonos salir de las tiendas á esperar la deseada orden de levantar el campo.



CAPÍTULO VII.

Una visita á Tetuán.—El cementerio de los moros.—La Judería.—Una sinagoga.—
Un sabio.



on las ocho de la mañana de un hermoso día, pues aunque no luce el sol, el ambiente embalsamado que se respira, la calma que nos rodea, los dulces trinos de los millares de avecillas que anidan en estas bellisimas huertas me causan una impresión tan grata que contrasta notablemente con los cañones, las pilas de granadas,

los fusiles con sus centelleantes bayonetas y los mil y mil aprestos guerreros que por todas partes se encuentran.

Varios compañeros y yo hemos dispuesto ir de paseo á Tetuán, y aunque no dista más que unos dos ó tres kilómetros de nuestro campo, no abandonamos nuestros fusiles, por lo que pueda suceder en el camino y en la ciudad, pues ya he dicho que somos acechados en todas partes y raro es el dia que no ocurre alguna desgracia al alejarnos de la trinchera; por esto y porque las huertas que no están ocupadas por nuestras tropas pudieran ocultar enemigos sueltos á derecha é izquierda del camino que hemos de recorrer, vamos prevenidos, pues no hemos querido prescindir de visitar la ciudad mora por si es la última vez, ya que ha llegado la orden de avanzar por el camino de Tánger y los que allí lleguemos no volveremos por aquí.

Mañana antes de amanecer levantaremos nuestro campo y quiero que estos hermosos pensiles, más bellos que los tan renombrados cármenes de Granada, queden grabados en mi memoria.

Contemplando desde estos amenos sitios

la Sultana Ciudad, parece más graciosa.

Los altos minaretes de sus mezquitas coronados con la emblemática y significativa media luna: los mosaicos de azulejos que centellean al ser heridos por los rayos del sol: los blancos terrados: las murallas con el verde follaje que las circunda hacen un efecto encantador, deliciosísimo.

El camino que á ellas conduce, una vez traspasada la trinchera de nuestro campamento, es tortuoso, estrecho y malísimamente empedrado con grandes pedazos de roca alisados por los pies de estos moradores que ordinariamente caminan descalzos, ó, cuando más, calzados con la tradicional babucha musulmana, ó desgastados por las pezuñas de las cabalgaduras; pues carruajes aquí no se conocen, y si los tuviesen les sería imposible rodar por tan desigual piso.

La calzada es estrecha y la cubre un verdadero toldo de verdura formado con las entrelazadas ramas de los árboles.

Por estos sitios se ven intactos los tupidos cañaverales y los setos vivos que dividen las posesiones.

A unos quinientos metros de marcha, á

la izquierda del camino, hay escondida entre los árboles una fuente cubierta de piedra por los tres costados y el techo. En su interior está la pila llena de agua pura, fresca y cristalina, con suficiente espacio alrededor para que los moros descansen.

Me dice un judío que hemos encontrado cerca de ella, en dirección al campamento al que se dirige á vender fruta, que en el Imperio se hallan muchas fuentes de esta forma llamadas NAMAS-GIAC, para que los creyentes puedan descansar sentados en el interior y hacer las abluciones cuando llegan á estos parajes á la hora de la oración.

Todo el camino que conduce á Tetuán por la puerta del cementerio, denominada de la Victoria, está empedrado del mismo modo.

Ya contiguo á la muralla se ve este lugar sagrado de los moros con sus blancos sepulcros muy bellos algunos, con muchas flores, abundando los jazmines, alelies, rosales y geránios.

Estos musulmanes son apasionadísimos de las flores y muy respetuosos del lugar donde reposan sus muertos; así que aun hallándose el cementerio sin cercado, no hay

cuidado de que nadie profane las sepulturas ni arranque las plantas ni las flores que las mismas ostentan. ¡Y les llamamos salvajes!

¿Quiénes serán más salvajes, querido lector, estas gentes que tanto veneran á sus muertos, que rodean sus tumbas de flores y allí las dejan para que embalsamen el aire con sus aromas, y sus hojas tapicen después el suelo donde reposan los restos queridos, ó los que blasonando de civilizados y católicos invaden en tropel los lugares sagrados so pretexto de visitar alguna capilla enclavada en el recinto murado donde yacen restos de cristianos seres, ó que con la disculpa de orar el dia de difuntos rien, usan palabras y chanzonetas impropias y, como vándalos, cortan las flores y arrancan las plantas que piadosas manos pusieron para honrar la memoria de los seres amados?

Pues las flores y aun las cruces son arrancadas en pleno dia. ¿Qué sería si no estuvieran murados estos sagrados sitios?

Tal vez, lector amigo, digas que exajero; mas por desgracia, nada más cierto. Yo á fin de conservar las flores que en las sepulturas de adorados seres planté, las rodeé de

verjas de hierro con agudas puntas para preservarlas de la rapiña y ni aun así he podido conseguir verlas respetadas, y por esto no te debe extrañar que pregunte: ¿Quiénes son más salvajes?..... Mas basta de digresiones y continúo mi relato.

Llegamos á la ferrada puerta de la ciudad: Es un arco de herradura con dos ajimeces: está guarnecida de cañones y se halla guardada por dos centinelas. Da paso á una calle abovedada y retorcida; seguimos adelante y dejando á la derecha otra calle bastante ancha nos dirigimos por la izquierda pasando por bóvedas prolongadas y por toldos de emparrados. En esta calle tienen sus tiendas los españoles que han seguido al Ejército y los nuevos que han llegado para establecerse en la ciudad.

Las calles, que antes eran depósitos de inmundicias, se han limpiado y ahora se puede transitar por ellas, cuando no llueve, pues como no tienen empedrado, así que caen cuatro gotas son verdaderos barrizales.

Este barrio es el que más sufrió en el saqueo de las kábilas primero y por los judíos después para resarcirse de las pérdidas que

á ellos les causaron los montaraces marroquíes la noche anterior á la entrada del Ejército vencedor.

Siguiendo adelante por entre panzudos paredones que en nada se parecen á viviendas de seres humanos, pues no se ven más que de trecho en trecho diminutas puertas, algunos huecos como aspilleras en las fachadas, y una especie de nichos embutidos en las paredes donde expendían sus mercancías los moros, llegamos al Palacio del Gobernador situado á la izquierda, poco antes de llegar al Zoco al que se ha dado el nombre de Plaza de España.

Este palacio en nada se diferencia de las demás casas por el exterior más que en su ancha puerta, que traspasamos encontrándonos en un amplio pasadizo obscuro con el piso de tierra, muy semejantes las paredes y los techos á los caserones destartalados de Castilla que sirven de pajares ó almacenes de leñas. El techo es alto y está cubierto con numerosas telas de araña.

Mi asombro era grande al avanzar por tal palacio, hasta que divisé una puerta que daba paso á un bellissimo patio embaldosado capri-

chosamente con mármoles de diferentes colores. En medio había una hermosa fuente y alrededor de ella cuatro árboles naranjos que embellecían el sitio sobremanera.

Sus cuatro corredores aislados con cortinas cuando estaba habitado, tienen unos preciosos techos de gran mérito artístico hechos de maderas olorosas con preciosos colores que la vista no se cansaba de admirar.

Subimos al único piso que el palacio tiene y allí admiramos otros cuatro corredores con primorosos techos de la misma madera, colores y tallado que los de la planta baja. Estos corredores dan paso á espaciosas habitaciones, bellísimas todas, que hoy sirven de almacén de colchones, sábanas y mantas de hospital, pues el suntuoso edificio se ha transformado en depósito de utensilios de la Administración Militar.

Mi imaginación retrocede y mira con los ojos del alma este hermoso palacio habitado por las odaliscas del Gobernador de Tetuán, porque efectivamente, todo en él parece que se ha hecho para morada del amor.

El susurro de la fuente, los bellos árbo-

les, las macetas que el patio adornarían perfumándole con sus flores y las de azahar de los naranjos; el toldo que, al preservar del calor, daba plácida y misteriosa sombra; el silencio eterno que aquí reina, todo en fin hace entrever el deleite para que fué creado.

Después trepamos á la plataforma que servía de fortaleza con cañones, y desde allí divisamos las azoteas de la ciudad, pareciendo toda ella un solo edificio, ya que no se conocían ni las calles ni la separación de las casas.

Luego bajamos al amplio y hermoso jardín del palacio, que tiene fuente y estanque con peces de colores.

Enfrente y cerca del estanque hay un ancho corredor que serviría de dormitorio en las bellas noches del estío y de utilidad ó recreo en todo tiempo.

Salimos del *palacio encantado*, como mis compañeros le llamaban, y continuando nuestro matinal paseo por los tortuosos pasadizos abovedados y cubiertos con toldos de parras, llegamos á la Plaza de España ó Zoco de los moros.

Es este un espacioso cuadrilongo que mi-

rándole desde la desembocadura de la calle que con él comunica y nosotros hemos seguido, vemos de frente el arco que da paso á la Judería: á nuestra espalda y en el centro de las casas que miran al Mediodía se halla la Mezquita que ha sido convertida en Iglesia Católica bajo la advocación de Nuestra Señora de las Victorias: en el lado de nuestra derecha, casas de moros, y por el ángulo izquierdo de esta manzana mirando á Poniente, se ve una calle ocupada por moros que conduce á la puerta del camino del Valle de Vad-Rás, y á nuestra izquierda casas de moros. Aquí hay una fuente adosada á la pared.

Por otra calle que conduce al campamento del Segundo Cuerpo mandado por el General Prim, se puede transitar con entera confianza porque es via concurrida, así como la que nosotros hemos andado para llegar á la plaza; pero por las que hay en el ángulo derecho mirando á Poniente no nos habíamos internado nunca más allá del principio, y quisimos aventurarnos hasta ver á qué punto de la ciudad íbamos á parar entrando por allí. Avanzamos resueltos por estrechos y

lóbregos callejones que seguíamos hasta que encontrándonos sin salida no podíamos continuar.

Tomábamos entonces otras direcciones viendo siempre á los costados más callejones sin hacer caso de ellos, pues queríamos seguir la via recta hasta ver si nos llevaba, según creíamos, al barrio de la Alcazaba; mas no pudimos ver realizado nuestro deseo porque siempre nos encontrábamos desorientados en un verdadero laberinto de tortuosas calles.

Como por aquellas estrechas vias abovedadas en su mayor parte, no se veía un alma, desistimos de nuestro empeño, volviendo al Zoco por donde habíamos llegado hasta aquellos sitios, costándonos no poco salir de aquel mal paso.

Por fin respiramos con libertad; pues aunque estábamos armados no podíamos olvidar que habían faltado algunos soldados sin saber qué había sido de ellos y se achacaba su falta á haber sido asesinados por los moros en sus solitarias é intrincadas callejuelas. Por esto nos recomendaban nuestros jefes que no nos aventurásemos á frecuentar solos los sitios apartados.

Entramos en la Mezquita de bello exterior, con su hermoso patio, su fuente y sus macetas de flores.

En el interior solo se veían las paredes desnudas y faltas de todo adorno; en el centro ligerísimas columnas que sostenían el edificio y allá en el fondo y frente á la puerta el sencillo altar de la Virgen. El único adorno de la Mezquita era infinidad de lámparas colgadas del techo, y un hermoso piso de mármol.

Nos hincamos con fervorosa fé ante el altar y pedimos á la Madre de Dios nos preservara del peligro, dándola gracias por su protección hasta entonces.

Salimos á la calle y cruzando la espaciosa plaza llena de soldados de España, penetramos por el Arco de la Judería, que da paso al barrio más animado de la ciudad, en la calle contigua que es larga y recta, la que se halla obstruida por soldados de todas armas.

Las judías que pasan por entre nosotros oyen risueñas los chicoleos que las dirigen algunos compañeros de buen humor y ¡extraño contraste! así como las moras cuando salen de casa, si es que salen, pues yo

no he visto más que una acompañada por dos moros, llevan el rostro completamente velado con los ojos solamente descubiertos, las judías llevan no solo la cara sino también los pechos desnudos á la vista de todo el mundo, y por cierto que no ha dejado de causarme repugnancia el ver que los judíos que lo presencian, padres, hermanos ó maridos, miran indiferentes y hasta con la sonrisa en los labios el que algunos atrevidos compatriotas nuestros profanen con sus manos esa parte tan noble del cuerpo de la mujer.

Como estos judíos, descendientes de los que fueron expulsados de España, hablan castellano, nos entendemos perfectamente con ellos, quienes se encuentran satisfechos de nosotros y miran con espanto el día en que el Ejército español abandone esta plaza. No les falta razón, porque los moros les desprecian en extremo.

Antes no podían penetrar en el Zoco, si no se descalzaban, y cuando se hallaban en la precisión de pasar por él estaban obligados á pedir permiso.

Tampoco podían salir de su barrio ni mezclarse con los moros bajo severas penas:

Pues bien; todo el menosprecio con que estos fieros mahometanos trataban á los judíos es nada, comparado con el que sentían por los cristianos y especialmente por los españoles.

¡Oh, ignorantes fanáticos! Ahora ya habreis aprendido á respetarnos y á temernos. ¡Ya habreis llegado á comprender que los españoles no son lo que os habían hecho creer vuestros consejeros!

Cuando los hebreos nos cuentan lo que los marroquíes pensaban de nosotros poco antes de declararse la guerra, no deja de causarnos gracia porque nos hemos vengado con usura; pero habiéndolo sabido antes, la ira nos habría encendido la sangre y hecho enrojecer de vergüenza: baste decir, amigo lector, que nos consideraban como el pueblo más despreciable de la tierra.

—Ahora no dirán eso, decía yo á un judío llamado Saul.

—¡Ah, señor! ¿Qué han de decir? me contestaba. Hasta hace poco nos negaban vuestras victorias, pero llegó el día en que ya no pudieron ocultar nada: Os veíamos cada vez más cerca y además los miles de heridos que entraban en la plaza nos hacían ver su

derrota, y entonces su mal humor y su desesperación recaía sobre los pobres judíos. Al huir nos lo han robado todo, todo, y nos han hecho tantas injurias que el ánimo se apena al recordarlas.

Sus conversaciones eran por el estilo de estas, pues todos ellos nos repetían la misma historia de asesinatos, violaciones y robos causados por los *morios*: así les designaban. ¡Desgraciada raza! ¿Qué te anima en tus creencias? Tú, tan apasionada por el oro, desprecias el oro, abandonas tu hogar y Patria antes que abjurar la religión de tus mayores, y donde os toleraron al llegar huidos, extenuados y famélicos de España, os tratan de manera tan ignominiosa, que ni los ilotas de Esparta fueron despreciados como vosotros lo sois y, sin embargo, lo sufrís todo antes que renegar de lo que vuestros padres os enseñaron. ¡Oh poder admirable de las ideas religiosas! Pero lástima grande, sí, lástima grande que esa fé y esa constancia inquebrantables y heróicas no tengan por objeto la verdadera y Sacrosanta Ley del Crucificado á quien ellos niegan y á quien nosotros consagramos obsequiosa fidelidad

rindiéndole verdadero y obligado culto.

Seguimos nuestra excursión observando los comercios establecidos en los nichos abiertos á la altura del pecho en las paredes, donde los israelitas sentados en el suelo, con las piernas cruzadas á estilo musulmán, expendían sus mercancías consistentes en pañuelos, calzoncillos, camisas, telas, frutas y tabaco.

También estuvimos en una casa que tenía el comercio de tejidos de lujo en la planta baja, con mostrador á la europea, pero sin vistas á la calle.

Quise ver una sinagoga y entramos en ella conducidos por un judío.

Era una espaciosa sala cuadrada con asientos de madera al rededor, y frente á la puerta de entrada había unos armarios también de madera cubiertos con cortinas verdes.

—¿Qué teneis ahí? pregunté á nuestro acompañante.

—La Ley de Moisés, señor, me contestó.

—¿Y esos asientos, para quiénes son?

—Para los judíos que los ocupamos cuando aquí nos reunimos á adorar á nuestro Dios.

—¿Y vuestras mujeres dónde se colocan?

—No entran aquí, se quedan en una sala allá arriba, dijo señalando el techo.

—¿Y se encuentran algunas ahora allí?

—No, señor, es los sábados, cuando los hebreos nos reunimos en este lugar.

—¿Y los demás días, no?

—Los demás días no, señor, pero eso no impide que los judíos vengamos aquí cuando á bien lo tengamos para adorar á nuestro Dios.

—¿Y quién es vuestro Dios?

—Nuestro Dios, respondió con vehemencia el israelita, es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, es el Dios del Sinaí, el Dios justo que escribió el Decálogo que los judíos cumplimos fielmente y por eso guardamos el sábado para santificarle. En ese día no encendemos fuego, ni tocamos con nuestras manos dinero, ni conocemos á nuestras mujeres, ni...

—Bueno, bueno. ¿Y quién te ha enseñado todo eso?

—Señor, soy sabio.

—¿Que eres sabio! ¿Y dónde te has hecho sabio tú? ¿Con quién has estudiado para ello?

—Lo heredé de mis mayores.

—¡Ah! ¿Conque en el pueblo judío se hereda la sabiduría?

—Sí, señor. Yo la heredé de mi padre, que también era sabio.

—Ea, dijo un compañero mio, esta gente no sabe lo que se dice. ¡Es claro! No tienen quien les enseñe y no es de extrañar.

—Sí, señor, sí, tenemos quien nos enseñe...

—Mentiras, nada más que mentiras; y ahora que nosotros nos quedaremos en Tetuán é iremos á Tánger y después á Fez y hasta el fin del mundo si es preciso, cuando veais lo que nosotros somos, todos seremos cristianos, y tú que eres sabio serás el primero.

—No, señor, no, judío, judío; y dejándonos en un fresco, limpio y hermoso patio en el que había varias mujeres descalzas y casi desnudas lavando ropa en una fuente, se separó de nosotros, no sin hacernos muchas cortesías.

Aquellas mujeres lavaban ropas de los soldados de la guarnición de Tetuán y se nos ofrecieron á nosotros para que les diéramos las nuestras.

Todas eran jóvenes y bellas, pues sus tipos morenos en su mayoría, como no estaban soleados, porque jamás salen de su barrio de estrechas calles donde apenas penetra el sol, tenían un color hermoso.

Despedímonos de ellas y salimos á la calle donde pululaban los soldados, cuando vimos venir á todo correr unos cuantos judíos, cuatro de los cuales conducían una caja en los hombros y los demás seguían á estos con algunos niños vestidos de blanco que llevaban cogidos de las manos. Se alejaron cantando y medio sofocados, y por otros judíos supimos que en la caja llevaban un muerto y que los que le acompañaban eran sus deudos y amigos. Tal es la costumbre.

Después de haber corrido algunas calles frecuentadas por las tropas regresamos á nuestro campamento, encontrando ya fuera de Tetuán á la comitiva del entierro que volvía del cementerio.

Todos los hebreos vestían túnicas de merino ó seda negras y moradas, con pantalones blancos que les llegaban poco más abajo de la pantorrilla, casi á nivel de la túnica.

Calzaban babuchas, algunos medias, y llevaban en la cabeza un pequeño gorro colocado á manera de solideo.



CAPÍTULO VIII.

El 23 de Marzo.

Ha sonado un cañonazo en la torre de la Alcazaba de Tetuán. Salimos de nuestras tiendas y miro mi reloj que señala las dos de la madrugada.

Así como otros días el toque de diana deleita al Ejército con sus bellas notas, hoy se han limitado los diferentes Cuerpos á anunciar brevemente que había llegado la hora de levantar el campo. No nos hemos descuidado en esta operación, que muy pronto ha sido

ejecutada, dedicándose después todo el mundo á calentar el café que desde la noche anterior teníamos hecho, y una vez tomado este refrigerio nos hallamos dispuestos á marchar.

No eran aún las cuatro y media de la madrugada cuando ya estaban los camellos y acémilas con su correspondiente cargamento á lo que se daba el nombre de *impedimenta*.

Cada soldado conducía un lienzo de su tienda, un palo de la misma, la manta y raciones ¡para seis días! sobre su cuerpo, amén de diez paquetes de cartuchos distribuidos en esta forma: Tres en las cartucheras que pendían de la cintura y los otros siete en el pecho, porque el amplio y airoso *poncho*, que entonces se usaba, dejaba lugar para esto entre sus pliegues.

La marcha, que se hallaba anunciada para cuando la primera luz de la aurora iluminase el campo, hubo de suspenderse por la espesa niebla que nos envolvía, tan densa que no nos veíamos unos á otros á seis pasos de distancia.

Detenidos estuvimos por este contratiempo hasta las siete de la mañana en que la at-

mósfera se despejó, quedando tan diáfana que causaba alegría al ánimo al ver reflejado el sol sobre el mar que íbamos á perder de vista después de tanto tiempo en que ni un solo día había el Ejército dejado de ver.

Entonces se dió orden de partir, bajando de la suave loma en que el Cuartel General y el Tercer Cuerpo se hallaban acampados, atravesando el hermoso verjel que el Oriente de Tetuán adorna, y yendo á encontrar al Primero y Segundo Cuerpos que se hallaban al otro lado de la ciudad.

Dejamos Tetuán á la derecha y llegamos á incorporarnos con nuestros hermanos.

He dicho que en las hermosas huertas del Oriente de la plaza agarena anidan miles y miles de canoras avecillas las que con sus gorjeos parecía que saludaban al Creador del mundo ó que tal vez gemían por la desastrosa guerra que tanto luto y tanta desolación llevaba al seno de innumerables familias.

Eran las nueve de la mañana cuando llegamos á la explanada que hay al Oeste de la moruna ciudad, y desde este punto vimos ya la vanguardia del Primer Cuerpo de Ejército empeñada en sangriento combate con los

pertinaces marroquíes que con fiera saña nos disputaban el paso.

Con dicho Primer Cuerpo, que mandaba el General Echagüe, iban dos baterías de Montaña, toda la fuerza de Ingenieros y un escuadrón de la Albuera, y marchaban por el camino del puente del Rio Buceja, siguiendo la izquierda del Jelú.

El Segundo Cuerpo, á las órdenes del General Prim, seguía al Primero con una batería de Montaña, la de Cohetes á la *congreve*, y el Segundo Regimiento montado de Artillería.

Iban detrás un escuadrón de Húsares, dos de Lanceros y la Brigada de Coraceros, todos ellos mandados por el General Galiano, continuando los bagajes del Cuartel General, y los de los Cuerpos Primero y Segundo.

Seguía á la Caballería el Tercer Cuerpo, mandado por el General Ros de Olano, con un escuadrón de la Albuera y una batería de Montaña con su correspondiente bagaje.

Después el General Rios con algunos batallones de la División de Reserva, los Tercios Vascongados mandados por el General Latorre y dos escuadrones de Lanceros.

Cubría la retaguardia una división del Cuerpo de Reserva con una batería de Montaña y un escuadrón de Coraceros que mandaba el General Makenna.

Cuando mi Batallón llegó á una altura que dominaba el ondulado terreno del frente y de la espalda contemplé con delicia el golpe de vista encantador que ofrecían aquellos treinta y cinco mil hombres de uniformes tan variados que marchaban impávidos á la lucha: A un cuarto de legua de distancia se veía la vanguardia empeñada en sangriento combate: Después en hileras de cuatro en fondo el resto del Primer Cuerpo, todo el Segundo, los Lanceros, los Coraceros y los Húsares, y á continuación de estos y delante de mí, parte del Tercer Cuerpo, hiriendo mi vista los destellos de los bruñidos fusiles, de los cascos y de los charolados corrajes, alegrando el cuadro las lanzas de abrillantadas moharras adornadas con las banderolas de colores gualda y rojo emblema de la Patria querida, que hacían latir de gozo los corazones.

Al volver la vista atrás contemplé el resto del Tercer Cuerpo con la numerosa *impedi-*

menta, los batallones de la División de Reserva, los Tercios Vascongados con sus ponchos azules y sus rojas boinas, que marcharon después hacia la derecha comunicándose con el resto del Ejército, y por último los escuadrones de Lanceros que cerraban la marcha, semejando este conjunto de fuerzas colosal serpiente de acero.

Más allá quedaba Tetuán, blanca como la nieve, muda, aletargada, sin dar señales de vida. En la Alcazaba ondeaba la bandera española.

En los minaretes de las mezquitas reflejaban los destellos de un sol de fuego que iluminaba el día. Era aquel un cuadro tan excesivamente bello... que no es posible hacerle ver á mis lectores ni aproximadamente siquiera como yo le estoy viendo con los ojos del alma.

Nadie creía que los fanáticos agarenos nos hubieran interceptado el paso hasta la proximidad de nuestras tropas al *Fondach* porque las terribles posiciones que le defendían se creían muy suficientes para detener si no exterminar á un ejército diez veces superior al nuestro; mas como queda dicho, á la media

legua de Tetuán ya sufrió la vanguardia del Ejército un vigoroso ataque oyéndose por todas direcciones un nutrido fuego de espingarda que anunciaba á las kábilas, diseminadas por los *aduares* cercanos, el momento de la lucha. Este es el modo que usaban para concentrarse.

No fueron desoidas estas señales, pues inmediatamente vimos por las alturas de nuestra izquierda numerosos grupos de Infantería y Caballería agarena, y como era corta la distancia que de ellos nos separaba, les oíamos ensordecer el aire con sus espantosos aullidos, llegando muy distintamente á nuestros oídos repetidas estas palabras: *jámela y perro*, con acento gutural pronunciado.

Antes de llegar al sitio del combate los Cuerpos de Ejército Segundo y Tercero, vimos pasar por delante de nosotros una interminable hilera de camillas ocupadas por heridos que nos infundían veneración, llenándonos de coraje su lamentable estado y haciéndonos desear la venganza.

El Capitán de Infantería Don Carlos Crésttar, Ayudante de Campo del Brigadier Trillo, Jefe de la Brigada de vanguardia, fué el

primer herido de la batalla, y lo citamos especialmente por haber tenido el gusto de tratarle después en las dos veces que fué Gobernador Civil de la Provincia de Burgos. (1)

Dicha Brigada inició el combate haciendo frente durante algunas horas á numerosas fuerzas enemigas.

Tengo impreso en mi memoria el venerable rostro de un Capitán de Cazadores herido en la frente y en una pierna que marchaba trabajosamente sostenido por dos soldados. La barba teñida en sangre de aquel valiente hacía más arrogante su noble figura.

Los grupos avanzaban á colocarse unos al frente de nosotros y los demás á situarse á nuestra izquierda que era la derecha del

(1) Y ya que de nuestra primera Autoridad Civil tratamos, no podemos resistir el deseo de consignar aquí que en la acción del 25 de Noviembre de 1859, fué gravemente herido el entonces Ayudante del Batallón Cazadores de Alcántara y hoy Capitán General de Burgos D. Antonio Moltó y Díaz Berrio, teniendo que abandonar la camilla en que era conducido para defenderse á tiros de revólver de algunos moros que se deslizaron hasta colocarse entre el Serrallo y la línea de combate. Gracias al valor de dicho Oficial y de los soldados conductores que pelearon hasta con los palos de las camillas, no fueron todos víctimas de la furia salvaje de aquellos marroquíes.

Rio Jelú cubierta de arbustos y malezas desde donde nos hacían un horroroso fuego que no dejaba de causarnos bastantes bajas.

Visto esto por el General en Jefe D. Leopoldo O'Donell, dispuso que todo nuestro flanco izquierdo fuese protegido por guerrillas que se destacaron hasta la orilla del río, consiguiendo poner á raya á los marroquíes, no solo por nuestros disparos de fusilería, sino también por las granadas que desde una altura que había á nuestra derecha lanzaban varias piezas de Artillería de Montaña por encima de nuestras cabezas.

En estas guerrillas, sufriendo á corta distancia el fuego de numerosos é invisibles enemigos que la maleza ocultaba, tuve la fortuna de recibir un balazo en la suela de mi calzado del pié derecho, oyendo el silbido de las balas enemigas tan continuado que consideré llegada mi última hora.

El ganado del bagaje que seguía por el camino que llevaba el Ejército muy cerca del río, se espantaba de los disparos que tan próximos á él se hacían.

Una cantinera vestida con el traje característico de las de nuestro Ejército conducía

tres machos que se encabritaban relinchando, y no querían avanzar. Entonces la buena mujer dirigiéndose á los moros que se hallaban ocultos por la maleza en la orilla opuesta del Jelú, y por la espesa línea de humo que producían sus descargas, al vernos á nosotros sin una mata siquiera que nos ocultase se encaró con ellos y, cual si pudieran oirla y comprenderla, les apostrofa diciéndoles: «¡Miserables, cobardes: así os batireis vosotros, escondidos: salid aquí á campo raso como estos valientes!» Y volviéndose á nosotros:

—«Ánimo, hijos míos, nos decía; repasemos el río y acabemos con ellos de una vez.»

En esto los machos se encabritaban cada vez más, y tuvo que emprenderla con ellos en un lenguaje tan animado y tan pintoresco que no pudimos dejar de celebrar sus gracias, haciéndonos reír sus ocurrencias.

Esta heroica mujer ya entrada en años que había dado pruebas de valor, por lo que ostentaba en su pecho algunas cruces, era la cantinera del Batallón Cazadores de Baza.

Ni las granadas ni los disparos de fusil contenían á estos indómitos guerreros, que se presentaban cada vez más fieros y osados

dispuestos á pasar el río con los refuerzos que incesantemente les llegaban, por lo que hubo necesidad de que dos batallones del Segundo Cuerpo salieran á su encuentro dispuestos á rechazarlos con fuego y bayoneta hasta perder la vida ó vencerlos.

Por donde las guerrillas del Tercer Cuerpo se hallaban destacadas, el enemigo cada vez más envalentonado y temerario á pesar de las numerosas pérdidas que sufría, logró vadear el río intentando envolvernos y arrebatarnos nuestra *impedimenta*.

Este arranque de audacia pudo desordenarnos al ser envueltos por la Infantería y Caballería marroquí; mas la serenidad de todos nos salvó del peligro formando grupos que al presentar las bayonetas y seguir haciendo fuego á los asombrados jinetes que creían segura su presa, les hicieron retroceder, completando su dispersión una brillante carga dada por la Caballería que acudió á nuestro socorro.

Sin embargo de esta victoria alcanzada, como el peligro continuara creciendo dispuso el general Ros de Olano que el bagaje se separase del camino que seguíamos y continuase

por la derecha á distancia del río, mientras que el Brigadier Cervino con dos compañías de mi Batallón y el bizarro Coronel Salcedo con otras dos cargaban á los moros á la bayoneta con el mayor coraje obligándolos á repasar el río y causándoles infinidad de muertos y heridos.

Yo gozaba contemplando á mi bravo jefe el Coronel Salcedo, montado airosamente en su hermoso caballo, desafiando el peligro que le amenazaba.

Bien justifican su valor las muchas cruces que engalanan su pecho ganadas en los campos de batalla, sobresaliendo entre ellas *tres* de San Fernando, y sabido es de todos que para obtener esta honrosa distinción es necesario haber demostrado valor en alto grado.

Al frente y á la derecha del Ejército luchaban el Primero y Segundo Cuerpos con numerosas fuerzas enemigas y en la izquierda nos causaban mucho daño; por lo que hubo necesidad de que un batallón de Infantería y un escuadrón de Caballería, á cuyo frente iba el Brigadier Trillo, vadeasen el río que estaba á nuestra izquierda y atacasen á los moros con tal denuedo y bizarría, que alcan-

zándolos el escuadrón de la Albuera los acuchilló de una manera horrorosa rechazándolos á respetable distancia.

El Primer Cuerpo luchaba y reluchaba con los fanáticos guerreros por el frente, teniendo que abandonar algunas veces el terreno conquistado porque los moros se multiplicaban con nuevos y numerosos refuerzos.

El Batallón de Cataluña al ir á tomar una altura se encuentra con fuerzas enemigas muy numerosas que subieron por el opuesto lado, á las que atacaron los bravos cazadores con arrojo; mas habrían sucumbido al mayor número si los de Madrid no hubiesen acudido á su encuentro causando unos y otros horriblos estragos al enemigo en su desesperada resistencia.

Como los accidentes del terreno eran en extremo favorables á los moros multiplicados á cada momento con nuevas reservas, volvían otra vez á la carga con un valor que rayaba en la desesperación.

Hubo necesidad de que varios batallones vadearan nuevamente el Rio Jelú para apoyar á las guerrillas que el Primer Cuerpo habia destacado, y no bastando esto, el Ge-

neral Prim, para contener las acometidas del enemigo, hizo avanzar á los renombrados Tercios Catalanes los que á la carrera rebasaron las guerrillas y penetraron en el Campo Marroquí como un solo hombre sembrando en sus filas el exterminio de una manera espantosa.

Allí se luchó cuerpo á cuerpo, y como los moros eran mucho más numerosos, habrían irremisiblemente perecido los bravos catalanes si al toque de *carga* no hubieran acudido nuestros batallones en su auxilio, llegando á tiempo para que no sucumbieran todos. Sin embargo, en tan cortos momentos de lucha yacían en el suelo muertos ó heridos ¡ciento once hombres de los renombrados Tercios mezclados con otros tantos musulmanes!

¡Bello espectáculo! exclamaban nuestros jefes. ¡Sí, bellissimo, en fuerza de ser terrible!

Reforzadas las tropas del frente con una batería de Montaña y la Sección de Cohetes á la *congreve* avanzaron por toda la línea rompiendo el centro enemigo y precipitando sus huestes por el Puente de Buceja le pasa-

mos todos por encima de montones de cadáveres de uno y otro ejército.

Ya en el llano, donde se detuvieron todas las fuerzas del Tercer Cuerpo que mandaba el General Ros de Olano, (1) me encontré con un amigo mio, que pertenecía al Batallón Cazadores de Ciudad Rodrigo, al que le dije:

—Querido Luis, me encuentro muerto de sed.

—Vente conmigo, me contestó, á ver si nos detenemos un poco y puedo darte agua ó vino.

En efecto, me fuí con mi buen amigo que me dió de beber un poco de vino, caliente en extremo, porque el dia era de un calor exce-

(1) Componían el Tercer Cuerpo de Ejército: Dos Batallones del Regimiento de Zamora: El de Cazadores de Ciudad Rodrigo: El de Cazadores de Madrid: Dos Batallones del Regimiento de Albuera: Uno de Asturias: El Primer Batallón del Regimiento de Almansa: El de Cazadores de Baza: El Segundo Batallón del Regimiento del Infante: El Primero de San Fernando: Un Batallón del Regimiento de Africa: El de Cazadores de Llerena: Uno del Regimiento de la Reina y el de Cazadores de Barcelona. Además había mucha Caballería; Artillería de Montaña; varios Escuadrones del Regimiento montado de Artillería: una Compañía de Ingenieros y Guardia Civil y Carabineros con el Estado Mayor del Cuartel General.

sivo. Esto no dejó de aliviarme algo por el momento.

Como pertenecíamos al mismo Cuerpo de Ejército que se hallaba concentrado, porque según nos habían dicho íbamos á maniobrar todos en columna cerrada al mismo tiempo para asaltar las imponentes posiciones en las que el enemigo se había hecho fuerte, permanecí en las filas de Ciudad Rodrigo, con los buenos amigos que en él tenía.

En esta llanura y al frente de nosotros trataron de rehacerse los pertinaces é indómitos marroquíes protegidos por toda su Caballería que se adelantaba al galope con el intento de envolver á las tropas del General Prim que se encontraban en lo más recio del ataque. Entonces los batallones del Tercer Cuerpo se hallaban formados en columna en el llano con la Artillería á los costados. Varios escuadrones de Caballería se situaron á nuestra izquierda bastante internados hacia el enemigo, formados en masas compactas ínterin los caballeros moros desparramados por la llanura en considerable número corrían al encuentro de los nuestros, al parecer, volviendo grupas antes de llegar y corriendo de

un lado para otro causándonos admiración y extrañeza sus flotantes y fantásticas vestiduras blancas las más, azules muchas, moradas y rojas algunas con albos turbantes los unos, con rojos gorros de larga borla los otros y todos gritando de una manera infernal.

Yo me hallaba extasiado contemplando cuadro tan maravilloso esperando presenciar tan de cerca una carga de Caballería contra Caballería ó contra nuestros cuadros, cuando veo destacarse al frente numerosas guerrillas que rompen el fuego contra los moros, secundado al momento por la Artillería de nuestros costados.

Jamás se borrará de mi memoria el pánico y la confusión que entre los atribulados moros sembraban nuestras granadas. La dispersión fué tan completa, que al momento desaparecieron de nuestro frente buscando su salvación en los fragosos montes cercanos no sin dejar cubierto el suelo de cuerpos despedazados de hombres y caballos.

Ya habíamos recibido orden de avanzar para atacar en su guarida á la Caballería agarena con el fin de coger por retaguardia á los moros que sostenían encarnizada lucha

con los batallones del General Prim, cuando Ros de Olano recibió aviso del General en Jefe ordenándole enviase tres de sus batallones en auxilio de las tropas del Segundo Cuerpo, lo que se efectuó en seguida al mando del Brigadier Cervino.

Uno de estos era el de Ciudad Rodrigo, en cuyas filas me hallaba yo como dejo referido, siguiendo entre ellas á paso de carga hasta encontrarnos frente de aquellas fieras que nos disputaban el paso.

No es posible que yo pueda referir la heroica lucha que presencié.

A mí mismo me parece un sueño aquella terrible realidad.

Allí nos salvamos los que nos salvamos, milagrosamente. Allí fué donde el fuego de la espingarda me quemó un rizo de mis cabellos, y allí ví caer muerto á mis pies al audaz enemigo atravesado por la bayoneta de mi amigo Rebollo, quedando yo atolondrado con el ruido que en mis oídos causó el disparo.

Aquel ruido no me impedía oír los gritos de rabia y de agonía, los sonidos de las bandas de músicas, cornetas y clarines que sin

cesar tocaban paso de ataque y de degüello, el fiero silbido de las balas marroquies, ni los gritos de júbilo de nuestro Ejército que al fin resonaron proclamando la victoria. ¡Oh día de gloria y de angustiosas fatigas! jamás, jamás te borrarás de mi memoria: Y como yo no podría hacer el relato fiel de lo sucedido desde el llano, copio de un testigo presencial lo siguiente: (1)

«Por todas partes había fuego: tronaba el cañón: el incendio lucía sus rojos resplandores en los aduares de las alturas: las cargas á la bayoneta se repetían; embestían los jinetes moros en anchos remolinos; cargaban los nuestros en masas apretadas, y divisábase ya el campamento enemigo en una retorcida garganta, donde estaba, sin duda, aquel otro «Cabo Negro», aquel nuevo temeroso paso de las Termópilas erizado de difi-

(1) Hay ciertos instantes en que las batallas degenerando en combates se particularizan y extienden en innumerables hechos de detalle que, como decía Napoleón el Grande, pertenecen más á la biografía de los Regimientos que á la historia del Ejército: por eso el historiador solo puede narrar los perfiles principales de la lucha, siéndole imposible fijar la verdadera forma de esas terribles hecatombes.

cultades, áspero, revuelto, duro, inaccesible: sepulcro, según los moros, de todo nuestro Ejército; ¡el *Fondach!*

Y sin embargo todos estaban impacientes por precipitarse por aquella horrible y misteriosa hendidura, que ejercía sobre la imaginación supersticiosa del soldado una fascinación indecible, cual si este con su claro y certero instinto creyera encontrar allí el término glorioso de tan mortal contienda.....

.

En cumplimiento de la orden del General en Jefe D. Leopoldo O'Donell, destacóse el General Cervino con los Batallones de Ciudad Rodrigo, Baza y el Segundo de Albuera, al paso ligero y por el camino más recto hacia las alturas de Vad-Rás, sirviéndole de punto de dirección el fuego nutridísimo que se sostenía á las inmediaciones del segundo aduar. (1)

Llegado al primer estribo recibió las instrucciones de los Generales Prim y García, para seguir adelante, y pocos momentos des-

(1) A estas fuerzas siguieron luego todas las del Tercer Cuerpo, y de no haberlo hecho así, los tres batallones destacados habrían perecido.

pués, observando que grandes masas enemigas descendían á su encuentro, las acometió sin vacilar.

El trance era supremo; porque los marroquíes habían logrado rebasar la línea que marcaban las tropas del Segundo Cuerpo extenuadas de fatiga con tantas horas de desigual pelea.

El General Cervino, encargó al Brigadier Pino, que, con el Batallón de Ciudad Rodrigo, operase sobre el flanco izquierdo enemigo y que el Brigadier Alaminos, con el de Albuera, dirigiese su movimiento por el lado opuesto mientras que el mismo General atacaría el centro con el de Baza.

Inició en primer término esta operación el Batallón de Ciudad Rodrigo.

Apenas el enemigo le vió adelantarse se arrojó sobre él como un rio que sale de madre.

De todas partes brotaron moros de á pié y de á caballo. El fuego se hacía á quemarropa. Después no se empleó ya sino el arma blanca. Los moros apelaban á las piedras. Nuestros soldados convertían en mazas sus carabinas.

¡Heróica lucha! El Batallón de Ciudad Ro-

drigo se cubrió allí de tanta gloria, que ninguna otra podrá jamás eclipsar sus resplandores. Él ha sido el protagonista de la Batalla de Vad-Rás. Para él son esta noche los aplausos y las alabanzas. Él ha acometido una empresa de gigantes, y la ha llevado á feliz término ¡ay! pero á cuanta costa.

Su Coronel el bizarro señor Cos-Gayón; diez y seis oficiales y más de la tercera parte de los individuos de tropa quedaron tendidos en el primer encuentro.

Agulló y Linares, Perrís, Saboya, Velasco, Echaún, Puig Samper, Peña, Calderón, Correa, Pérez, Fernández, Corbalán, Romera y Apellanes; es decir, casi todos los oficiales del Batallón cayeron allí muertos y heridos.

Mas ¿qué importa? Hubiérase dicho que el aliento del que caía se comunicaba centuplicado al que quedaba de pié encargado de vengarle. Solo así se comprende que aquel puñado de valientes capitaneados en el último momento por un Comandante de Estado Mayor, el Sr. D. Pedro Esteban, no cediesen nunca un palmo de terreno; cargaran siempre con redoblado furor, y lograsen hacer huir precipitadamente á una infinita nume-

rosa muchedumbre que poco antes había rechazado á todo un Regimiento.

Rehecho sin embargo el enemigo algunos momentos después con las innumerables fuerzas que volaron en su socorro desde otras posiciones más elevadas, intentó un segundo ataque sobre el invicto Batallón.

Entonces el General Cervino acudió por su parte en auxilio de aquel montón de heridos y cadáveres que aún conservaba su bandera y se llamaba el Batallón de Ciudad Rodrigo.

Púsose, pues, al frente de los Cazadores de Baza mandados por el Coronel Novella; desplególos en batalla, y enlanzándolos con los de Ciudad Rodrigo, formando una exigua columna, se lanzó con ambos Batallones al encuentro de los moros; contuvo el ímpetu con que bajaban; batiólos primero á tiros; cargólos después á la bayoneta; hartó á sus soldados de sangre y de matanza y vió por último huir á los pertinaces marroquíes en la más completa y atribulada dispersión.

Pero aún la terquedad del enemigo encontró manera de rehacerse más adelante y probar fortuna en la resistencia ya que no en la acometida.

Para ello se parapetó en ocultos aduares y en otras ventajosas posiciones que le ofrecía el terreno; pero los de Baza y Ciudad Rodrigo los arrojaron también de allí, mientras que Alaminos con los de Albuera, habiendo logrado coronar la altura más dominante del flanco izquierdo, estrechaba al enemigo por este lado, ligando y generalizando el ataque.

Desde este momento los moros abandonaron aquellas alturas y precipitándose por las laderas opuestas de los montes tomaron el camino del *Fondach*.

Mientras esto ocurría en uno de los puntos más importantes de la batalla, el General en Jefe, situado con el General Ros de Olano á la inmediación del Puente de Buceja, esperaba el momento oportuno para adelantar por el valle las fuerzas del centro, luego que el General Rios, ejecutado como se le había prevenido un cambio á la izquierda, acabase de envolver el flanco del enemigo rechazándole hacia el centro.

Este General había marchado al principio sin encontrar resistencia avanzando por la derecha del Ejército de una en otra posición siempre dispuesto á rechazar los ataques que

el enemigo pudiera intentar sobre este flanco.

Los moros, en efecto, desarrollaron numerosas fuerzas en la misma dirección, siguiendo su idea constante de envolver al Ejército por ambas alas; pero las tropas del General Rios se habían anticipado á su movimiento apoderándose de los Montes de Samsa, y entonces se decidieron al combate.

Nuestras tropas movidas por el mismo deseo no se hicieron esperar: El Batallón Cazadores de Tarifa con los Tercios de Guipúzcoa y de Vizcaya al mando del General Latorre, cargaron resueltamente sobre el enemigo en el alto Aduar de *Saddina* hasta arrojarle hacia el Valle de Vad-Rás. Pero los moros volvieron poco después con nuevos refuerzos y atacaron por el frente y derecha aprovechándose de las estribaciones de Sierra Bermeja, con el intento de envolver todas las tropas del General Rios y venir á colocarse á retaguardia del Ejército.

Entonces el General Rios mandó al Brigadier Lesca que cargase á la derecha con el Batallón de Bailén y el Sexto de Marina apoyado por el resto de su brigada, consiguiendo bizarramente contener al enemigo por este

lado, mientras que el General Latorre verificaba igual operación por la izquierda rechazando al enemigo que quería interponerse entre aquellas tropas y las de la derecha del Primer Cuerpo.

De nuevo se obstinaron los moros en su temerario objeto volviendo á probar fortuna con mayores fuerzas; pero un ataque general y arrojadísimo los desconcertó al fin y los obligó á huir á la desbandada.

Conseguido este resultado fué cuando el General Rios, en cumplimiento de las instrucciones del General en Jefe, dirigió el movimiento de sus tropas hacia las alturas del Puente de Buceja, formando la segunda línea y cubriendo la comunicación del Ejército con Tetuán, línea que completaba el General Mackenna con la División de su mando, establecida entre el puente y la plaza, y que prestó servicios muy importantes y rechazó con bravura muchos ataques al retirar el crecido número de heridos que tuvimos en la batalla.

Llegaba ya el momento solemne que había indicado en el principio de la batalla el General en Jefe.

Antes de empezar esta importante y decisiva operación, el Duque de Tetuán señaló á todos los Generales de los diferentes Cuerpos de Ejército el puesto que habian de ocupar, los movimientos que habian de hacer, las relaciones con que debian comunicarse y la concentración final en que debian coincidir para caer como una avalancha irresistible sobre el campamento y Ejército enemigos.

Como el dia 4 de Febrero los movimientos se verificaron con armonía, con precisión, con seguridad; pero el terreno no era una llanura como el Valle de Tetuán; era por el contrario el más vario, el más revuelto, el más accidentado de cuantos había visto el Ejército en toda su peregrinación. Cortado por bruscos derrumbaderos, por el Jelú, por el Buceja y por otros arroyos no siempre vadeables: sembrado de bosques; erizado de agrias montañas; poblado, en fin, de aduares; á cada paso se encontraba un escollo, una dificultad, un obstáculo que no podía estar previsto.

Además los moros luchaban con frenética desesperación. Era el último paroxismo de la rabia; era el fanatismo de la Religión—se ha-

llaban en el *Ramadán*, esto es, en su Cuaresma,—era finalmente, el delirio de su amor al hogar, á la familia, á la Patria, lo que duplicaba su aliento, lo que irritaba su furor, lo que aumentaba su heroísmo.

Por eso le fué tan difícil al General Rios coronar las posiciones de la derecha y adelantarse rápidamente para verificarsu movimiento de concentración con el grueso del Ejército cristiano.

Por eso luchaba y reluchaba desesperadamente el General Prim para dominar las alturas del centro.

Por eso no tenía un momento de descanso el Primer Cuerpo de Ejército que ocupaba la vanguardia.

Por eso podía decirse que, á pesar de los reiterados combates que el Cuerpo del General Ros de Olano había sostenido con las kábilas y moros de Rey que ocupaban la izquierda del Jelú, sus batallones entraban de refresco en la acción cuando Ciudad Rodrigo, Baza y la Albuera, necesitaron desplegar un valor que rayó en locura para dominar las posiciones que constituían la llave de la batalla y eran el antemural del *Fondach*.

Pero, á Dios gracias, todavía quedaba sol y los cuatro Cuerpos del Ejército estaban ya concentrados.

Todo el mundo presentía que llegaba el trance final y nadie dudaba de la victoria.

El General en Jefe puesto á la cabeza de las tropas que respectivamente tenían más cerca los Generales Ros de Olano, Turón y Quesada, penetró atrevidamente por el centro dominando el valle y las orillas del Rio Jelú en dirección al *Fondach*.

¡Bello, solemne, arrebatador era el espectáculo! Las músicas de todos los Cuerpos tocaban paso de ataque y nuestras tropas avanzaban como á una fiesta. El enemigo no podía resistir su empuje. ¡Lo había aprendido ya en cien derrotas! Así fué que mientras por el frente sostenía un vivísimo fuego, levantó apresuradamente su campamento.

Recordaba el dia de la Batalla de Tetuán, y no quería sufrir de nuevo la deshonra que sufrió entonces.

Dábase por vencido, pero trataba de salvar sus reales.

Sin temor ya de perder su campamento

hicieron los marroquíes un nuevo y supremo esfuerzo de resistencia.....

¡En vano! Aquella masa densa, compacta, irresistible que formaban nuestros batallones seguía su movimiento sin inmutarse, como si el enemigo no existiese.

De este modo llegamos á los estribos de las codiciadas posiciones.

Los marroquíes tornaron á huir, y los gritos de júbilo y de victoria fueron de valle en valle, de monte en monte, de posición en posición anunciando el magnífico resultado á todo el Ejército.

¡Oh! ¡Y qué grande y qué bella y qué imponente ha sido la victoria de hoy!

Nunca hemos visto tantos moros juntos: nunca se han presentado masas tan numerosas y tan compactas: nunca han combatido con tanto valor: nunca con tanta inteligencia.

Eran cuando menos de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres luchando como fieras, apareciendo en el valle, ocultándose en el bosque, reapareciendo en la altura, defendiéndose en el aduar, vadeando los rios, desparramándose, concentrándose, resistiendo, atacando, haciendo toda clase de esfuerzos de

valor, de rabia, de astucia, hasta de heroismo—preciso es hacerles esta justicia—por obtener la victoria que les ha negado el cielo.

Y nosotros teníamos la mitad de sus fuerzas, y luchábamos en un terreno desconocido, y verificábamos una marcha penosa, y estábamos de pié desde las dos de la madrugada, y los soldados llevaban encima todo su equipo, manta, tienda, raciones y así y todo salvaban rios, subían montes, atravesaban selvas..... y el sol de África derramaba una lluvia de fuego sobre nuestra frente.

¡Todo, todo conspira á engrandecer nuestro triunfo!

Pero la sangre ha corrido á torrentes de uno y otro bando.

Solo los Tercios Catalanes han tenido ciento once hombres de baja de los trescientos de que constaban.

La pérdida total del Ejército consiste en un jefe, seis oficiales y ciento treinta individuos de tropa muertos; once jefes, noventa oficiales y ochocientos cincuenta y cinco de tropa heridos; un jefe, cuatro oficiales y doscientos trece de tropa contusos.

¡Descansen en paz los mártires de la Patria!

Su sangre ha sido el precio de la más grande y disputada de las victorias alcanzadas en esta guerra.

Ella nos asegura nuestra entrada triunfal en Tánger, si el Sultán no acepta las condiciones de paz que se le han impuesto. Ella no ha corrido sin que las huestes moras derramen mucha más sobre el campo de batalla.

¡Oh! Sí; las pérdidas del enemigo han sido inmensas. A pesar del cuidado que tienen siempre de retirar sus muertos y heridos, esta vez encontramos sus heridos y sus muertos por todas partes.

¡Causa horror contemplar tantos cadáveres, tantos destrozos, tanta matanza y desolación!

Y si esto decimos nosotros que hemos ocupado las posiciones del enemigo, que hemos obtenido una completa y hermosísima victoria, ¿qué dirán los marroquíes vencidos una vez más, arrojados de sus tiendas, diseminados como fieras por los montes y por los bosques, fatalmente resignados ya á perder otra de sus más importantes ciudades?»

Efectivamente, ¿qué dirían aquellos desdichados al vernos triunfantes en sus reales?

Mas ya era hora de acabar, porque si aque-

lla terrible lucha hubiera durado media hora más, creo que habríamos perecido todos ahogados por la sed y por el calor que nos sofocaba, ó reventados de fatiga.

Yo, una vez libre el campo de enemigos porque así que fueron arrojados de las últimas posiciones y levantado su campamento no pensaron más que en huir, me interné con otros compañeros por un barranco de suelo húmedo y arenoso con la esperanza de encontrar agua: aquel sitio era fresquísimo; las rocas que le formaban estaban cubiertas de arbustos y follaje; pero después de haber andado una regular distancia tuvimos que volvernos sin encontrar el deseado líquido.

Muerto de fatiga me senté en una peña, y recostándome en la roca, acababa de cerrar los ojos cuando sentí en mis labios un objeto que me los hizo abrir viendo con placer á un bondadoso cantinero que sostenía una bota de vino; pero tan poco tiempo la tuvo, que al retirarla exclamé encolerizado:—¿Se ha querido V. burlar de mí? ¿No comprende V. que apenas he humedecido mi seco paladar cuando me retira lo que tanta falta me hace dejándome más atormentado que estaba?

—Pero, hijo mio, me respondió el buen hombre; ¿no ves que en tu caso se encuentran todos tus compañeros y que mi objeto es humedeceros siquiera los labios que veo secos con harto dolor de mi alma? Perdóname, añadió, pero no puedo darte más, porque con esto que me queda quiero atender á otros, como así era, pues iba haciendo con mis compañeros lo mismo que había hecho conmigo.

Todos nos hallábamos en un pequeño valle; la batalla se había concluido y no se veían enemigos por ninguna parte.

El General García, Jefe del Estado Mayor, estudiaba las posiciones que los diferentes Cuerpos del Ejército habían de ocupar. Destinado mi Batallón á una suave colina de la derecha del valle desde la que se dominaba otra llanura que terminaba en los cercanos montes, donde el enemigo se había guarecido, nos adelantamos á tomar posesión de nuestro campo confiados, cuando fuimos sorprendidos por un nutrido fuego de espingarda que cesó al ver nuestro avance, desapareciendo los moros que habían intentado la resistencia.

Al coronar la loma nos sorprendieron infinidad de chozas de ramaje muy bien cons-

truidas, pudiendo albergarse en cada una de ellas unos veinte hombres. Allí habían estado acampados los marroquíes, viéndose señales evidentes de su próxima huida.

Mi Compañía, que no ocupó ninguna de aquellas chozas, armó sus tiendas de campaña y desembarazados los combatientes del peso que nos abrumaba encendimos fogatas para aderezar nuestras cenas.

Ya era hora de tomar algún alimento, puesto que nada habíamos comido desde antes de amanecer.

En esto había entrado la noche; una noche primaveral, espléndida, deliciosa.

El cielo seguía hermoso, tachonado de estrellas, pero sin luna, lo que hacía resaltar más y más el resplandor de los miles de hogueras que en el campamento se encendieron.

Al extremo del valle y frente á nuestro flanco izquierdo en la falda rápida de un monte, causaban un efecto sorprendente.

Bajo de nosotros, en el valle, donde estaba la Caballería y la Artillería rodada, lucían igualmente mil fuegos que alegraban el ánimo, y unido esto á las cien músicas que entonaban bellísimos aires españoles, un

verdadero *portpourri*, hacía olvidar los peligros y fatigas que acabábamos de pasar.

Al contemplar yo á aquellos héroes que no se daban cuenta de sus hazañas contándose unos á otros sus peripecias como la cosa más natural del mundo, sentía encanto y asombro indefinibles, pareciéndome locura que en un arrebatado de desesperación cuando me hallaba abrasado de calor, ahogado de sed y extenuado de fatiga, hubiera deseado que la muerte pusiera fin á tanto martirio. ¡Cuánto envidié aquel día á los heridos que veía en las camillas y, como ya he dicho, hasta á los muertos! Por eso cuando llega á mi noticia que políticos de café y aun de otros sitios más serios zahieren al Ejército y recuerdo los padecimientos que sufrí y presencié, no puedo menos de exclamar: ¡Padeceis error! El Ejército, por los trabajos y penalidades sufridos en un solo día en el servicio de la Patria, se hace acreedor á disfrutar una larga y reposada existencia.

¿Decís que en guarnición no hace nada?

Algo más, digo yo, que esos empleados improvisados por el favor de algún cacique.

¡Cuántos de estos tienen á los pocos años

de servicios (!) más sueldo que un comandante que para serlo ha visto su existencia amenazada mil veces, y ha tenido que esperar para alcanzar tal graduación veinte ó treinta años! En cambio, de esos empleados que medran á la sombra del caciquismo obteniendo de primera entrada pingües destinos porque la ley así lo dispone *dándoles* capacidad para todo aunque no la tengan en sus vacíos cerebros, de esos no se ocupa la opinión pública como debiera, aun cuando causan á la Nación un daño inmenso, pues por desgracia, muchos de aquellos que por tal aberración están destinados á servir para todo, no suelen servir para nada; y por esto la noble, heroica y sufrida España ha llegado al extremo en que se encuentra. Mas basta de digresiones que no son ahora del caso, que tiempo tendremos para tratar de esto en el trascurso de esta narración.

Decía que me causaba encanto indefinible el encontrarme entre aquellos valientes que tranquilamente cenaban llenos de gozo por haber salvado la vida que tantas y tantas veces expusieron en la terrible lucha que había terminado. Pero mi alegría no tuvo límites,

amado lector, cuando mi bizarro Jefe el Coronel Salcedo, recorriendo los diferentes grupos que formaban los soldados de su Batallón, enterándose de su estado cual un padre cariñoso pudiera hacer por sus hijos, se paró ante el en que yo estaba, y me felicitó al verme; pues no dejaba de causarle extrañeza que casi un niño, como yo era, hubiera resistido las fatigas de aquella tan terrible batalla. Esto me llenó de tan noble orgullo, que al recordarlo hoy no deja de causarme satisfacción inmensa, considerándome con esto y con el aprecio de los hombres honrados, suficientemente recompensado por las penalidades y peligros que arrostré por la gloria de mi amada Patria, ya que allí no me llevó otra idea que la de derramar mi sangre por la honra de la Nación.

Eran las ocho y media, y la batalla había terminado á las seis y media, habiendo por lo tanto durado diez horas; y cuando el cuerpo necesitaba el reposo, tuve que prepararme para hacer con mi Compañía el servicio de trinchera.

La que habíamos hecho era muy sencilla porque no había tiempo para más, y si hubié-

semos sido atacados por los moros, nuestros pechos habrían servido de muralla.

Este servicio duró hasta la una de la madrugada, á cuya hora fuimos relevados, retirándonos á nuestras tiendas para dar á los rendidos cuerpos el descanso que bien necesitaban.



CAPÍTULO IX.

Campamento de Vad-Rás.— Descanso del Ejército.



oy, la diana se ha dejado oír bastante entrado el día ahuyentando el sueño que ha durado desde la una á las siete.

El tiempo es magnífico; el sitio que ocupamos delicioso: el sol irradia su esplendente luz sobre la menuda hierba de que se halla tapizado el campo: las flores silvestres que

le esmaltan embalsaman el ambiente que respiramos con delicia.

¡Qué agradable era la existencia en aquellos instantes!

Los moros no se ven por ninguna parte. ¡Cuán atribulados estarán por tan terrible infortunio!

Acabamos de saber que este dia le pasaremos en este sitio para reponer las municiones gastadas ayer, y para descansar nosotros, que bien lo necesitamos.

Se ha distribuido una buena ración de carne de vaca con la advertencia de que no se consuma hoy, porque es para comerla mañana si algún descanso tenemos para ello; pues según nos dicen, la batalla que nos espera será más reñida que la de ayer.

Hemos de andar las tres ó cuatro leguas que de Tánger nos separan y entrar en la plaza erizada de cañones.

No hay más remedio que vencer ó morir.

Amenazan los jefes con castigo al que antes de emprender la marcha no presente dicha ración asada en la revista que al efecto se ha de pasar.

Se ha tomado esta providencia porque

ayer, ninguno de nosotros comió nada durante el día, pues la galleta es muy difícil de comer si no es con calma, y ni el arroz ni el tocino crudo que llevábamos eran alimentos apetitosos, y además, no hubo tiempo para emplearle en estas *golleries*.

Mi Batallón ocupa las avanzadas del Ejército.

El agareno se halla en un monte cercano á tiro de fusil, de manera que el primer paso que demos será recibiendo el fuego del enemigo. Dios sea con nosotros.

Oigo decir á un jefe que se halla en un grupo de oficiales, que del Batallón solo quedará ileso el recuerdo del número 18, que es el del Regimiento de Almansa; mas ¿qué importa? nada nos sorprende ni nos amedrenta, ya que al venir hemos hecho el sacrificio de nuestra vida. Si la salvamos en esta mortal contienda, nos haremos cuenta que hemos nacido de nuevo.

Adelante, y ¡viva España!

Si bien esta mañana se ha oído un tiroteo de espingarda, no se han dejado ver los marroquies, aun cuando esos tiros son las señales que ellos usan para reunirse; pero que

se encuentra el grueso de sus fuerzas en el cercano monte, no cabe duda, porque nuestros escuchas que han avanzado hasta muy cerca de él, así lo afirman; y se confirma su aserto después por haberse visto algunos grupos de blancos ropajesá la entrada del bosque.

A nosotros se nos ha quitado el cansancio que ayer nos atormentaba, y tenemos deseos de salvar pronto las tres ó más leguas que nos separan de Tánger, en cuya plaza descansaremos para internarnos hasta el corazón del Imperio, pues con soldados españoles se puede ir hasta el fin del mundo.

Cualquiera extraño á estas costumbres guerreras se hará la idea de que los soldados después de una gran batalla se hallarán tristes por las pérdidas de sus queridos compañeros, y porque ellos mismos se encuentran en vispera de morir. No hay nada de eso: el buen humor no se separa nunca de estos valientes.

Hace un momento que me hallaba con otros compañeros tendido en la hierba, y nos levantamos precipitadamente al ver un numeroso grupo de soldados que corría tras un moro.

¿Qué es esto? nos hemos preguntado. Pero antes de contestarnos nadie, ha llegado ante nosotros el fugitivo moro que ha resultado ser un soldado de buen humor disfrazado con un jaique y un gorro-fez, quien haciendo mil visajes recorre el campamento con regocijo de sus compañeros que le siguen con risa y algazara.

Por la tarde, todo el mundo se ha acercado á la trinchera, porque han corrido voces de que se veían varios moros á pié y á caballo con bandera blanca.

¡Parlamento, parlamento! he oido decir; y en efecto, hemos visto á varios moros que por nuestra izquierda avanzan hacia nosotros con tardo y vacilante paso.

Una escolta que les acompañaba ha hecho alto y solo han continuado su camino cuatro jinetes que han detenido el paso ante una guardia avanzada.

Tras breves momentos, han sido conducidos hasta la tienda del Duque de Tetuán, General en Jefe del Ejército.

Allí han permanecido una media hora y ninguno de nosotros se ha separado de la trinchera hasta perderlos de vista.

—¿Qué será? ¿Qué quieren?, se oye decir por todas partes.

—Pues quieren la paz.

—Es que hace ya dos meses que la quieren, arguyen algunos, y nunca se conforman con las condiciones que se les imponen. Lo que esos tunantes intentan es entretenernos para ganar tiempo y rehacer sus fuerzas destrozadas y dispersas. Lo que debiera hacer el Duque, es no hacer caso de esos embusteros y mandar hacer fuego cuando se nos acerquen, sea con bandera blanca, roja ó amarilla.

—Creo que ahora va de veras, oí decir á un capitán. La Comisión Parlamentaria que acabamos de ver, ha venido á anunciar al General O'Donell, que el Príncipe Muley-el-Abbas desea hablarle mañana; habiéndole contestado que se le esperará hasta las siete de la mañana, y que si á esa hora no se presenta, se romperán las hostilidades sin suspenderse, una vez empezadas, aunque llegase el Emperador en persona con todas las banderas blancas del Imperio.

—Bien hecho está eso, para que aprendan á respetarnos y á temernos, ya que tanto se

burlaban antes de nosotros: con eso irán á contárselo á sus amigos los ingleses.

—Me parece, repuso un comandante, que no habrá necesidad de que los moros se lo cuenten á esos señores, porque varios de sus jefes son..... rubios.

—Tanto mejor. Bueno es que vean que genio gastan los españoles cuando se batan en noble lid, y con gentes aguerridas y valientes; porque no debemos desconocer esta cualidad en nuestros enemigos. Ayer han hecho prodigios de valor, y aún me parece mentira que les hayamos desalojado de las excelentes posiciones que ocupaban. Pero ¿quién resistía á estas *fierecillas* que nos rodean? Dijo un jefe de Estado Mayor, señalando á los soldados.

—Efectivamente, contestaron los demás jefes y oficiales que formaban el corro. Con estos soldados no es difícil conquistar el mundo.

En esto se separó de ellos el Alférez Rufo, y se acercó á departir amigablemente conmigo.

—¿Qué dirán ahora nuestros amigos de Burgos? me preguntó.

—¿Qué han de decir? Tenernos la más no-

ble envidia que pueda molestar á corazones generosos. Seguro estoy de que si nosotros fuésemos vencidos en la lucha, los moros no habrían de celebrar mucho tiempo la victoria, pues vendrían todos los españoles útiles para empuñar las armas. El entusiasmo que reina en toda España, es indescriptible.

—Eso dicen las cartas y periódicos que recibimos: Y á propósito: ¿Sabes que el Coronel te tiene un verdadero cariño?

—Lo sé y se lo agradezco en el alma: daría mi vida por la suya. Jamás olvidaré las deferencias con que me distingue honrándome....

Aquí llegaba nuestra conversación cuando se separó de mí, porque, como Abanderado que era, tenía que intervenir en el reparto de las municiones y le llamaron para ello.

Yo me dirigí á visitar á mis compañeros de Ciudad Rodrigo, que me recibieron con alegría intensa como yo á ellos. Mis dos paisanos se hallaban ilesos, y los heridos, como todos los de los demás Cuerpos, habían sido conducidos á Tetuán.

Los muertos se están enterrando en grandes fosas que al efecto se han encargado de abrir los soldados del Cuarto Cuerpo del Ejér-

cito que se hallan entre la Plaza de Tetuán y el Puente de Buceja.

No he podido menos de impresionarme dolorosamente al contemplar las tiendas de estos héroes, y observar en ellas la falta de casi la mitad de sus dueños, pues aunque en todos los batallones hay desgracias que lamentar, no ha sido tan extraordinario el número de víctimas como en este.

En él he pasado el resto de la tarde escribiendo á mi familia y amigos, y á las de algunos soldados que me lo han suplicado.

Aunque queramos pensar en cosas tristes, aquí no es posible.

Ya están electrizando todos los corazones de entusiasmo las bellísimas notas con que las diferentes músicas y charangas del Ejército regalan nuestros oídos haciendo que el alma se eleve á las regiones de lo infinito.

¡Bendita sea la música que tan dulces emociones causa en nuestros espíritus!

Estos gratisimos ecos han acompañado hasta el seno de la gloria á los mártires de ayer. A muchos de nosotros nos acompañarán mañana; mientras, gozamos de la vida y la saboreamos con placer.

Mi imaginación se trasporta á España, y recorre todos los sitios conocidos.

Veo á mis ancianos padres hablando siempre de mí.

Veo á mis hermanos, á mis amigos, á mis patronas rezando la novena por nosotros; á sus esposos é hijos que tantas pruebas de cariño nos dieron.

¡Si nos viesen ahora! exclamo: ellos no pueden hacerse idea de nuestra vida y costumbres, porque las ignoran, así como los bellísimos sitios que ocupamos.

No puedo menos de avergonzarme, querido lector, al recordar que ayer deseaba la muerte, pero ¡ay! me hallaba extenuado de fatiga, y aquella sed que me martirizaba tanto, me tenía privado de razón; por lo demás..... ¡Morir tan joven! No lo deseo, ni lo permita Dios: veo el horizonte de mi existencia tan bellísimo..... Mas, aunque deseo la vida, no te vayas á figurar que por eso rehuiré el peligro, ni que me arrepiento de haber venido voluntario á esta guerra, no; al contrario: cada dia estoy más orgulloso y satisfecho de mi resolución. Si es necesario el sacrificio de mi existencia: si mi cuerpo ha de dormir el

sueño eterno en estos hermosos campos, cúmplase la voluntad de Dios, y ¡viva España!

¡La retreta! ¡Otra vez las músicas!

Vuelvo á mi Batallón, ya que mis compañeros de Ciudad Rodrigo no me han dejado separar de su lado hasta después de cenar.

Mañana á primera hora levantaremos el campo y esperaremos en nuestras posiciones hasta las seis y media en que, si no ha venido el Príncipe del Algarbe Muley-el-Abbas, dará principio la batalla sin suspenderse ya hasta vencer ó morir.

Esta noche estoy franco de servicio y me toca descansar hasta que me despierte la diana.

Ya tocan á silencio.

Ya estoy en mi cama, que es el duro suelo; mas como si fuese el lecho más confortable del mundo.



CAPÍTULO X.

Campamento de Vad-Rás.—Preparativos de marcha á Tánger.—La paz.—Recorren los moros nuestro campo.

Ha sonado, al amanecer, el toque de diana que nos ha hecho salir de nuestras tiendas, las que pocos momentos después han desaparecido, como por encanto, de todo el campamento.

Hemos tomado el café, con pan tierno, que nos dieron ayer, elaborado por nuestros obreros de Administración Militar, y cocido en los hornos de campaña.

A las seis se ha pasado á todo el Ejército,

revista de la carne que también se nos repartió, la que hemos presentado asada convenientemente según se nos había prevenido.

Son las seis y media, hora en que prometió venir el Príncipe del Algarbe y Gran Kalifa del Imperio Muley-el-Abbas, y ni se ve ni hay señales de su venida, por lo que se ha dado la orden de avanzar.

Ya están los soldados de Caballería jinetes en sus monturas; los cañones de Montaña dispuestos en los machos; la Artillería rodada en disposición de marchar; la tropa de Infantería con sus mochilas á la espalda y empuñados los fusiles esperando la señal de avance.

Ya se dió la orden de avanzar, que ha sido seguida del toque de *alto*.

Como no se ve moro alguno que anuncie la venida del Príncipe agareno, nos ha extrañado esta determinación; mas no hemos tardado en comprender la razón de la contraorden cuando á lo lejos y por nuestro frente izquierda, vemos correr hacia nuestro campo algunos caballeros moros que se han detenido, mucho antes de llegar á nuestra grande guardia avanzada.

por S
con C

¿Será que les haya detenido el aspecto del Ejército?

No podemos adivinarlo.

Por fin, vemos salir de nuestro campo un ayudante con algunos jinetes que le acompañan hasta llegar á los moros parlamentarios.

Se detienen breves instantes y continúan después avanzando hasta la tienda del General en Jefe.

A los pocos minutos vuelven los marroquíes por donde vinieron, y circula por todo el campamento la orden de que los soldados se aligeren del peso de las mochilas, que quedan en el suelo, pero siguiendo con las armas en la mano. Luégo hemos sabido que los emisarios han venido á decir al Duque de Tetuán, que el Príncipe moro llegará á las nueve de la mañana para firmar los preliminares de la paz, bajo las mismas condiciones que ya otras veces había rechazado.

Sin duda, la batalla de anteayer ha sido para ellos de más graves consecuencias que nosotros creíamos, y les obliga á rendirse á discreción.

Nosotros ni nos alegramos ni lo sentimos. Habíamos formado la idea de entrar en Tán-

ger, y casi, casi estoy por decir que todos, absolutamente todos, nos vemos desilusionados si esto no llega á realizarse.

Como á un tiro de fusil de nuestras avanzadas, arman varios soldados una tienda de campaña: se dice que es para recibir en ella al Príncipe.

Muley-el-Abbas ha sido puntual en acudir á nuestro campo á la hora prefijada. Viene con lucido acompañamiento de moros á caballo, y entonces el General O'Donell sale de nuestro campo con algunos Generales y una escolta de Lanceros en traje de gala.

Al llegar á la guardia avanzada han hecho alto los Lanceros, siguiendo el Duque al encuentro del Kalifa con los Generales, y entonces se ha adelantado el Príncipe con los suyos, internándose unos y otros en la tienda levantada al efecto.

Unas dos horas han trascurrido cuando nos anuncian que la paz se ha firmado, y que el Príncipe y su acompañamiento van á visitar nuestro campo, como en efecto lo verifican, acompañados por nuestros Generales.

Bien minuciosamente lo hacen observándolo todo y quedándose pasmados de asom-

bro al ver á tan pocos guerreros como nos encontramos aquí reunidos.

Los semblantes de los Generales moros son tristes, pero con una dignidad que nos infunde respeto, particularmente Muley-el-Abbas, de apostura bizarra, moreno, de fisonomía bella con barba y ojos negrísimos. Es un gallardo jinete. Unos vienen con albornoces blancos, otros con azules, con turbantes blanquísimos de fina tela algunos, y otros, ceñidos los albornoces á la cabeza con una cinta sujetos. Distínguese el Príncipe por la cinta verde con que lleva ceñida al turbante la capucha de su jaique. Son las monturas de los caballos de todos ellos, lujosas y pintorescas en extremo. Las sillas, como las de los picadores de nuestras corridas de toros, forradas de raso y terciopelo de diferentes colores muy vivos. Todo el arreo de las cabalgaduras es como el que usan las de Andalucía.

Los caballos que montan no son de grande alzada, más bien son pequeños y flacuchos; pero tan ágiles, que trepan por las riscosas pendientes como si fueran ciervos.

Hemos comido la carne consabida en paz y en gracia de Dios, y después emprendemos

la marcha para acampar en la línea divisoria, que es el Puente de Buceja.

Durante todo el día, se han visto los moros á distancia; mas apenas ha sido abandonado el sitio en que ha acampado mi Batallón, cuando le vemos ocupado por las kábilas que ni siquiera habíamos sospechado se encontrasen tan cerca de nosotros. Los infelices, deben hallarse hambrientos, porque recogen del suelo lo que nosotros hemos tirado, que no es poco.

Nuestros soldados levantan los brazos diciéndoles *adiós*, y ellos contestan del mismo modo como quien comprende que la despedida es amistosa.

A nuestro paso encontramos algunos moros á caballo, á los que los soldados detienen dándoles la mano, que ellos estrechan, y diciéndoles, como si pudieran entenderlos: «Ya somos amigos: se acabó la guerra.» Deben ser, por sus vestiduras, jefes ú oficiales que irán á trasmitir á los moros de la derecha del Jelú la órden del Príncipe que dice así:

«La Paz con España está firmada. El moro que cause daño á los españoles, será degollado.»

Nosotros hemos seguido hasta pasar el Puente de Buceja, acampando en una meseta á unas dos leguas de Tetuán, no dejándose ver las kábilas sino á largas distancias, sin atreverse á acercarse al Ejército.

He aquí el parte dirigido á España.

«El Excmo. Señor General en Jefe del Ejército de África dice al Excmo. Señor Presidente interino del Consejo de Ministros, y Ministro de Estado, lo siguiente:

«Excmo. Señor: Los Comisionados de Muley-el-Abbas se presentaron ayer de nuevo en mi campamento con una carta del Kalifa, en que me encarecía vivamente sus deseos de paz, y al efecto solicitaba que celebrásemos una conferencia en que pudiéramos ponernos de acuerdo y firmar los preliminares de la paz. Tenía yo dispuesto emprender un movimiento cuyo resultado debía ser el forzar el paso del *Fondach*, y deseoso de no retardarlo le contesté: que si admitía el supuesto de que mis condiciones eran las mismas que ya conocía, y me avisaba la hora de nuestra entrevista antes de las seis y media de la mañana siguiente, la tendría gustoso; pero que de

no avisarme á dicha hora, emprendería mi operación.

Ya había el Ejército batido tiendas y dispúestose á emprender la marcha, cuando á toda brida llegaron los Comisionados á avisarme que Muley-el-Abbas asistiría á la entrevista entre ocho y nueve de la mañana. Hice disponer una tienda á seiscientos pasos de mis avanzadas para recibirle y, cuando se aproximó, salí á su encuentro dejando mi Cuartel General y escolta á trescientos pasos, y acompañado solo de los Generales.

En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones con la sola modificación de ser de 400 millones la indemnización en vez de ser de 500.

La insistencia con que pedía la paz: su elevada condición de Kalifa, y la dignidad conque soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnización: No me pareció generoso para mi Patria humillar más á un enemigo que, si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable. Convinimos en celebrar una suspensión de armas, á contar desde este día, y nos separamos después de firmar ambos

los preliminares y el armisticio que remito á V. E. originales los primeros y en copia el segundo. Hoy emprenderé y llevaré á cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria.»

Lo que pongo en noticia de V. E. para que llegue á la de S. M.=Dios guarde á V. E. muchos años. Campamento de Vad-Rás 25 de Marzo de 1860. = Firmado = Leopoldo O'Donell.»

Bases preliminares

Para la celebración de un tratado de paz que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre D. Leopoldo O'Donell, Duque de Tetuán, Conde de Lucena, Capitán General en Jefe del Ejército Español en África y Muley-el-Abbas, Kalifa del Imperio de Marruecos y Principe del Algarbe.

Don Leopoldo O'Donell, Duque de Tetuán, Conde de Lucena, Capitán General en Jefe del Ejército Español en África, y Muley-el-Abbas, Kalifa del Imperio de Marruecos y Principe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la Reina de las Españas y por S. M. el Rey de Marruecos, han conve-

nido en las siguientes bases preliminares para la celebración del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo 1.º S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de las Españas á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el Barranco de Anghera.

Art. 2.º Del mismo modo S. M. el Rey de Marruecos, se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.º S. M. el Rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñón y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuán en 24 de Agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4.º Como justa indemnización por los gastos de guerra, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la Reina de las Españas la suma de veinte millones de duros.

La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.º La ciudad de Tetuán con todo el territorio que forma el Bajalato del mismo nombre, quedará en poder de S. M. la Reina de las Españas, como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnización de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.º Se celebrará un tratado de comercio, en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan á la nación más favorecida.

Art. 7.º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez, ó en el punto que más convenga para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.º S. M. el Rey de Marruecos autoriza el establecimiento en Fez de una casa de

misioneros españoles como la que existe en Tánger.

Art. 9.º S. M. la Reina de las Españas nombrará desde luego dos plenipotenciarios, para que con otros dos que designe S. M. el Rey de Marruecos extienda las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuán, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que en ningún caso excederá de treinta días, á contar desde el de la fecha.

En 25 de Marzo de 1860.=Firmado.=Leopoldo O'Donell.=Firmado.=Muley-el-Abbas.

Habiéndose convenido y firmado las bases preliminares para el tratado de paz entre España y Marruecos, por D. Leopoldo O'Donell, Duque de Tetuán, Capitán General en Jefe del Ejército Español en África, y Muley-el-Abbas, Kalifa del Imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe, desde este día cesará toda hostilidad entre los dos Ejércitos, siendo la línea divisoria de ambos el Puente de Buceja.

Los infrascritos darán las órdenes más terminantes á sus respectivos Ejércitos, cas-

tigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kábilas, y si en algún caso las verificasen á pesar suyo, autoriza al Ejército español á castigarlas sin que por esto se entienda que se altera la paz.

En 25 de Marzo de 1860.=Firmado.=Leopoldo O'Donell.=Firmado=Muley-el-Abbas.



CAPÍTULO XI.

Regreso del Ejército á Tetuán.
—Las kábilas.—Una tienda de tabaco en
Tetuán.—El Campamento.



pesar de los preliminares de la paz, firmados ayer, debemos, interin permanezcamos en esta tierra, vivir con ojo alerta, pues antes de terminar el dia fueron heridos dos soldados de los que al anocheecer se hallaban recogiendo agua para hacer la cena.

El toque de diana ha sonado algo más tarde que otros días, y hecho y tomado nuestro almuerzo nos disponemos á continuar la marcha á Tetuán.

Por estos campos que són en los que el día 23 se riñó tan cruenta lucha, se observan á cada paso señales de ella: cascos de granadas, armas rotas, caballos muertos y trozos de cadenas yacen en el suelo.

Antes de emprender nuestra marcha se ven en las alturas próximas algunos moros que no se atreven á acercarse á nosotros. Uno más resuelto que los demás se llega al fin, y al ver sus compañeros que lejos de hacerle daño, se le obsequia con galletas, se determinan á aproximarse los demás y al instante vemos á nuestros flancos millares de ellos casi desnudos los más, y los que no, con sus jaiques y albornoces hechos girones. Todos sin distinción están descalzos con las piernas curtidas y llenas de cicatrices de las heridas hechas por las piedras y espinos de las malezas casi impenetrables, aun para las fieras, en que se guarecían cuando eran acosados en las lides.

—Mirad quienes son los que os han ven-

cido, dice el Comandante Urbáiz á unos moros de más de seis pies de altura que nos contemplan llenos de curiosidad y asombro, y les designa al sargento Cebrián y á mí, como los más jóvenes que á su lado estamos.

Si no han comprendido los moros las palabras han debido comprender la mímica del Comandante, pues nos examinan de pies á cabeza, y al vernos á los dos sin pelo de barba, creyéndonos músicos ó cornetas contesta uno de ellos:

—Estos ser *tarari-tarari*.

—Tarari, ¿eh? Tomad los fusiles y armad las bayonetas, nos dice.

Obedecemos al momento, y simulando una carga

—Ese es el *tarari* que han usado, les hizo comprender.

En esto nos vimos rodeados de muchos marroquíes, y de soldados y oficiales nuestros. Los mulsulmanes nos tomaron los fusiles examinándolos detenidamente, fijándose mucho en las bayonetas. Uno de ellos levanta la tapa de mi cartuchera y coge dos cartuchos, y conociendo yo que tiene grandes deseos de guardarlos le digo: «Quédate con

ellos,» lo que le llena de infantil alegría.

El Comandante Urbáiz le toma la espingarda diciéndole que si la quiere cambiar por su sable, y no comprendiéndole el moro, le desprende de las correas y se le entrega. Entiende entonces el agareno que se le propone un cambio, y no acepta.

Después les damos galletas y arroz que reciben extrañados y llenos de gozo, pues los pobres se hallaban hambrientos.

El armamento de estos guerreros se compone de espingardas adornadas, las más, con incrustaciones de marfil y metal, que llevan siempre horizontalmente; de gumía semejante al sable que usan los sargentos de Infantería de nuestro Ejército, colgada de un cordón que pende del hombro derecho á guisa de bandolera; de una especie de calabaza adornada con clavos dorados que también pende de un cordón en la que llevan la pólvora, así como una redecilla llena de estopas para tacos, y una serita de fina paja para los *balines* que tantos heridos nos hacían á consecuencia de emplear en cada carga cuatro ó seis de estos proyectiles.

Puesto el Ejército en marcha, siguen á

derecha é izquierda de nuestros batallones tan extrañas gentes llenas de asombro camino de Tetuán, á cuya ciudad llegamos poco después de medio día, y por ella cruzamos hasta las puertas de Oriente que dan paso á las huertas en que de nuevo establecimos nuestro campo.

Los moros que con nosotros venían eran detenidos por nuestros centinelas de las puertas de la Ciudad Santa, y por los judíos que servían de intérpretes se les decía que si querían penetrar en la población debían hacer entrega del armamento, á lo que muy pocos accedían, volviéndose al campo disgustados de esta determinación.

Yo, que había ido á la guerra para matar ó ser muerto en las lides, no me explicaba la compasión que me causaban aquellos hombres famélicos y casi desnudos; pues desde el momento en que se firmaron los preliminares de la paz ya no recibían socorro alguno del Gobierno del Imperio, y como los más estaban muy lejos de sus hogares no podrían subsistir sino merodeando. Por eso nosotros les dábamos nuestras galletas y el arroz que recibían admirados. Sin duda no compren-

dían la compasión que inspiraban á los *perros cristianos* que, hasta dos días antes, les habían causado tantas desdichas persiguiéndolos por todas partes y sembrando el exterminio y el espanto en sus propios lares.

También podían haber hecho buena provisión de tocino, pero cuando algunos soldados se lo ofrecían lo rechazaban mirándolo con horror.

Dentro de Tetuán y en el barrio de los judíos, por el que siguió mi Batallón á las huertas, vi una tienda de tabaco en la que entré para proveerme de cigarros. Varios israelitas que en ella se hallaban, me invitaron cortesés á descansar, lo que acepté dándoles noticias que me pedían de la última batalla, escuchando asombrados las peripecias de ella.

Lo que más pena les causaba era el pensar que más tarde ó más pronto tendríamos que evacuar la ciudad, volviendo por consiguiente á ser víctimas de los moros que les trataban con el mayor desprecio haciéndoles sufrir mil vejaciones y amarguras.

«Jamás olvidaremos, me decían, el proceder del cristiano español, que nos ha redimido de la esclavitud en que vivíamos.

De España, de nuestra querida España vinieron en mal hora nuestros padres á esta tierra.»

Como las huertas en que el Tercer Cuerpo de Ejército, á que yo pertenecía, había establecido el campamento se hallaban cerca, no tenía prisa, y siendo amena la conversación de los hebreos, continué con ellos largo rato hasta que llegada la hora oportuna para emprender la marcha compré seis cajetillas de cigarrillos de papel, *pitios* como ellos decían, y seguí tranquilo mi camino hasta el sitio en que mi Batallón había plantado sus tiendas.

Al desembarazarme de mis arreos, é ir á guardar las cajetillas, quedé sorprendido por encontrar otras seis cuando me constaba que no tenía ninguna. Al punto caí en la cuenta de donde procedían, causándome extraordinario asombro que los judíos á quienes se las tomé no hubiesen observado que yo, distraído, las cogí y las guardé á su vista al llegar á su tienda, sin pagarlas, y no recordándolo al marcharme me dieron otras seis, que pagué. Estoy seguro de que si ellos recordaron después esto, estarían seis meses sin dormir. ¡Buenos eran en tratán-

dose, siquiera, de un ochavo moruno!

Para que el lector pueda formarse una idea de lo que eran los judíos de Tetuán, en punto á intereses, creo oportuno consignar aquí el hecho siguiente:

Había en la ciudad agarena hebreos dedicados á la fabricación de babuchas, ligerísimo calzado que allí se usa, y á uno de éstos se dirigió un soldado de mi Compañía para que le arreglase un borceguí que tenía descosida la suela del alto tacón que entonces usaba la tropa. El judío le dijo que se le cosería y se le dejaría bien por cuatro cuartos, á lo que el soldado accedió.

Al ir al día siguiente á recogerle extrañóse nuestro soldado al ver que el *zapatero* le presentaba el borceguí con la suela cosida, si, pero con el tacón que estaba á ella adherido cuando se le entregó, completamente desprendido, pues acostumbrados estos babucheros á coser material delgado, quitó el tacón para coser la suela y después no supo colocarle, por lo que dejó el borceguí insertible.

—¡Por vida de tu alma! dijo el soldado, que me has estropeado mi borceguí! Si no

—sabías hacer lo que te encargué ¿á qué te comprometiste para echarlo á perder?

A todo esto el israelita con los ojos fijos en el soldado no desplegaba los labios.

—Si no mirase no se qué, añadió el compatriota, te metía el borceguí por los ojos de estúpido que pones, ¡babiéca!

El judío escuchaba, en efecto, como un alelado, y así continuó hasta que el bueno de Vela, que éste era el apellido del soldado, exclamó:

—Me marchó antes que se me acabe la paciencia y te ponga como mereces á zapa-tazos, y dió media vuelta para alejarse.

Entonces el israelita, ligero como un zorro, se abalanza al soldado, le sujeta por el poncho y le dice lleno de angustia:

Pero señor, ¿no me paga?

—¡Ira de Dios! ¡Conque me has estropeado mi borceguí y ahora dices que si no te pago! ¿Sabes, judío, lo que me hablas? ¿No comprendes que eres tú quien debías abonarme á mí el daño que me has causado porque no puedo hacer uso de mi borceguí? Pero suelta, hombre, suelta antes que te rompa el *bautismo*.

—¡Señor, que soy *probe*! Págueme, señor!

—¡Re..... judío del infierno, suelta!

—¡Por su Dios, señor, que soy un *probe!*
¡Págueme, señor, por su Dios!

—¡Por vida del tuyo y del mío! ¡Suéltame,
lebreo!

Así nombraban algunos soldados á los hebreos.

El judío no atendía razones de nadie y seguía repitiendo en plañidero tono que le pagase.

Acabada la paciencia del soldado la emprendió á zapatazos con el interesado judío que sufría los golpes, pero no soltaba su presa.

El barullo que se armó fué mayúsculo. En la calle no cabía la gente.

Vela fuera de sí, irridadísimo, repetía los golpes soltando cada interjección.....

Algunos judíos intervinieron, pero en vano, y la bulla hubiera seguido hasta Dios sabe cuando, si la alarma no hubiese llegado hasta una de las guardias de prevención que había en varias calles de la ciudad, la que destacando un oficial, un sargento, un cabo y doce números les envió al sitio del escándalo encontrando al soldado dando golpes al hebreo.

y á éste sufriéndolos con la cabeza baja y el cuerpo encorvado, pero agarrado como un perro de presa.

—¿Qué es eso? dijo el oficial.

Entonces Vela y los demás explicamos al teniente lo sucedido, y en vista de ello, se separó al mísero judío, no sin haber desgarrado el poncho de nuestro compañero. Observé que aunque aquél repetía sin cesar que era un *probe*, no estaba mal portado, pues vestía con aseo.

Por esto y por otros hechos que había presenciado en el pueblo hebreo, que hacían resaltar su avaricia, creo yo que si echaron de ver luego mis cajetillas aquellos á quienes se las tomé, no se les habrá pasado todavía el disgusto que tal pérdida les causara.

Ya en mi tienda de campaña me disponía á dormir tranquilo, cuando dicen que á mi Compañía le corresponde el servicio de trinchera en la segunda mitad de la noche. Todo sea por Dios y por la Patria, pues yo me había figurado que con motivo de haberse firmado los preliminares de la paz se acabarían estos servicios, al menos en tan grande escala como hasta entonces se habían

hecho. Pero nada de eso; el servicio de guardias, trinchera, escucha y descubierta por las mañanas, se siguió practicando en la misma forma que antes, de manera que por este lado ningún descanso obtuvimos.

A las doce y media ya estamos en pié y camino de la trinchera para relevar á los que terminan á la una de la madrugada.

A mí me ha tocado el servicio de *escucha*, y avanzando fuera del campamento me he colocado con el oído en el suelo no sin la advertencia de «cuidado con dormirse» que nos hacía el oficial de servicio, porque algunos compañeros han sido asesinados por los moros durante el sueño á que, rendidos por el cansancio, se entregaron.

Como esto lo considero yo una falta gravísima y al propio tiempo peligrosa para el que la comete, he tenido buen cuidado para no caer en ella.

En estas huertas debe haber muchos centenares de perros vagabundos, pues no cesan sus aullidos en toda la noche, lo que nos sirve para ahuyentar el sueño.

También nos distrae el toque de bocinas de cuerno que se oye á varias horas, cuyos

sonidos salen del interior de Tetuán. ¿Qué será?

La noche ha pasado sin novedad, retirándonos tranquilamente á nuestras tiendas, después de practicada la descubierta, al toque de diana.

Un rosicler precioso en Oriente fascina la vista.

El mar parece un espejo inmenso.

Los sitios en que estamos, un paraíso.

Mis compañeros preparan el café que no quiero tomar, porque Morfeo me convida con plácido sueño y me entrego en sus brazos: Así, pues, amigo lector..... buenos..... días.



CAPITULO XII.

**Ataque de las kábilas —Peparativos
de defensa.—La Pascua de los judíos.—
El cementerio israelita.—Sorpresa.**



El día 25 de Marzo, esto es, el mismo día en que se firmaron los preliminares de la paz, desembarcaron en la Aduana tres batallones procedentes de España, los que se trasladaron inmediatamente á Tetuán: Á éstos hubieran seguido otros que ya se hallaban dispuestos, á no haberse firmado el armisticio.

Por su parte los moros no se habían des-

cuidado, porque dicho día 25 habían llegado al campamento marroquí cinco mil hombres de kábilas rifeñas y el 28 doce mil más, y, según se decía, otros veinte mil procedentes de los confines del Imperio se hallaban en camino.

Ni estas kábilas recién llegadas, de suyo levantiscas y fieras, ni las que han hecho la guerra han visto con buenos ojos la suspensión de hostilidades, pero se hallan esperanzadas de que el Emperador no ratificará las condiciones que ellas creen deshonorosas. Por esto han acampado y colocádose en situación expectante y amenazadora á la derecha del Ejército regular de Muley-el-Abbas. Sin embargo de tales esperanzas parece observarse en ellas agitación.

Dicen que el Príncipe ha cometido un acto de cobardía y que ellas solas son suficientes para recobrar á Tetuán y arrojarnos después á todos al mar.

Nosotros seguimos con el mismo servicio de guerra.

Las noches en que llueve, que son muchas, se hace el de trinchera penosísimo, porque nos retiramos á nuestras tiendas, que algunas

veces encontramos tiradas por el suelo, calados hasta los huesos, y así esperamos que el calor de nuestros cuerpos seque la ropa, ó el sol, si sale á tiempo. De este modo pasamos la vida en el mes más hermoso de esta tierra, el poético Abril.

En la tarde del día 3, que era magnífica, hallándonos varios amigos de paseo en los intrincados laberintos de las huertas más próximas á Tetuán, vimos llegar por la parte del Sur, á toda brida, un jinete moro que se dirigió presuroso á la tienda del General en Jefe D. Leopoldo O'Donell.

Pocos momentos después salía de nuestro campo á galope por el mismo camino que había traído sin penetrar en la ciudad, con dirección al campamento que el Príncipe del Algarbe, Muley-el-Abbas, tiene establecido próximo al Puente de Buceja, que es la línea divisoria de ambos Ejércitos.

Ya anochecido nos dieron nuestros jefes la orden de estar dispuestos para tomar las armas al primer aviso. ¿Por qué será? nos preguntamos.

Son las diez de la noche y todos los bata-

llones del Tercer Cuerpo se hallan formados dentro del campamento.

Numerosas escuchas se han colocado convenientemente á bastante distancia de la trinchera.

Ya entrada la noche, á eso de las diez y media, oímos un vivísimo tiroteo de espingarda del otro lado de Tetuán, más allá de donde se hallaba acampado el Segundo Cuerpo.

Nosotros permanecemos quietos hasta las dos de la madrugada, hora en que cesó el fuego, acostándonos entonces los que nos hallábamos libres de servicio.

¿Qué había sucedido?

Que el noble, valiente y caballeroso Príncipe marroquí había tenido noticia de que las kábilas hallábanse resueltas á atacar nuestros campamentos, á pesar del armisticio firmado, y aunque él estaba decidido á castigar con sus tropas á los discolos, creyó oportuno avisarnos para que nosotros nos preparásemos también á rechazar el ataque que al fin había podido dominar él solo batiendo á los fanáticos y salvajes agarenos, siempre rebeldes á la autoridad del Sultán; pues si

las feroces kábilas habían aceptado la paz fué para seguir haciendo la guerra á traición, como sucedía antes y como sucederá después y siempre, mientras no hagamos, lo antes posible, lo que los franceses en Argelia.

Hoy es Sábado Santo, y hemos dispuesto algunos compañeros y yo pasarle en Tetuán, y á la ciudad nos dirigimos por el pintoresco camino que el lector conoce.

Antes de llegar á las puertas observamos numeroso grupo de gente formado de soldados españoles, algunos moros de á caballo y varios judíos de ambos sexos adornados éstos con sus más lujosos trajes.

Las puertas de la ciudad están cerradas.

—¿Qué es esto? pregunto.

—Pues nada, me dice un gastador de Cazadores de Baza, que no nos dejan entrar, porque los judíos celebran su Pascua hoy, la que ha de durar ochos días, y quiere el General Ríos que se les deje en paz, y por esto ni á nosotros que ocupamos las huertas de este lado, ni á los que se hallan del otro de Tetuán, nos permiten el paso.

—¿Y esos moros?

—Esos, *moríos* me contesta un judío, son de

los destacamentos que guarnecen el otro lado del Jelú y vienen con un parte para vuestro General: Están detenidos porque, como las órdenes de la guardia son de que no dejen penetrar en la plaza á nadie, ni aun á ustedes, esperan el permiso para poder pasar.

Ínterin llega la orden para que estos moros pasen adelante, les dirijo algunas preguntas que no entienden.

Son dos, armados de largas pistolas que llevan en los arzones de las sillas, espada muy larga y pesada de dos filos al cinto, y larguísima espingarda que le pido al uno por señas y él me entrega al momento. Es éste un joven como de unos veinticinco años, moreno, como todos, de grandes ojos negros, vivos y penetrantes, y con finísima barba negra también.

El otro, igualmente moreno y de agradable fisonomía, no tiene aún barba y representa unos veinte años de edad.

El uniforme de ambos es igual y se compone de calzón encarnado, chaleco amarillo y jubón ó chaqueta verde. El albornoz ó jaique es de paño azul celeste, y cubren sus cabezas rojos gorros.

Las monturas están forradas de paño verde, y todos los arreos son al estilo de Andalucía.

Los caballos, pequeños y flacuchos como los que he descrito anteriormente.

—¿Está cargada esta espingarda? le pregunto.

—No, me dice por señas.

Entonces levanto el resorte que cubre la cazoleta que veo llena de pólvora, porque la llave es de chispa, y comprendo que el buen marroquí no sabe lo que le he preguntado ni lo que me contesta, pues la espingarda está bien cargada: la pongo en el seguro y se la entrego.

Yo quisiera haber hablado algo con estos moros, pero los judíos que al llegar estaban aquí, se han ausentado en dirección al campo, y no tengo de quién valerme.

Frustrado nuestro deseo de pasar el día en Tetuán, volvimos mis compañeros y yo hacia nuestro campamento, y viendo varios grupos de israelitas que subían por las colinas de la izquierda, marchamos en su seguimiento, ya que no teníamos por entonces otra cosa que hacer, incorporándonos á ellos, quienes nos recibieron con su acostumbrada zalamería.

Los había de todas las edades, y de ambos sexos.

Todos estaban ricamente vestidos.

Las mujeres, con sayas ceñidas á la cintura sin fruncidos, ribeteadas con anchas cintas de oro y plata y adornadas con muchas lentejuelas: los corpiños muy bonitos y del mismo modo adornados; ligeras babuchas en los pies; en la cabeza, las casadas, grandes bucles de seda negra que á manera de rizos caían sobre sus despejadas frentes formando un pico, y las solteras, con graciosos peinados. También había algunas que vestían ricas sayas de volantes y calzaban el elegante zapato europeo de charol.

Ellos vestían las tradicionales túnicas de su país hechas de merino y de seda de varios colores, dominando los morados y azules oscuros, y todas ellas tenían caprichosos bordados de trencilla negra. Los jóvenes también vestían vistosos trajes blancos y de colores vivos por el estilo de los de los moros. Había algunos que me recordaban los danzantes que en las grandes solemnidades salen en algunas poblaciones de Castilla.

—¿Adónde vais por aquí? les preguntamos.

—Pues vamos á nuestro cementerio.

—¿Y qué vais á hacer allí?

—Orar sobre las tumbas de nuestros padres y de nuestros hijos.

—¿Y está muy lejos el cementerio?

—No, señor, cerquita, allí encima de esa colina, dijo señalando una muy próxima.

—Y los moros, ¿os hacen ahora quitar el calzado cuando atravesais el Zoco y demás calles por ellos habitadas?

—¡Cá! no, señor: Ahora, por más que se les queme la sangre al ver que vosotros los cristianos nos tratais con las mismas consideraciones que á ellos, se callan, es decir, no se callan, porque nos amenazan para el día en que abandoneis la ciudad, y de veras, señor, que será un día de luto para nosotros aquél en que os veamos partir.

—Pues venid con nosotros á España y abandonad á estos bárbaros que tan mal os tratan, dijo un soldado.

—¡Ay! á España, á nuestra querida España; ¡quién pudiera volver! contestó el hebreo.

—¿Pues qué, ¿habeis estado allí?

—Nosotros no, nuestros progenitores, sí,

pues allá reposan sus cenizas, y el habla que nos oís, que es la vuestra, ellos nos la enseñaron.

—¿Y por qué decís que no podeis volver? insistió el soldado.

—Porque nos lo prohíben vuestras leyes; porque allí no hay libertad de cultos.

—Pues haceos cristianos y no seais tontos creyendo las patrañas que os cuentan vuestros *sabios* que no saben una palabra.

—Ea; dejemos ahora en paz á esta gente y respetemos sus creencias, dije yo al observar el mal gesto que ponían y al ver que pisábamos el lugar sagrado para ellos, porque sagrado debe ser también para toda persona humana el lugar donde reposan sus semejantes. Y, en efecto, les dejamos en paz, diseminándose ellos por la ancha y dilatada meseta que formaba el cementerio, y recorriéndole nosotros en todas direcciones.

Allí no crecían flores ni arbustos como en el de los moros, ni había elegantes sarcófagos como en aquél. Este es un inmenso campo embaldosado de blanca piedra, porque por pobre que sea el israelita que fallece no le falta la losa que cubra su sepultura. Todas

estas piedras tienen inscripciones en hebreo con el nombre y antecedentes del difunto, al revés de los moros que no escriben ni aun el nombre.

Los judíos que con nosotros habían venido, y otros que iban llegando, se ponían de rodillas sobre las losas, fijando las manos en el suelo apoyando en ellas la frente, y así permanecían largo rato en oración.

Mis compañeros y yo, respetando estos actos religiosos y de veneración y cariño hacia sus muertos, les dejamos en sus piadosas meditaciones y nos retiramos de allí, no teniendo necesidad de buscar puerta alguna para salir porque, como el cementerio de los moros, el de los judíos no tiene cerca.

Como soy en extremo apasionado de las flores, invito á mis compañeros á que me sigan por las más apartadas huertas de nuestro campo, conduciéndoles por los sitios más pintorescos y deliciosos que había visto en mi vida.

La mañana es apacible; el sol, velado por las nubes que envuelven las vecinas montañas, no molesta; la melodía de las numerosas avejillas alegran el espíritu, y la exuberante

vegetación que contemplamos cautiva el alma y los sentidos. Adoremos al Sér que tales maravillas ha creado.

Al mirar esta hermosura, dice un soldado catalán de mi Compañía:

—Lo que me extraña sobremanera es que estos bárbaros moros, poseyendo un país tan bello, no crean en Dios que les ha hecho nacer en él, y al que debían venerar por amor y agradecimiento.

—Hombre, respondió otro compañero más ilustrado, no digas eso: En Dios, sí que creen y le llaman Aláh; en lo que no creen es en Jesucristo ni en su Santa Madre, y dicen que Mahoma es el Profeta de Aláh. Por eso no quiso besar aquel moro el escapulario que tú te empeñabas en hacerle besar á la fuerza el otro día.

—¡Por *vide de Deu!* exclamó, que ya le iba á besar cuando le quitó la voluntad el otro moro; pero bien caro le costó.

—Sí, pero estuvo muy mal hecho, dije yo, y, amigo Castell, no debiste hacer aquello. Ya sabes lo que dijo nuestro Capitán al reprenderte á tí y á los compañeros que te ayudaron; además, que buenos bofetones te

costó la broma, pues el dichoso moro á todos os hizo huir.

—Pero fué porque nuestros jefes nos habían prohibido pegarles á ellos y, ¡es claro! por eso nos corrió al principio; mas después bien le amansamos.

—¿Pues qué pasó? dijo mi amigo Rebollo, cazador de Ciudad Rodrigo.

—Que á este revoltoso de Castell le da por sacar del pecho su escapulario, y se empeña en que, así los judíos como los moros, le besen; y todo esto lo hace con amenazas y echando cada voto...

—Sí, pero yo no lo digo de *corasón*.

—Pero ellos, amigo, te responden, y con razón: ¿«Conque quieres que besemos á lo mismo que tú estás injuriando»?

—Pero yo no me *acordo* de lo que digo.

—Pero los judíos que lo oyen y lo comprenden sí que se acuerdan; y el moro que le quitó al otro la voluntad de besar el escapulario también comprendería algo.

—¡*Mare de Deu*, qué bien lo pagó!

—¿Pero qué pasó? repuso impaciente Rebollo.

—Pues pasó, dije yo, que este endiablado

de Castell, se empeñaba en hacer besar á un moro joven su escapulario; ya iba á conseguirlo cuando llegó otro moro y le habló lo que no entendimos: entonces el joven islama huyó de nosotros aterrado. Al ver Castell defraudado su deseo, que casi había conseguido, le dice al causante de la huida de su correligionario:

«—Mira; tú que has quitado al otro la voluntad de besar mi *verge*, te vas á tragar buena ración de tocino.»

En efecto; entró en la tienda y salió con un buen pedazo en la mano, y con otros dos compañeros que le ayudaron sujetó súbitamente al agareno que bramaba de coraje, y le refrotó la boca de la manera más brutal: por fin el moro hecho una fiera se libró de los tres que le sujetaban y empezó á bofetadas con ellos y con todo el que se hallaba al alcance de su mano. Todo el mundo corría para librarse de los furiosos golpes del irritado moro, ya que no podían devolverlos en cumplimiento de las órdenes que prohibían castigar á los musulmanes que visitaban nuestro campo, cuando pasó por allí un comandante que, enterado del asunto, mandó

sujetar al furioso marroquí, para lo que hubo necesidad de emplear las mismas razones que él usaba. Por fin, vencida la fiera, que no otra cosa parecía, huyó renegando de nosotros; y llamándonos *perros* y otras mil *perre-rías* se dirigió á un cristalino arroyo, en el que se lavó y relavó la boca, la cabeza y las manos por espacio de mucho tiempo.

Mis compañeros se morían de risa al oír referir esta broma que costó á Castell tres días de trinchera; pero decía él que las hizo con gusto, y aunque hubieran sido más.

En esto llegamos á una huerta bastante alejada del campamento en la que había infinidad de rosales con hermosísimas rosas, que es mi flor predilecta, y formamos bellísimos ramos. ¿A quién se les daríamos? ¿A una mora? No se veía ninguna, ni por Tetuán ni por el campo. ¿A una judía? Bien pudiéramos haberlo hecho, porque las había encantadoras, y aquel día lo parecían mayormente, porque llevaban puestas sus mejores galas; pero el servilismo que veía en ellas, hijo del temor por la esclavitud en que viven, me retraía y me quitaba la ilusión, y más al recordar la profanación de que eran objeto en las

calles de Tetuán, no solo sin protesta, sino con la sonrisa en los labios. Yo hubiera querido verlas más dignas y entonces las habría considerado y respetado más: Como las veía, me causaban lástima: Por eso hice el propósito de no regalar á ninguna mis flores, llevándolas á mi tienda para gozar de su aroma y de su belleza.....

¿Qué es esto? Una, dos granizadas de balas que han pasado silbando á dos dedos de nuestras cabezas han sido seguidas de dos detonaciones de espingarda.

La eterna lucha de moros y cristianos sigue y seguirá hasta Dios sabe cuando.

Estos infames que nos acechan así que nos separamos cien pasos de la trinchera, tratan de asesinarnos á mansalva siempre que la ocasión se presenta. Afortunadamente hemos salido ilesos de esta emboscada.

Nuestra impresión primera ha sido de estupor; pero al momento hemos exclamado todos: «Vamos á buscarlos.» Y como éramos cinco y bien armados, nos dirigimos á paso de ataque al sitio de donde han salido los disparos, pero no hemos visto á nadie. Los me-

rodeadores han huido, sin duda, al aproximarnos nosotros.

¿Pero, y los destacamentos que existen de Moros de Rey para evitar estas sorpresas; qué hacen?

Es verdad que han hecho terribles escarmientos con algunos de estos asesinos y, sin embargo..... no podemos alejarnos de nuestro campamento sin exponernos á ser fusilados.

Nosotros que nos hallábamos tan contentos en aquellos apartados verjeles, nos hemos visto obligados á dejarlos, bien á pesar nuestro, dirigiéndonos á nuestro campo para evitar el peligro que nos amenaza.



CAPÍTULO XIII.



Misa de campaña.—Ofrenda de flores.—
Un moro galante y un español renegado.
—Historia triste.



El mar brilla á lo lejos como un espejo de bruñida plata: el sol luce esplendoroso en un cielo de zafir á nuestra izquierda: á nuestra derecha Tetuán, con los altos minaretes de sus mezquitas adornados con lucientes azulejos que hieren nuestra vista al recibir los ardientes rayos del rey de los

astros; en la Alcazaba enhiesta la bandera gualda y roja que representa el honor de la Patria; la blancura de la ciudad mora entre el verde follaje: á nuestro frente frondosas huertas que divide el Río Guad-el-Jelú, y más allá las abruptas cordilleras del Riff: á nuestra espalda más huertas, y allá, á lo lejos, las empinadas crestas de Sierra-Bermeja.

Estos hermosos sitios y los millares de blancas tiendas que sirven de morada á los héroes de esta guerra, entre las cuales brillan colocadas en pabellones las armas que con tanto valor y acierto han esgrimido los valientes que están arreglándose lo más aseadamente posible para asistir al Santo Sacrificio de la Misa, forman el cuadro más bello que puede figurarse la más galana y artística imaginación.

Un grupo de moros tetuaníes pasa por entre nosotros bromeándose, pues ya somos amigos de muchos de ellos que nos visitan casi todas las tardes de los días en que tienen instrucción en el llano los batallones francos de servicio, y este es un espectáculo que les admira y les encanta, haciéndonos á nosotros reír su presencia, y más al verles

huir precipitadamente cuando algún movimiento de las tropas les hace abandonar el sitio que ocupan.

Los que han pasado ahora son todos vecinos bien acomodados de la ciudad: Llevan blanquísima ropa de lienzo; los jaiques son de fina franela amarillenta, y los inmensos turbantes de finísimo lino blanco como la nieve.

Uno de estos moros, al pasar por delante del grupo de soldados del que formo parte, se ha cuadrado militarmente y, remedando á nuestros *quintos* cuando aprenden la instrucción, ha principiado á andar estirando las piernas, marcando el compás y pronunciando el *uno, dos, uno, dos*, que se usa.

Nosotros hemos prorrumpido en una carcajada general al ver la cómica gravedad del moro, contestándole con el *jámela, jámela*, su grito de guerra que á ellos ha caido también en gracia y rien con verdadera gana.

Hoy saben que hay Misa y, como es un espectáculo que les agrada, vienen á contemplar este solemnisimo acto de un ejército cristiano en campaña, desde una pequeña eminencia en la que se colocan de pie, y así

permanecen durante el incruento sacrificio observándolo todo y guardando la mayor compostura.

Los judíos que andan por el campamento también se reúnen muy cerca de nosotros y, de rodillas, permanecen silenciosos hasta que la Misa termina. Á zalameros y aduladores no hay quien gane á los hebreos de Tetuán.

Los soldados se encuentran hoy impacientes, con mezcla de temor y de alegría, porque después del acto religioso se ha de sortear qué cuerpos han de quedar de guarnición en Tetuán, y cuales han de regresar á la madre Patria que espera á sus hijos para prodigarles el inmenso amor que la inspiran los sacrificios que por ella tienen realizados.

Por fin llega la hora.

Los batallones forman en columna cerrada en primer término.

Á retaguardia están la Artillería y la Caballería: los bruñidos fusiles y las bayonetas brillan y centellean á la luz de un sol esplendente.

Las banderolas de las lanzas animan el cuadro.

Los Generales están al lado de la Epístola,

y la música, que se ha situado al lado del Evangelio, ameniza el sublime Misterio del Gólgota.

El agudo toque de corneta anuncia el acto de la elevación de la Sagrada Hostia, y todo el mundo de rodillas, con las armas rendidas al Rey de los Reyes, eleva al cielo la sublime plegaria que su madre le enseñara, plegaria que llega al Trono de Dios entre el humo del incienso y las alegres notas de la Marcha Real entonada por cien músicas que nos electrizan el alma y dejan pasmados de asombro á moros y judíos, pues los agarenos, sin darse cuenta de lo que hacían al contemplar cuadro tan bello é imponente, también se han postrado de hinojos.

Después de la Misa se han reunido los jefes de los diferentes batallones en la casa que ocupa el General Turón, para proceder al sorteo, á cuyo fin se escriben en papeletas los nombres de todos los regimientos y batallones que componen el Tercer Cuerpo de Ejército, y se colocan en unos roses.

En otras papeletas se escriben los nombres de «España,» «África,» que se colocan en otro ros.

Terminada esta operación, los jefes de las diferentes armas van acercándose al ser pronunciados los nombres de los cuerpos que mandan, y ellos mismos sacan la papeleta que ha de decidir de la suerte de sus soldados: á estos actos siguen aclamaciones de alegría ó murmullos de gran descontento.

Por fin se oye: «Primer Batallón de Almansa.»

Nuestros alientos se suspenden; no respiramos ni perdemos de vista á nuestro bizarro Coronel que, con su gallardía habitual, se dirige al ros que encierra nuestra buena ó mala suerte, y sacando la papeleta lee: «España.»

Un *hurra* es seguido, *hurra* pronunciado por setecientas voces que aclaman la buena suerte de su Jefe.

Gracias á Dios, decimos. Este es el último domingo que pasaremos en esta tierra, á la que vinimos sin esperanza de volver, porque todos al pisar las costas africanas hacíamos gustosos la promesa de sacrificar nuestras vidas por la gloria de la Patria querida. ¡Cuánto se la ama desde lejos! ¡Qué hermosos recuerdos los suyos!

Los moros y judíos nos contemplan, atónitos éstos y con curiosidad marcada aquéllos.

Los pobres hebreos sienten muy de veras nuestra marcha.

Los moros, al contrario, la ven con satisfacción.

Los judíos les han dicho de lo que se trata, pues habiéndose firmado definitivamente la paz, ya no es necesario en África más ejército que el que ha de guarnecer á Tetuán durante dos años, que es el término fijado para cumplir las condiciones impuestas al Sultán al concederle la paz que solicitó.

—*Pitios, pitios, calsonsios, pañuelos*, anuncia un judío que se acerca á nosotros. Señores, buenos pitios de tabaco habano, cómprenlos, señores, cómprenlos que son superiores.

Le tomamos algunas cajetillas, y recordando yo el toque que desde la trinchera había oído diferentes noches le dije:

—¿Me dirás qué toque es ese que por la noche oímos desde aquí?

—¡Ah! Sí, señor: Es el desayuno de los *morios*.

En efecto, era la verdad; porque los mu-

sulmanes se hallan sin tomar alimento alguno de sol á sol, comiendo por la noche á las señales que desde los minaretes de las mezquitas hacen sus *derviches* y santones, durante el *Ramadán* ó cuaresma que empezó en el mes de Marzo.

—¿Y sabéis cuándo es la marcha? nos pregunta el israelita.

—No sabemos el día, pero debe ser muy pronto.

—Pues que vuestro Dios os proteja, y se alejó repitiendo la retaila de *pitios, pitios, etc.*

—¿Y cuándo marchamos? se pregunta en todo el campamento.

—Pues no se sabe, pero ya nos lo dirán.

Mi impaciencia por saberlo me llevó á la casa de mi Coronel, que es muy bonita, situada en un bellissimo sitio, y en ella esperé su llegada que fué al poco tiempo.

—Buenos días, mi Coronel, le dije.

—Buenos días—me contestó afablemente. ¿Ya sabe V. que hemos sido afortunados?

—Sí, señor, y eso me trae á felicitar á V. S. Mucho le amamos todos por sus bondades y valor, lo que unido á su buena suerte de hoy hace que los soldados estén locos

de contento y bendigan el nombre de su Coronel.

Sonrióse mi buen Jefe, dándome gracias por las pruebas de cariño que le demostraba y me dijo:

—Pues decididamente marcharemos el día 3 del próximo Mayo.

—¿Nos embarcaremos en la Aduana?

—No; iremos por tierra hasta Ceuta.

—Es decir, que el Emperador ratificó los preliminares de la paz firmados en Vad-Rás?

—En todas sus partes.

Yo habría continuado más tiempo allí, pero al ver que venían los comandantes me despedí de él, y al instante me vi envuelto por numerosos compañeros que me preguntaban:

—¿Cuándo, cuándo?

—Muy pronto, amigos, muy pronto: el día 3 de Mayo, y ya veis que estamos á 29 de Abril.

Un *hurra* de alegría ha contestado á mis palabras, y todo el mundo se ha dirigido en busca de papel y tintero ó lápiz para anunciar tan grata nueva á sus familias.

Yo, para hacer lo mismo, he ido á la tienda

del Ayudante de mi Batallón señor Ibáñez, que, como recordará el lector, es el oficial que me precedió en el alojamiento de Santander, y á quién visité de parte de mis patronas, quedando desde entonces amigos.

He escrito varias cartas y me disponía á salir de la tienda cuando el asistente me ha dicho:

—Mi amo desea pasar el día de mañana cazando por los alrededores de estas huertas, y quiere perdigones que he de ir á buscar á Tetuán: el Sargento Cebrián viene conmigo: ¿Quiere V. acompañarnos?

—Con mucho gusto, le he contestado.

—Pues ahora mismo.

Y, en efecto, el Sargento Cebrián, que es un joven muy simpático y muy buen amigo mío, ha llegado en busca del asistente, y los tres hemos emprendido la marcha hacia la ciudad mora para visitarla por última vez.

Al atravesar las huertas, y ya cerca de Tetuán, me he internado en las de la izquierda del camino que el lector conoce, y me dirijo hacia el sitio de las flores que abundan en estos hermosos sitios.

¿Adónde vas, me dice Cebrián?

—A coger flores para hacer un ramo, le he contestado.

—¡Pero hombre! ¿se le vas á regalar á una judía? porque ya sabes que moras no encontraremos.

—Sí que le voy á regalar, pero no á ninguna mora ni judía.

—¿A quién, pues?

—Ya lo verás.

Seguimos nuestro camino, y penetrando en Tetuán preguntamos á varios moros que, sin entender sin duda una palabra, nos miraban, se acercaban á mí, olían mis flores y se alejaban sin conseguir que nos respondieran á las preguntas que les hacíamos.

¡Pues estamos lucidos; Si todos nos dan tales noticias nos tendremos que volver como hemos llegado, decía el bueno de D. Mariano. (Así se nombra en las listas al asistente, por ostentar en su pecho la Cruz de S. Fernando.)

—No nos apüremos tan pronto, dice Cebrían; recorreremos las tiendas de los judíos, y malo será que no encontremos lo que buscamos.

—Pues á la Judería, contesté.

—A la Judería, añadió Mariano.

Y allá nos dirigimos, no sin preguntar á los moros que encontrábamos al paso si sabían dónde se vendían perdigones, quienes no nos daban respuesta alguna limitándose todos á oler mis flores y continuar su marcha sin hablar una palabra.

¡Pues tiene esto gracia! decía yo. ¡Qué aficionados son estos musulmanes al olor de las flores! De buena gana se las habría ofrecido; pero como tenía hecho el propósito de regalarlas, ya no las consideraba mías.

Llegamos, por fin, al Zoco, que da paso al barrio de los judíos, pero antes dije á mis compañeros:

—Ea, seguidme que voy á regalar mis flores á la morena más graciosa del mundo.

Ellos mirándome asombrados, me dijeron:

—Tú estás loco: No tenemos noticias de que tengas aquí ninguna morena y menos graciosa, porque las judías, si bien son bonitas, no tienen la sal que solo se ve en las mujeres de nuestra tierra, y aquí no hay esas hermosuras que allí nos hacen enloquecer, me respondió Cebrián, que era, en efecto, inteligente en este asunto.

—Seguidme y lo vereis, repuse.

—Pues adelante, contestaron; y penetrando los tres en la Mezquita convertida en templo católico, les dije señalando al único improvisado altar, donde se veneraba á la Virgen de las Victorias: «He ahí mi morena,» y adelantándome postréme ante la sagrada imagen y dejé mi ofrenda en el altar acompañada de fervorosa oración que salía del alma, lo mismo que las de mis compañeros hincados á mi lado.

Cumplida mi promesa nos levantamos y salimos del templo, y felicitándome mis amigos por la agradable sorpresa que les había dado:

—En efecto, me dijeron: es la morena más graciosa del mundo la hermosa Virgen de las Victorias.

Entramos en el barrio de los judíos y recorrimos muchas tiendas sin encontrar lo que buscábamos.

Ya sin esperanza de hallar los perdigones nos disponíamos á regresar á nuestro campo cuando Mariano, dirigiéndose á un agareno que á la sazón pasaba cerca de nosotros le dice:

—Oye, *morito*. ¿Me dirás dónde venden perdigones?

—Sonrióse el interpelado, y con sorpresa nuestra le oímos decir en irreprochable castellano:

—No os canseis en buscarlos por aquí, pues no los hallareis, porque no se venden en Tetuán. Yo os llevaré á casa de un amigo que debe tenerlos, si quereis acompañarme.

—Luego, ¿tú no eres moro? le interrogué.

—Tan español como tú soy, si bien un español muy desgraciado, sin culpa.

—¿Pues qué te ha pasado, hombre!

—Es largo de contar. Si me quereis seguir os daré los perdigones, y luego os contaré.

Los compañeros y yo nos dirigimos una mirada y, sin más consulta, contestamos:

—Bien, vamos contigo.

—Cruzamos el Zoco, y, por la izquierda, dejando la Mezquita convertida en Iglesia Cristiana á nuestra derecha, nos internó nuestro paisano por el laberinto de callejuelas que ya el lector conoce, y llamando á una estrecha puerta esperamos contestación, oyendo al instante una voz de hombre que interrogaba. Contestóle el *renegado* en árabe, que-

dando al momento franqueada la puerta por la que penetramos y, siguiendo al dueño de la casa por un obscuro pasadizo, llegamos á un limpio patio que tenía un pequeño surtidor de agua y algunas macetas de flores, en el que se nos invitó á tomar asiento en una estera de fina paja.

Hablaron el árabe y el renegado en la extraña lengua, que no entendíamos, un breve rato, y desapareciendo el primero nos dijo nuestro paisano:

Tendreis lo que deseais: Este moro es grande amigo mío y está muy bien acomodado.

—¿Tiene familia?

—Sí, ocho hijos de varias mujeres.

—¿Y dónde están?

—Los hijos con sus madres, y ellas nos estarán ahora oyendo y mirándonos.

—¿Y no saldrán?

—Imposible: y no se os ocurra preguntar por ellas, porque podría comprenderlo mi amigo, y esto es la mayor ofensa que podríais hacer á un musulmán.

—Callemos, pues.

—Sí, callemos.

—En esto volvió nuestro moro trayendo en

unas bolsas perdigones de varias clases y dijo á nuestro guía: «Que tomen los que necesiten» que él nos tradujo, y aceptando Mariano tomó de dos clases.

—Ahora, pregúntale el precio, dijo.

—No se lo preguntaré, porque no me lo dirá. Le voy á dar las gracias en vuestro nombre, como lo hizo, y el moro muy complacido volvió á desaparecer.

—¿Sabeis, observó Cebrián, que este moro no se parece á sus correligionarios, esos que nos miran tan fieros unos y tan desdeñosos otros?

—Pues este moro, contestó el renegado, es muy patriota, pero reconoce que los españoles se han batido con valor y nobleza, y no los odia; al contrario, los admira. Es muy ilustrado y de bellísimos sentimientos. Ya vuelve.

En efecto, volvió con frutas que nos ofreció y tomamos, alegrándose mucho cuando le dijimos que nos íbamos á España y que los que quedaban vendrían á vivir en Tetuán para ser buenos amigos de los moros.

Él hablaba en su lengua dirigiéndose á

nosotros, lo que nos repetía en castellano nuestro intérprete diciéndonos:

—«Este buen amigo ha oído con sumo gozo la noticia; porque una de las huertas que ocupáis vosotros es suya, y le daba mucha pena el verla sin la mitad de los árboles que habeis quemado, y tan destrozada como naturalmente tiene que estar hallándose ocupada de tal manera: dice que al momento mandará trabajar en ella, que la cercará de cañaveral como antes estaba y repondrá los árboles que faltan, y que quiere ser amigo de España y no de los ingleses que les han engañado.»

Mucho nos complacía oír estos propósitos del ilustrado moro.

Era de estatura regular, de tez morena, hermosos ojos negros, labios un poco gruesos, con fina barba negra, corta y rizada, y al sonreír mostraba una blanquísima dentadura. Era lo que se llama un tipo agradable. Usaba calzón blanco, chaqueta del mismo color con adornos amarillos, chaleco verde y abultado turbante de finísimo lino. Calzaba babuchas amarillas con el pié y pantorrilla al aire. Su edad frisaba en los treinta años.

Al despedirnos repitió las protestas de paz

y amistad con los españoles por valientes y buenos, y estrechando nuestras manos nos alejamos de aquel extraño sér que con tan buena voluntad nos había agasajado.

Salimos á la calle y, recorriendo intrincadas callejuelas, llegamos á la casa del español renegado en la que penetramos por obscuro pasadizo hasta el interior en que se encontraba el patio, también fresco y hermoso como el anterior que acabábamos de ver. Un toldo le resguardaba de los rayos solares, y una artística fuente de mármol é infinidad de macetas de flores le daban encanto y perfumado ambiente.

—Ahora, dijo, os voy á presentar á mi única mujer, pues no he querido seguir la costumbre musulmana de tener varias, y penetrando en una estancia que en el patio había cubierta con una cortina blanca, nos presentó á una bella mora, que allí se había refugiado al oirnos, con un hermoso niño de pecho y una monísima niña de tres años.

—Estos son españoles, le dijo en nuestra lengua, y dirigiéndose á nosotros:

—«He aquí mi familia africana, mi única familia en el mundo, ya que á la que tengo

en España no volveré á ver: y al decir esto se enjugaba las lágrimas que surcaban sus nobles facciones, porque en su cara se leía bondad y honradez.

A nosotros también se nos humedecieron los ojos al ver la resignación con que pronunciaba estas palabras el expatriado compatriota.

—¿Pero por qué está V. aquí? le dije sin atreverme á seguir tuteándole.

—Por robo y asesinato, nos contestó muy serio.

Nosotros nos miramos llenos de asombro, porque su noble fisonomía contrastaba notablemente con lo que acabábamos de oír. Él debió comprender nuestra duda y continuó:

—¡Qué! ¿No lo creéis? Pues es verdad y muy verdad: Una sentencia de los Tribunales de Justicia, ¡Justicia! ¡Dios mío!, me tiene aquí desterrado para siempre, por ladrón y asesino.

—Pero desde luego me atrevo á asegurar que no lo ha sido V.

—¡Yo! ¿Qué he de ser? contestó con vehemencia; pero las apariencias ó no sé qué,

me condenaron, y es bastante. Fui destinado á Ceuta para siempre, y esto es horrible. Yo me ví allí compañero de hombres duros, pervertidos y cubiertos de crímenes al lado de algún inocente como yo. La vida se me hizo odiosa y pensé poner fin á mi existencia porque estaba loco de dolor; pero era muy joven, y el instinto de conservación me hizo pensar en librarme de otro modo de aquella infamia. Pensé en la fuga, que con exposición de mi vida logré, arrojándome al mar en el que fui blanco de muchos tiros que los centinelas me dispararon sin acertarme ninguno y, por fin, pude llegar medio muerto de fatiga á la playa marroquí en la que me recogieron al día siguiente varios moros angherinos que me llevaron á su aduar y allí me retuvieron diez meses dándome muy malos tratamientos al principio, hasta que herido un jefe de ellos en las continuas luchas que tienen entre sí las kábilas vecinas, le salvé de una muerte cierta; porque yo estudiaba el último curso de Medicina y Cirujía, cuando me prendieron.

Agasajado y protegido por ellos después, adquirí algunas buenas relaciones que me condujeron aquí, donde ejerzo la profesión

que en mi Patria estudié, y soy querido de mis nuevos correligionarios.

—¿Pero cuál fué el motivo de su desdicha?

—El motivo fué, que un día de fiesta después de haber paseado con unos compañeros, me dió la gana de acercarme á un juego: apunté una carta y fui afortunado, luego á otra y otras y también. En resumen, gané unos dos mil reales que embolsé, y me retiré. Busqué á mis compañeros y no dí con ellos, por lo que determiné volverme solo. Llegaba á las inmediaciones de Madrid, cuando oí pedir socorro muy cerca de mí al propio tiempo que vi huir á dos personas: me acerqué veloz al sitio de donde salían las voces, y me encontré con un hombre que se tambaleaba: me aproximé á él y al punto cayó en los brazos que le tendí, desplomándose al instante y arrastrándome en su caída: estaba muerto.

En esto llegaron los guardias y me prendieron.

El muerto había sido robado: yo tenía en los bolsillos más de dos mil reales. ¿Para qué más pruebas?

Esto ha sido la causa de que hoy sea lo

que en nuestra España se llama un *renegado*.

—¿Y de veras ha renegado V. la fé de nuestros mayores?

—En la forma sí, soy un verdadero mahometano, pero en el fondo no, porque he seguido siendo cristiano como lo es mi mujer y lo son mis hijos, á quienes he instruido en los misterios de nuestra Santa Religión, que es la verdadera. ¿No es cierto, Zelima?

—Yo soy y seré lo que mi esposo quiera que sea, contestó la hermosa mora.

—¿Y tiene V. familia en España?

—No: mis padres murieron de pena al ver infamado á su único hijo, que ellos creyeron inocente. Tengo algunos parientes en Aragón de donde soy oriundo.

Allá me llamaba Felipe Romero, y fui querido siempre de mis amigos y condiscípulos hasta que la fatalidad me separó de ellos cubriendo de infamia mi nombre, siempre honrado. ¡Dios perdone á mis jueces el mal que me han causado, como les he perdonado yo! Muy desgraciado me hicieron; pero á la pena que me hacía morir, siguió la resignación, y con ella la tranquilidad de mi espíritu. Vivo relativamente feliz, y, en ver-

dad, que no cambiaría mi suerte por la de los jueces que me condenaron tan injustamente. Si ellos tienen conciencia, no dormirán con la tranquilidad que yo. ¡Ay, jueces, jueces! exclamó, ¿por qué os dejásteis llevar de las apariencias? ¡Qué responsabilidad tan grande la vuestra ante el Tribunal de Dios!

Así se expresaba nuestro apreciable compatriota causándonos honda pena su noble presencia y apacible conversación.

Frisaba en los treinta y cinco años.

Era moreno, de modales finos, ojos pardos, barba negra y corrida, como la de todos los moros, alto y fornido. Era, en fin, un verdadero tipo árabe vestido con elegancia.

—Mucho siento, amigo Romero, que nuestro conocimiento se haya hecho tan tardío. Todos nosotros hubiéramos sido muy buenos amigos.

—Pues yo puedo deciros que ha sido una rara casualidad el que me haya descubierto á vosotros. Soy enemigo de que mis paisanos sepan que soy un renegado, porque no ignoro la repugnancia que este nombre les inspira, y no á todos iba á referir lo que acabo de contaros teniendo en cuenta que ya no nos

volveremos á ver. Además, que no siempre se daría crédito á mis palabras, y esto me causaría mucho daño. Al comprenderme vosotros, porque así lo creo; me habeis hecho un bien inmenso. Este rato de conversaci3n que hemos tenido, no le olvidaré nunca, porque me he creido trasportado á mi querida Espa1a, á la que amo con toda mi alma y, si bien he sentido mucho la guerra que felizmente acaba de terminar, porque también tengo cari1o á esta mi Patria adoptiva, creedme; mi coraz3n palpitaba lleno de noble orgullo á cada nuevo triunfo que obteniais en la lucha con estos desgraciados musulmanes, engañados por los isle1os, y fanatizados por sus *derviches* y santones.

La bella mora, que entendía bastante nuestra conversaci3n, se hallaba admirada y complacida contemplándonos con una curiosidad infantil.

Besamos á los ni1os, estrechamos las manos de los esposos y nos despedimos de la mora, porque nuestro paisano nos quiso guiar por aquel laberinto de callejuelas hasta que nos dejó en el Zoco, dándonos allí el último apret3n de manos; y volviéndose con los ojos

inundados de lágrimas y andando como un beodo, se encaminó á su morada, tal vez á derramar amargo llanto por los recuerdos de su negra historia.



CAPITULO XIV.



Regreso á España.—Monte Negrón.
—Las lagunas.—Los arenales.—Ceuta.—
El Serrallo.—Embarque.—Málaga.—
Sueño feliz.



amos levantado nuestro campo en medio de la mayor alegría.

A la chispeante charla de los soldados se mezclan las vehementes notas de la diana que oimos resonar por última vez ante los blancos muros de la Sultana Ciudad tan adorada de los marroquíes.

Algunos moros pobres han acudido atraídos por los despojos que presumen han de quedar abandonados en el campo.

Entre la tropa veo á un anciano que es padre de un soldado de mi Regimiento: se llama Alí, y es conocido de todos nosotros porque diferentes días se ha presentado en el campamento á pedir á nuestro Coronel permiso, que le concedía, para llevar á su casa de Tetuán á nuestro compañero.

Ese sí que es renegado de verdad, según me dicen, pues escapó de Ceuta donde se hallaba cumpliendo condena por un verdadero delito.

De todos modos, me ha causado pena el verle derramar lágrimas abrazado á su hijo que ya no volverá á ver.

¡Infeliz! Por grande que sea el delito que cometiste, bien castigado estás; porque, ¿qué más castigo que el verse para siempre lejos de su familia y desterrado de su Patria?

No puede haberle mayor en el mundo.

Desgraciados él, y todos los demás que en su caso se encuentran.

Los batallones, escuadrones y baterías que se quedan en Tetuán, también levantan

el campo para dirigirse allí; pues en las huer-
tas no quedará nadie, y hoy mismo tomarán
posesión de ellas sus dueños.

Los que á España nos dirigimos empren-
demos la marcha faldeando la montaña que
se une á Cabo Negro.

Todo el camino que seguimos es delicioso.
Atrás queda Tetuán.

A la derecha dejamos el feraz valle, y á
nuestra izquierda admiramos verdes monta-
ñas de frondosos bosques.

«¡La Torre de Gelelli!» me dice el Sargento
Armada, excelente persona y buen amigo
mío. «¡Cuántos sobresaltos nos ha hecho
pasar!»

Ya entramos en Cabo Negro, por el cami-
no construido por nuestros Ingenieros.

A derecha é izquierda vense las ásperas
malezas impenetrables aun para los jabalíes.

Una de estas fieras, se halla recién muer-
ta en medio del camino. Es bastante corpu-
lenta, y harán mal los cantineros que nos si-
guen si no la cargan en sus mulos, á no ser
que consideren que el fuerte calor que se deja
sentir la eche á perder antes que termine la
jornada.

Sabido de todos es que ni los moros ni los judíos se alimentan de tan sabrosos animales, y que solo les dan muerte cuando les salen al paso; y como en estos enmarañados bosques abundan en extremo, no es extraño que los cazadores marroquíes se vean acometidos por ellos al perseguir otra clase de caza.

Después de atravesar el bosque, bajamos á terreno llano y seguimos nuestra marcha por la orilla del mar. El piso, que es de arena, y de conchas pulverizadas por el embate de las olas, hace muy difícil la marcha, porque se entierran nuestras piernas hasta las rodillas.

Para evitar el cansancio que esto nos causa, creemos que será acertado caminar sobre terreno humedecido por el agua que está más firme; mas si bien marchamos por él algo mejor, también, cuando menos se piensa, llega tan de improviso una fuerte ola que nos deja completamente remojados hasta la cintura, haciéndonos retroceder precipitadamente á la movable arena.

Esto nos produce fatiga con exceso, aumentada con la sed que nos hace sentir un bochornoso día de Mayo.

El sol de África abrasa nuestras frentes y

seca nuestros labios: ríos de sudor corren por nuestros cuerpos, y aun cuando marchamos pisando el agua no podemos hacer uso de ella para humedecer nuestras gargantas.

Alguna vez nos da la tentación de recogerla en la palma de la mano, que llevamos á nuestros agrietados labios para humedecerlos; mas ¡nunca lo hiciéramos! porque éstos, al pronto humedecidos, se resecan en el instante aumentando el agua salada nuestra sed, de una manera rabiosa.

Así caminamos mucho tiempo por los áridos arenales hasta que, por fin, llegamos á un verde prado en cuyo centro brillan como espejos unas lagunas de agua dulce, pura y cristalina.

Los jefes, antes de llegar á ellas, intentan detenernos para que reposen algún tanto nuestros cuerpos bañados de sudor, mas en vano. Los soldados, á la desbandada, se lanzan á saciar su abrasadora sed sin hacer caso de consejos ni de amenazas.

Yo, si no he sido de los primeros tampoco de los últimos en acercarme á las benéficas lagunas; pero he bebido con moderación, y creo que todos lo han hecho de igual modo,

pues no ha llegado á mi noticia ninguna desgracia.

Mentira nos parecía que á tan corta distancia del mar, de agua tan espesa y salobre, se encontrasen aquellas finas, dulces y fresquísimas aguas que nos dieron la vida, pues á haber tardado algo más en llegar á ellas, se habría hecho imposible la marcha de las tropas.

Allí descansamos una hora, emprendiendo luego nuestro avance deseosos de llegar pronto al término de la jornada, porque el sol abrasador, adquiriendo más fuerza cuanto más avanzaba el día, nos hacía desear el agua, que no encontrábamos, á cada momento.

Por el camino que llevamos no hemos visto moros ni aduares, mas, al fin, se ven señales de vida.

Entre las rocas de la orilla del mar se hallan dos cárabos, pequeñas embarcaciones tripuladas por varios hombres casi desnudos.

Estos nos miran pasar saludando con sus manos á los soldados que les dirigen la palabra.

Las viviendas de tan extraños seres no

estarán lejos; pero no deben hallarse situadas á la vista de los viajeros que transiten por estos lugares, ni de los que naveguen por sus aguas. Todo es retraimiento y misterio en estos musulmanes: creerían profanado su hogar si le mirasen los extranjeros aun desde larga distancia.

En otro descanso que hicimos en riscoso sitio, me interné con varios compañeros en un húmedo barranco, sin encontrar el deseado líquido. Después de mucho andar, vimos un pequeñísimo manantial á flor de arena, del que no podíamos recoger el agua ni aun con los labios, por lo que tuvimos necesidad de ahondar, dando por resultado que el agua que salía se mezclaba con la arena, teniendo que beberla así, causándonos repugnancia al llenar la boca de tierra, sin apagar nuestra sed.

Abandonamos aquel sitio, llegando al poco tiempo á unos pozos de agua abundante, pero llena de millones de unas delgadísimas lombrices encarnadas que nos era imposible quitar sin un tamiz, mas como no le teníamos y la sed nos devoraba, cerramos los ojos trasladando así á nuestros abrasados estómagos

sendos tragos de aquel entonces precioso líquido que quizá hoy no beberíamos ni por todo el oro del mundo.

Atrás quedaban los gloriosos campos de batalla regados con la sangre generosa de tantos y tantos héroes como dormían allí el sueño eterno. Río Azmir, Monte Negrón; adios para siempre.

Los Castillejos quedan á nuestra izquierda, y hacemos alto después de una fatigosa jornada de seis leguas bajo un sol de fuego como jamás se ve en nuestra querida España.

En esta tierra la luz es de otra manera, el cielo más azul, la atmósfera más diáfana, y el suelo, las piedras, las plantas y las flores parece que tienen otros colores, muy diferentes de los del país en que nacimos: todo es asombroso, extraordinario.

*
* *

Ya estamos otra vez en marcha después de haber descansado una noche sin molestias ni sobresaltos.

Dos ó tres leguas, que salvaremos antes de las diez de la mañana, nos separan de Ceuta. ¡Con qué placer nos acercamos á la hispano-africana ciudad!

Ya estamos frente de sus soberbios muros que admiramos desde una suave pendiente matizada de verde y menuda hierba.

Dase orden de armar tiendas, y queda establecido el campamento en menos de diez minutos.

Yo no aguardo más y corro á enterarme qué tiempo permaneceremos aquí para poder emplearle bien.

Se me dice que el vapor transporte de guerra «San Quintín,» que es un magnífico buque, vendrá á recogernos pasado mañana para conducirnos á Málaga.

No tengo tiempo que perder si quiero ver estos alrededores en los que hace tantos años los indómitos moros han tenido flotando al viento su enseña de combate.

Diríjome, pues, á la plaza encontrando en el camino, á flor de tierra, unas aspilleras desde donde nuestros soldados tenían á raya á los fieros islamitas de las vecinas kábilas. A estos sitios se llega desde Ceuta por camino subterráneo, porque hasta la declaración de la guerra, no podían salir nuestros soldados fuera de los muros sin ser traidoramente fusilados.

La ferrada puerta de la ciudad se ve acribillada de balazos disparados con las espingardas marroquíes.

El número de fortificaciones que la defienden es considerable é importante.

Nuestros centinelas no podían antes pasearse por la muralla, porque eran constantemente vigilados por los eternos enemigos de España, y heridos al abandonar las garitas que les cobijaban.

De hoy en adelante ya no sucederá eso. Los bosques que les ocultaban han sido talados, y el terreno que ocupaban cedido á Castilla.

El Serrallo sirve ya de centinela avanzado para proteger la plaza, y los cañones que le guarnecen meterán en cintura á los que intenten ofender el honor de la Patria, tantas y tantas veces pisoteado por los fanáticos angherinos.

Penetro en la población por la única puerta de tierra guardada por centinelas que hay abajo, y arriba en la muralla.

Andando un corto trecho, me encuentro con otra muralla, y después con otra protegida por un ancho y hondo foso lleno de

agua del mar. Estas tres murallas tienen excelentes fortificaciones abaluartadas, algunos rebellines, y otras obras útiles erizadas de cañones que hacen muy difícil la entrada de enemigos por este lado.

Por la parte del mar hay varias baterías que se protegen mutuamente cruzando sus fuegos sobre puntos accesibles de la costa, haciendo inexpugnable este punto.

En la cumbre de la montaña del Hacho, está situada la Ciudadela sobre las ruinas de una fortificación romana, desde la cual se dominan los sitios que para hacer daño á la plaza pueden ocupar los moros.

Las casas de la ciudad son de un solo piso casi todas. Tiene anchas calles y espaciosas plazas, en particular la titulada de África: hay muchos huertos y jardines y resalta la limpieza que en todas partes se observa.

Después de haber recorrido este pueblo hispano-africano, nos volvimos al campamento en el que descansamos llenos de gozo pensando en que muy pronto íbamos á pisar las playas españolas en las que, con los brazos abiertos, nos esperaban nuestros compatriotas ávidos de contemplarnos, creyéndonos

seres sobrenaturales, tan solo por haber cumplido con nuestro deber de hijos de una hidalga Nación; por haber hecho en defensa del honor patrio lo que el último de los que nos admiraban habría realizado lleno de orgullo.

Aunque ya estamos en terreno español y libres de las acometidas de los moros, no por eso hemos suspendido nada del servicio de campaña, que sigue haciéndose con las mismas formalidades que en tiempo de guerra cuando nos hallábamos rodeados de astutos y valientes enemigos.

Al toque de diana del 5 de Mayo me he lanzado fuera de la tienda disponiéndome á visitar las fortificaciones del Serrallo.

Llegué al Otero, desde donde se domina la pequeña península que ocupa la ciudad de Ceuta.

Muy cerca vi un *moravito* ó ermita, bien conservada, y más allá, separado por un bosque talado en su mayor parte por nuestras tropas, el Serrallo, edificio derruido todo él, conservándose solamente, aunque muy deteriorada, una esbelta torre morisca en la que ondeaba la bandera de la Patria.

Desde este sitio, el panorama es delicioso;

desde él se divisan verdes barrancos, torrentes cristalinos, el mar, el Boquete de Anghera, y Sierra-Bullones.

Un poco más adelante del Serrallo, vi los fuertes Isabel 2.^a, Francisco de Asís y Príncipe Alfonso, importantes puntos militares para tener á raya á la morisma.

El sol llega á su ocaso: violáceas tintas rodean su disco de fuego: los más delicados matices, la más hermosa combinación de irisados colores embellecen el crepúsculo vespertino de la última tarde que paso en África.

Yo me quedo extasiado en la contemplación de tanta belleza en la más apacible de las tardes.

El campo con sus espesos bosques: el mar con su movible superficie infundiendo admiración: las blancas tiendas de nuestros bravos soldados, y Ceuta, como centinela avanzado de la civilización cristiana, aparecen á mi vista.

Ya anochecido me dirijo á mi tienda, y tomando frugal cena, al toque de retreta me acuesto.

He pasado la noche en el más apacible de los sueños.

La alegre diana me lanza de la tienda, y al instante se da la orden de levantar el campo porque el vapor nos espera.

Hacemos nuestro café, que tomamos alegremente, y emprendemos la marcha penetrando en Ceuta, y saliendo de ella por la puerta del mar, en la que nos esperan las lanchas para conducirnos á la nave.

Estamos embarcados: El buque tiene encendidos sus fuegos: ya principia á andar y nos alejamos de la tierra en que tantos suspiros, tantas fatigas, tantos peligros y tantos goces hemos sentido.

Adiós África, tal vez para siempre: adiós queridos compañeros que ahí quedais durmiendo el sueño eterno. ¡Qué pena sentirán vuestras familias, vuestros amigos al observar los claros de nuestras filas que debíais llenar vosotros! ¡Qué contraste con la alegría de los deudos que salgan á recibirnos! Mas debe consolarnos á todos el que si habeis dejado de existir pereciendo gloriosamente, no por eso habeis muerto, porque vivireis eternamente en nuestros corazones, en el de

vuestras familias y en el de los españoles todos; y en la Historia Patria se escribirán en letras de oro vuestros heroicos y preclaros hechos mientras gozais la palma del martirio cerca del Trono de Dios.

Atrás y á nuestra derecha, queda el litoral africano, y nosotros nos acercamos á las risueñas playas andaluzas que se divisan á nuestra izquierda.

Málaga, la bella Málaga es la primera que nos dará la bien venida. Ya se divisa gallarda como salida del seno de las olas.

Un verdadero enjambre de lanchas sale á recibirnos.

En el muelle nos espera inmenso gentío que agita sus pañuelos y nos saluda con mil vivas tirando los sombreros al alto.

Todos estamos ansiosos por saltar á tierra para corresponder con cariñosos abrazos á sus saludos; mas ¡oh desdicha! que no podemos, porque sin desembarcar seguirá el vapor con rumbo á Alicante donde haremos nuestro desembarco.

Una hora y media hemos estado en bahía recibiendo visitas de lo más granado de la sociedad malagueña, y entre los regalos que

nos han hecho figurar cañas verdes de azúcar que recibimos con placer.

El vapor se pone en marcha.

Centenares de lanchas nos siguen atestadas de gentes que nos aclaman sin cesar, hasta que, quedándose atrás, las perdemos de vista.

¡Qué perspectiva tan bella presentaban la bahía y el muelle!

.
Nos hallamos en alta mar.

El Mediterráneo está tranquilo.

Pequeñas ondulaciones hacen ver que no es un colosal espejo.

El sol ocultándose en su ocaso deja en pos de él una aureola tan bella, que me hace pensar si será así la que circunde la mansión de los bienaventurados.

*
* *

Es completamente de noche.

Todo el mundo, después de frugal cena, se ha retirado á descansar, haciendo su cama donde buenamente ha podido, porque el número de pasajeros es excesivo y no hay sitio para todos.

Yo he tenido la buena suerte de que un

contramaestre del buque me haya cedido una hamaca en la que me he instalado. Su balanceo convida al sueño que de mí se apodera...

.
Entrado el día me he desprendido de la bienhechora hamaca después de un tranquilo y reparador sueño que me ha hecho gozar dormido. He visto á mis ancianos padres llorando de gozo estrechándome amorosamente entre sus temblorosos brazos: á mis hermanas con los ojos enrojecidos de tanto llorar; á mis amigos llorando también de alegría al verme sano y salvo de los peligros que me han amenazado; y á todos mis compatriotas ansiosos de estrechar mi mano.

No es extraño que tales cosas haya soñado teniendo presente el delirante entusiasmo que en todas las clases de la sociedad española reina. Lo he visto en Málaga y lo sé por los periódicos que he leído y, francamente, por más que esté orgulloso de verme entre los valientes que me rodean, casi estoy avergonzado de tales agasajos, porque ¿qué hemos hecho los soldados de África para ser objeto de tanta veneración y del delirio que se ha apoderado de toda España?... Lo que

habrían hecho los mismos que nos aclaman, y es necesario tener en cuenta que lo que pueden hacer todos y cada uno de los españoles, no es nuevo ni extraordinario, y por consiguiente no encuentro motivo para tanta admiración y entusiasmo como en todos infundimos.

Ya se ven otra vez las playas españolas.

Allá á lo lejos se destaca el renombrado Castillo de Alicante, y á sus pies se divisa, protegida por la histórica fortaleza, la bella ciudad de las palmeras.

Estamos en el puerto y, habiendo echado anclas, nos disponemos al desembarco, que la hermosa ciudad nos espera engalanada para prodigarnos mil y mil caricias.

Aquí no son necesarias lanchas para trasportarnos á tierra, pues desde el buque, por medio de una tabla, nos trasladamos al muelle en el que somos recibidos por los bondadosos alicantinos que nos agasajan á porfía.

Empiezo á ver realizado con exceso mi sueño de la noche anterior, porque lo que nos sucede no es para descrito.

Todos quieren llevarnos á sus casas.

A la entrada de la ciudad hay un bellissimo

arco de triunfo, en el que se ostentan los nombres de los regimientos, batallones, escuadrones y baterías del Ejército de África, y de las batallas y acciones de guerra que á los moros se han dado.

Autoridades, Corporaciones, Sociedades y el pueblo en masa nos vitorea delirante con lágrimas de alegría y de compasión al contemplar nuestros desgarrados y descoloridos uniformes y nuestros tostados rostros, porque, nos dicen, leen en ellos los sufrimientos, peligros y penalidades de la campaña.

Todos nosotros al ver tales muestras de admiración y cariño nos consideramos suficientemente pagados y recompensados, porque quien así nos recibe es la Patria generosa que nunca olvida á sus preclaros hijos. Si después algunos hombres desde el poder no atienden á los hijos predilectos de la gloria, es porque esos hombres no son patriotas; son hijos espúreos de esta noble tierra, que han asaltado á traición los elevados puestos que ocupan; y al atender á los protegidos del vicio y la licencia postergando y relegando al olvido la honradez, los méritos y los servicios de los buenos, lo hacen rastaramente usando de tra-

pacieras, temerosos de que sus malas artes se descubran y sean tratadas como se merecen sus viles acciones. Esta clase de vampiros no aprecia los hechos que á la Nación, esto es, á las masas honradas que nos aclamaban, volvian locas de entusiasmo. Despreciémosles y gritemos siempre ¡Viva España!



CAPÍTULO XV.



Alicante.—Campamento de Amanuel.—
Entrada triunfal en Madrid.—Canillejas.



Alicante tiene bastante comercio, edificios notables, fondas de primer orden, dos teatros, casinos, paseos y muchos consulados en los que ondeaban las banderas de sus respectivas naciones en celebridad de la entrada triunfal de los vencedores de África.

Sus calles son anchas y rectas, especialmente en la parte baja.

La Plaza de Isabel 2.^a tiene un bonito paseo cuadrangular con flores y arbustos.

Las alamedas de San Francisco y Capuchinos en las afueras de la ciudad, son preciosas.

Junto al muelle está el Paseo de las Palmeras que es el más concurrido de todos.

El Castillo denominado de Santa Bárbara, es considerado como inexpugnable.

La Casa Consistorial es notable y llama la atención por las dos torres que tiene en sus extremos. Es, en fin, Alicante, una bonita población.

Después de haber descansado tres días en ella nos disponemos á continuar nuestra marcha por ferro-carril hasta Madrid, y, despedidos con agasajo por la ciudad nos instalamos en el tren que parte veloz, recibiendo los saludos de los labradores que se encuentran en los campos, llamándonos la atención sus blancos zaragüelles y los expresivos ademanes con que nos significan su entusiasmo.

En todas las estaciones de la línea hay gentes que han acudido ansiosas por saludarnos y vitorearnos. En ellas no se oye más

que ¡Viva el Ejército! ¡Vivan los valientes!
¡Viva España!

En la Estación de Almansa nos hemos detenido muy poco tiempo, y en la de Aranjuez una hora que he empleado en admirar sus hermosas alamedas.

Ya estamos en Madrid.

Desembarcado el Batallón, nos dirigimos por el Botánico, Prado y Recoletos á la Dehesa de Amaniél, en la que establecemos nuestro campo armando las tiendas de campaña que en África nos sirvieron.

Otros batallones seguidos de escuadrones, baterías é Ingenieros, aparecen allí y hacen lo propio que nosotros; armar sus tiendas.

A la llegada á la Estación de Atocha no han salido los madrileños á esperarnos: sin duda no tenían noticia de la llegada, porque al poco tiempo de hallarnos en Amaniél, es tanta la gente que á saludarnos viene, que hace sospechar que en Madrid no queda un alma.

El entusiasmo que en otras poblaciones nos han demostrado, es nada comparado con lo que ahora nos sucede. Hombres y mujeres de todas clases nos abrazan y hasta nos

besan; tal es el entusiasmo de sus corazones.

Nosotros respondemos con lágrimas de la más dulce emoción á tales pruebas de cariño.

Nuestras tiendas que, ya deterioradas en extremo, dejan ver algunos jirones por donde penetra el viento y por consiguiente la lluvia, si cayera, llena de compasiva admiración á nuestros visitantes que exclaman:

—¿Pero así habeis podido vivir! ¿Y no os habeis muerto todos!

Y añaden:

—«Cuando nos expusieron la tienda del Príncipe moro Muley-el-Abbas, quedamos desencantados por figurársenos que aquello no valía nada, pero comprendemos ahora que era un verdadero palacio!»

Y redoblaba el entusiasmo, y los apretones de manos, y los abrazos que nos ruborizaban, porque no creíamos nuestros hechos dignos de tanta admiración y entusiasmo por lo que ya tengo manifestado, esto es, porque todos y cada uno de los que tanto nos admiraban era capaz de hacer lo que nosotros habíamos hecho. ¿No éramos todos españoles? Pues con esto está dicho todo.

En el campo de Amanuel, que es tan grande, no cabía la gente.

El tiempo era espléndido.

Un hermoso día de Mayo, que es el mes que más atractivos tiene en la Corte de España, había despoblado la coronada Villa.

Millares de coches servían de trinchera.

No podíamos con los ofrecimientos que se nos hacían, porque todos querían regalarnos lo que nos era imposible admitir.

Para cada *héroe*, como ellos nos llamaban, había veinte entusiastas madrileños que nos brindaban con sus meriendas, sus botellas y cigarros. De éstos hicimos buena cosecha, porque se podían guardar; de lo demás era imposible.

Lo más deliciosamente pasamos el día, y llegada la noche que esperábamos para descansar, nos fué imposible hacerlo, porque los nobles madrileños seguían con nosotros dispuestos á pasarla velando nuestro sueño, después de habernos hecho compartir sus cenas.

¿Pero era posible dormir de tal manera?

Absolutamente no: así que, pasamos la

velada sin pegar los ojos, acompañados de doscientas mil almas.

Por fin amanecía.

El majestuoso estampido del cañón puso en movimiento á la gente.

Una charanga distante de nosotros unos doscientos metros toca la arrebatadora diana. Lo mismo fué oirla por nuestros acompañantes, que, sin decirnos una palabra, se lanzan en pos del batallón que tan enloquecedoras melodías enviaba; mas apenas habían andado la mitad de la distancia cuando por la derecha se oyen otras alegres notas que dividen la gente; momentos después otra música lanza al viento su vertiginosa armonía y ya no saben donde acudir, porque á esta diana sigue otra de clarines, y otra de Artillería, y otra y otra que hacen delirar de júbilo al buen pueblo de Madrid, siempre noble y generoso. Aquel era el pueblo del *Dos de Mayo*, retrato fiel de la España de alma sana y gran corazón que comparte con los buenos así sus dolores y sus penas como sus alegrías.

Nosotros, los *héroes*, reíamos con la mejor gana al ver el afán con que corrían en todas direcciones sin saber donde acudir.

Creo poder asegurar que los que presenciábamos aquella patriótica fiesta no la olvidaremos nunca, y que ninguna otra podrá jamás superar las dulces emociones que nuestras almas sintieron.

Allí reinaba el patriotismo.

Ya entrada la mañana, y después de habernos desayunado con los obsequios de nuestros admiradores, nos preparamos para la Misa de Campaña, á la que, según se dice, ha de asistir la Reina Doña Isabel 2.^a

Poco después pasa á caballo delante de nosotros seguida de los generales D. Leopoldo O'Donell, Prim, Ros de Olano, Echagüe, Zabala, y de todos los demás caudillos del Ejército que la acompañaban oyendo este grito: ¡Viva la Reina!

Como es natural, antes de pasar la revista nos aseábamos lo mejor posible, limpiando los broncees del deslucido uniforme y cepillando los deteriorados ponchos; pero no siendo esto del agrado de los madrileños, tuvimos que suspender la tarea.

—¿No es más propio, nos decían, que la Reina os comtemple, si no envueltos y ennegrecidos por el humo de la pólvora, cubier-

tos, al menos, con el polvo del combate?

Dejaos ahora de aseo y dadnos gusto.

Nosotros queremos hacernos una idea de que tal como estais con vuestras mochilas, vuestras mantas, vuestras tiendas de campaña y vuestros arreos de guerra encima, llegais de batir al enemigo, y es preciso darnos gusto.

¿No es cierto, señor Comandante? decían á nuestro buen Jefe. Y éste sonriendo contestaba:

—De nada servirá el aseo con la nube de polvo que nos envuelve.

Y era verdad: y por esto guardamos nuestros cepillos y esperamos á que la Reina Isabel se dignase pasar delante de nosotros.

Por fin llegó la hora del desfile, siguiendo después tras nuestra Soberana, camino de Madrid por la Ronda.

Un gentío inmenso nos acompañaba.

Los atronadores vivas ensordecían el espacio y enronquecían á nuestros admiradores.

Así continuamos dando la vuelta á la Villa y Corte por la carretera de la cárcel (1) yendo á pasar por detrás del Real Palacio, y siguien-

(1) El antiguo Saladero.

do por la Ronda de Segovia hasta desembocar en el Prado, penetramos en Madrid por la Calle de Alcalá, continuando por la Puerta del Sol, Calle Mayor, de Bailén y Plaza de la Armería.

Es imposible describir lo que durante el trayecto sucedió: baste decir para comprender el entusiasmo delirante con que los madrileños acogieron al Ejército de África, que desde el Hospital de la Princesa hasta el Arco de Triunfo de Atocha, empleamos dos horas y media, y una en atravesar el Paseo del Prado.

Toda la carrera se hallaba engalanada con arcos, banderas y gallardetes, y desde los balcones caía sobre nosotros una lluvia de palomas, flores, coronas y poesías.

Desfilamos en columna cerrada por batallones dando vivas á la Reina al pasar bajo los balcones principales del Regio Alcázar en los que se hallaba Doña Isabel 2.^a y su Real Familia con los ministros y alta servidumbre palatina.

Después descansamos un rato en la Plazuela de Oriente, dirigiéndonos, al anochecer, al propio campamento de Amanuel donde

pasamos la noche bajo nuestras tiendas de campaña. Nosotros fuimos los únicos que dormimos acampados.

A la mañana del siguiente día entregamos las tiendas y nos encaminamos al próximo pueblo de Canillejas, donde pernoctamos.

En aquel día sentí yo en mi cuerpo síntomas nada tranquilizadores, grande malestar y continuados escalofríos. Sin embargo, no quise decir á nadie nada, ni que me visitase el Médico: temía me hiciesen quedar en Madrid, cuando al siguiente día íbamos á emprender la marcha á Burgos donde me esperaban mi familia y amigos y donde, según noticias, iba á ser el Batallón objeto de la ovación más entusiasta por parte de las Autoridades, Corporaciones y el pueblo en masa: por esto y por el deseo que me devoraba de abrazar á mis deudos y amigos creí que mi mal sería pasajero y no le di importancia.

Llegó la noche.

El pueblo es pequeño y no podíamos estar convenientemente alojados en él, por lo que cada uno se colocó en el suelo, liado en su manta, cosa que á nadie extrañaba después

de adquirida la costumbre de dormir de este modo.

Aunque la casa en que yo estaba era de buena construcción, y de familia, al parecer, bien acomodada, no me di cuenta de quién estaba allí alojado; pues solo recuerdo que mi lecho, como el de otros de mis compañeros, era el suelo enladrillado, y que mi dolorido cuerpo, abrasado por la fiebre que le devoraba, se hallaba martirizado por la sed.

¡Qué diferente el sueño que allí tuve al que había tenido pocos días antes en el mar á bordo del «San Quintín!»

Aqué! lleno de risueñas esperanzas; éste seco, árido, sed rabiosa que no podía mitigar en los imaginarios cristalinos arroyos á donde me conducía mi ardorosa imaginación. El delirio se apoderó de mí, delirio que alarmó á mis compañeros haciéndoles dar parte de mi estado al Médico, quien al verme ordenó mi traslación, inmediatamente, al Hospital Militar de Madrid.

No se quién avisó al Abanderado Rufo, mi buen amigo, que vino á verme en seguida, y poco después mi bondadoso Coronel con el Capitán de mi Compañía.

Todos me prodigaron mil cuidados y atenciones que no olvidaré nunca.

Por fin, más muerto que vivo fui conducido por ocho soldados, que se relevaban por el camino cada quince minutos, en una camilla de campaña á la Corte, ingresando en el Hospital, en el que al momento fui reconocido por dos médicos, quienes me recetaron dos sangrías que fueron ejecutadas en el instante, una en cada brazo.

Aun cuando yo me hallaba sin poder hacerme cargo de lo que me sucedía, oía entre delirante ensueño hablar á los doctores de mi estado.

—Esto, creo no será cosa de cuidado, decía uno. Las fatigas, el cansancio de tantos y tantos trabajos padecidos en la guerra, sale ahora, pero pasará pronto, y antes de quince días le daremos de *alta* para que vaya á incorporarse á su Batallón.

—Lo mismo opino, contestó su compañero, recomendando sea tratado con extraordinario cuidado el enfermo.

No había necesidad de hacer tal recomendación; porque practicantes y enfermeros se hallaban continuamente á mi lado cuidán-

dome cual lo habría hecho el padre más amante de su hijo. Gracias, mis buenos amigos, gracias: jamás olvidaré las pruebas de humanidad y de cariño que me dísteis durante mi corta estancia en el Hospital Militar de Madrid.

Solamente doce días permanecí en él, porque rogué á los médicos me diesen el *alta* para poder incorporarme á mi Batallón antes de entrar en Burgos.

—Es imposible, me contestaron: en primer lugar, porque V. se encuentra débil para poder incorporarse á sus compañeros que estarán cerca de Burgos, y en segundo, porque necesita V. todavía algún cuidado.

—Para incorporarme á mi Batallón, contesté, no necesito andar mucho, porque puedo ir en el coche-correo hasta la entrada de la ciudad y allí los esperaré; y respecto de los cuidados, como ha pasado ya el peligro que me amenazaba, no creo necesitar muchos.

Los doctores se oponían, pero con tanta insistencia les rogué me permitiesen hacer mi entrada en Burgos con mis compañeros, que al fin pude conseguirlo á condición de hacer el viaje como yo proponía.

Así sucedió, emprendiendo la marcha el día 23, y sintiéndome con ánimos de andar á pie, me bajé del coche en Lerma, mezclándome con mis buenos amigos que me recibieron con el mayor júbilo, tanto más, cuanto que me creían muerto por el alarmante estado en que me vieron en Canillejas.

—¡Cuánto nos hemos acordado de tí! me dijeron. ¡Qué apuntes tendrías hechos si hubieras venido con nosotros! porque todo lo que te podamos decir será pálido comparado con la realidad. El Batallón ha marchado sobre una senda de rosas desde la salida de Canillejas haciendo jornadas cortas. Todos los pueblos del tránsito han rivalizado en entusiasmo saliendo á recibirnos á sus límites municipales donde se despedían con lágrimas los que nos habian seguido desde el pueblo anterior, costándoles honda pena el dejarnos. Los discursos cambiados con las Autoridades locales han sido tan patrióticos y tan entusiastas que nos conmovían á todos y nos llenaban de noble orgullo. En Aranda hemos pasado tres días deliciosos.

Nuestro querido Coronel puede estar satis-

fecho de la marcha triunfal hecha al frente de su Batallón.

Hemos recordado mil veces tu opinión de que con el patriotismo que hoy impera en España se pueden emprender las más arriesgadas empresas en la seguridad de ser coronadas por el éxito.

No exageran mis compañeros al relatarme tales hechos, pues les estoy presenciando en Lerma.

Es la hora de la partida y veo á los vecinos de la histórica villa locos de entusiasmo. Las Monjas Carmelitas quebrantan por breves horas su clausura haciendo desaparecer las celosías de sus ventanas desde las que nos vitorean con infantil alegría, arrojando en abundancia sobre nosotros las flores de su huerta.

Mi Coronel se despide conmovido de las Autoridades y de todos en general. A su lado veo á mi buen amigo el Escribano Don Joaquín Martínez, que ha tenido el honor de alojarle en su casa.

Rompe el Batallón la marcha entre «vivas» y plácemes acompañándonos los lerreños gran trecho. En seguida nos encontramos con

los de Villalmanzo, viendo á las jóvenes con ramos de flores para los soldados de Almansa.

La misma escena se repite en Cogollos donde pernoctamos, y ya en Sarracín, vemos cien y cien jinetes burgaleses é infinidad de carruajes llenos de gente ávida de estrechar nuestras manos; y con estos burgaleses y con los que vamos viendo en la ondulada carretera nos dirigimos, locos de gozo, á la antigua Corte de Castilla.



CAPÍTULO XVI.



Burgos.—Sus hombres ilustres.—
Sus monumentos.—Entrada de mi Batallón
en la antigua Capital de Castilla.—
Digresiones.

urgos, fundada en el año 882 por el Conde Diego Porcelo, para contener la invasión y correrías de los moros, está situada en la falda de un cerro, extendiéndose por un pintoresco valle que ocupa el centro de la provincia: atraviésala en su centro el Río Arlanzón dando vida á miles y miles de árboles que forman frondosas ala-

medas: Sus jardines son preciosos; la limpieza de sus calles, perfectamente adoquinadas, y la moderna construcción de sus edificios, que llaman justamente la atención de los forasteros, hacen esta ciudad una de las más bonitas de España.

El clima, si bien es frío, no lo es tanto como han dado en decir los que no le conocen bien: lo que tiene es que la época de los fríos es algo larga, pero no rigurosa, ni mucho menos: en cambio el verano es magnífico, sin esos ardores que hacen fatigosa la vida en otras comarcas; el otoño muy agradable, y el país sano.

Las carnes, frutas y verduras, leches y quesos, que la región produce, son de primera calidad; y bien puede sufrirse un invierno algo largo, en el que no faltan hermosos días de esplendente sol, á cambio de tan estimables ventajas que no en todas partes se encuentran.

Sus moradores son sobrios, valientes y sufridos, soportando sin murmurar todo género de trabajos y privaciones cuando el bien del Estado lo reclama, como lo prueba la limpia historia de la ciudad, Cabeza del Con-

dato independiente primero, y cuna y Cabeza del gran Reino de Castilla después, que absorbió el de León y se hizo dueña de las tres cuartas partes de la Península por el esfuerzo de sus hijos.

Su comercio era tan extenso en la Edad Media, que ni Barcelona ni Valencia después le han sobrepujado: sólo Cádiz en tiempos posteriores llegó á igualarle.

Había entonces una Hermandad de Comerciantes que tomó el nombre de *Universidad de Mercaderes*, y si en un principio se dedicó á la protección mutua, dió grande impulso después á los negocios mercantiles de la ciudad y de su región.

Gobernaban la sociedad un prior y dos cónsules, encargados de los asuntos administrativos: Una Diputación compuesta de nueve individuos tenía la misión de emitir dictamen sobre todos los puntos de Comercio, y dos letrados resolvían las cuestiones de Derecho.

La moderna Cámara de Comercio de hoy, que es sustitución de aquella *Universidad*, está llamada á seguir las huellas del Antiguo Consulado para conseguir la prosperidad de

Burgos y su provincia por medio del Comercio y de la Industria, que es con lo que en los modernos tiempos se hacen ricos y poderosos los pueblos.

Nuestra provincia es rica en minerales, en maderas, en cereales, en frutas y legumbres, en vinos muy regulares, en saltos de agua y en ganados de toda clase, particularmente en el lanar cuyos vellones tanta fama alcanzaron en el mundo.

¿Qué necesita para que vuelva á alcanzar la prosperidad que en los tiempos pasados tuvo, y pueda vivir de este modo independiente sin esa vida artificial y precaria que hoy se disputan muchas ciudades de España, imposibilitando la buena gestión de los Gobiernos con sus, en muchos casos, absurdas pretensiones?

No necesita otra cosa que energía en los hombres de talento y de corazón que no faltan en la Cámara de Comercio de Burgos, sin desmayar en la empresa hasta conseguir ferro-carriles económicos que se internen en la Sierra y crucen en todas direcciones la provincia, poniéndonos en comunicación directa con Santander y Bilbao, ya que capitales para

ello tienen las regiones que han de beneficiarse, é imitar á los antiguos prior, cónsules y diputados para lograr lo que ellos con su constancia y buena voluntad consiguieron, haciendo de la Cabeza de Castilla la primera plaza comercial de España.

La ciudad era la más libre del mundo, pues en época de pleno feudalismo los burgaleses eran todos iguales, hasta los moros y judíos, sin la denominación de nobles y plebeyos como en el resto de España y de Europa acontecía, conociéndoseles con el nombre de ciudadanos, y á Burgos, por antonomásia, por la Ciudad, al estilo de la Roma antigua; y los nobles y plebeyos de otros puntos que en ella se avecindaban perdían tal denominación.

Para todos los burgaleses había los mismos jueces que ellos elegían, y se regían por las mismas leyes sin los irritantes privilegios que tanto desmoralizan. ¿Qué extraño es que con tales hombres se venciera siempre en las batallas dando motivo con sus heróicas hazañas para escribir la gloriosa historia del pueblo de Castilla, admiración de todas las de los demás pueblos del mundo?

No sólo por los hechos de armas y por el rico comercio se distinguían; también en las ciencias, en las bellas artes y en la literatura descollaron muchos burgaleses, de los que sólo citaremos á los esforzados Rodrigo Díaz apellidado el Cid, y á Fernan-González como guerreros; el primer almirante de Castilla Ramón Bonifaz, como marino; el doctor Zúmel, como famoso médico y escritor de su ciencia; Francisco de la Reina, como descubridor de la circulación de la sangre; Pedro Fernández de Villegas, Fernando Ruiz de Villegas, como escritores; Juan Sánchez Barba, escultor; Pedro Martínez, matemático y arquitecto; Juan Gallo y Agustín Gormaz, como eminentes teólogos; obispos y eruditos Bernardino Salazar y Pedro Gabriel de Acuña; Nicolás Fernández de Castro, notable jurisconsulto; como pintores Pedro Ruiz de Camargos, Diego de Polo, y Juan del Valle, y como famoso filósofo y poeta, al Bachiller Antonio de la Torre.

Otros muchos, que sería prolijo enumerar, se han distinguido en todos los ramos del humano saber.

El escudo de armas de Burgos consiste

en un medio cuerpo de Rey coronado en campo de gules, orlado con diez y seis castillos de oro, una corona condal al timbre y en un sobreescudo los lemas de la ciudad que son *Caput Castellæ* en la parte superior, *Prima voce et fide* á la derecha, á la izquierda *Camera regia*, y debajo *Insignia civitatis quæ reges peperit regnaque recuperavit*.

El medio cuerpo del Rey coronado, significa que Burgos, que desde su fundación fué Cabeza y Corte del Condado de Castilla, se convirtió por el valor de sus hijos y á costa de su sangre, en Corte y Cabeza del Reino castellano.

Los diez y seis castillos de oro representan á diez y seis fortalezas que en la Ciudad y en otros pueblos pertenecían á Burgos, en las que ondeaba la bandera morada.

Y la corona condal, el origen del condado.

Sus títulos son los de «Excelencia y muy noble y muy más leal.»

Desde que los documentos públicos empezaron á redactarse en castellano se llama en todos ellos á Burgos Cabeza de Castilla y Cámara Real, y en los extendidos en tiempo de Alonso X y en épocas posteriores decían

los Reyes: *Al Concejo de la Ciudad de Burgos Cabeza de Castilla mi Cámara*; y durante el reinado de dicho Rey y de su hijo Don Sancho, no se llama á Burgos por su nombre, sino *Ciudad de Castilla*, escribiéndose en los documentos: *Al Concejo de la Ciudad de Castilla Cabeza del Reino, mi Cámara*.

Esta circunstancia tan notable y tan digna de llamar la atención de los historiadores, dice Buitrago, tuvo origen en que siendo el Rey sabio tan aficionado, como es notorio, á las cosas de Roma, quiso imitar en Castilla lo que allí sucedía; y así como Roma, era conocida antonomásticamente por «la Ciudad» (Urbs) y á los romanos vecinos de ella por ciudadanos (civis romanus sum) de tal manera que cuando se decía «la Ciudad» se entendía única y exclusivamente Roma, del mismo modo quiso que su Corte, que la Capital de sus Estados fuese también conocida con el solo nombre de Ciudad, hasta el punto de que teniendo sus vecinos el nombre de ciudadanos, eran todos iguales.

Las célebres Cortes de Alcalá, convocadas por Alfonso XI, forman época en la historia política y civil de Castilla, así por su gene-

ralidad como por la famosa disputa de preferencia entre dos ciudades, y por las leyes importantes que en ella se establecieron. Diez y siete ciudades enviaron sus diputados á estas cortes: Burgos, Soria, Segovia, Ávila, Valladolid, León, Salamanca, Zamora, Toro, Toledo, Guadalajara, Madrid, Murcia, Sevilla, Córdoba y Jaén. De éstas, Burgos, León, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén y Toledo, como cabezas de reinos tenían sus asientos y lugares para votar. Las demás se sentaban y votaban sin orden fijo y según se colocaban en el principio de cada asamblea.

En estas cortes promoviósese una disputa que se hizo famosa sobre preferencia de lugar entre las ciudades de Burgos y Toledo, alegando la última las grandezas de la ciudad, su antigüedad, su nobleza, la santidad de su famosísima Iglesia, la majestad y autoridad de su Arzobispado que tiene primacía sobre todos los prelados de España, los hechos valerosos de sus antepasados y, además, que en tiempo de los godos era la cabeza del reino y silla de los reyes, y el título de imperial que tenía concedido; y para interesar en su favor á las demás ciudades terminaba diciendo

que si continuaba Burgos en su prerrogativa sería la deshonra común de toda España.

Los burgaleses se defendían valientemente alegando la preeminencia que tenían en Castilla, en la que poseían el primer lugar; el haber sido Burgos desde la fundación del Estado, Cabeza del Reino, desde donde se dió principio á la restauración de la fé y de la libertad de España, hasta echar á los moros de ella; que por esto, con mucha razón, era Burgos la silla y domicilio de los primeros Reyes de Castilla, y que no era justo quitarles en la paz el lugar que en la guerra ganaron á costa de mucha sangre derramada.

Los grandes en esta competencia estaban divididos, favoreciendo á Burgos D. Juan Núñez de Lara, y á Toledo el Infante D. Juan Manuel, y así los demás.

El Rey, designado por juez en esta cuestión, la resolvió prudentemente dejando á Burgos el primer lugar y voto que hasta entonces había tenido, y dando á los diputados de Toledo un asiento aparte enfrente de él dijo: *Hable Burgos, que yo hablaré por Toledo;* ó en otros términos: *Yo hablo por Toledo y hará lo que le mandare: hable Burgos.* Burgos hablaba

entonces por ella y por 1623 poblaciones.

Con este expediente se dieron ambas poblaciones por satisfechas, y esta fórmula siguió observándose mucho tiempo en las Cortes de Castilla. (1)

*
* *
*

Embellecen á Burgos muchos y muy valiosos monumentos entre los que descuella la incomparable Catedral, joya de inapreciable valor, con sus airosas agujas, preciosos encajes de piedra que cautivan el alma, así como todo el exterior del grandioso monumento bordado á maravilla por el cincel del hábil artista, y adornado con estatuas, corredores é infinidad de capiteles haciendo un conjunto tan excesivamente hermoso, que deja pasmado de admiración el ánimo de quien le contempla.

El interior del crucero es tan bellísimo, que al visitarle el Rey Carlos I de España y V del Imperio, admirado de tanta maravilla exclamó: «Como joyel había de estar en caja y cubierto con funda, para que como cosa preciosa no se viese siempre y de ordinario,

(1) Mariana, T. 1.º, pág. 481, y Lafuente, T. 2.º, pág. 34, Historia de España.

sino á deseo,» y Felipe II dijo de él «que más parecía obra de ángeles que de hombres.»

La antigua Torre de Santa María, fué construida en el siglo XI en la que celebraba sus sesiones el Concejo de Burgos; y en el reinado de Carlos I, el notable arco adosado á la misma que hoy admiramos. Se halla adornado éste con las estatuas de Nuño-Rasura, Lain-Calvo, Diego-Porcelo, el Cid, Fernán-González y Carlos V del Imperio. Coronálas el Angel Custodio, y por remate de todo está la Virgen con el Niño en las rodillas.

En la balaustrada de piedra que tiene su fachada, se publicaban las leyes, saliendo en Cuerpo el Ayuntamiento.

Siguen el Real Monasterio de las Huelgas con el Hospital del Rey, fundados por Alfonso VIII el Noble; y la Cartuja de Miraflores por D. Juan II: el primero y el último de estos monumentos contienen riquísimas bellezas artísticas, y en el segundo resplandece la inagotable caridad de nuestros Reyes, que es, en los tiempos que atravesamos, el más preciado florón de su corona.

La Casa del Cordón, Palacio de los Con-

destables de Castilla y alojamiento de los Reyes Católicos en su estancia en Burgos, es también un notable monumento histórico. En él fué recibido Colón á su regreso de América.

El Castillo, soberbia fortaleza y magnífico Palacio de los Reyes, ya no existe por haberle volado los franceses en su huida el 13 de Junio de 1813, si bien pagaron caro su vandálico proceder al quedar envuelta en sus ruinas gran parte de la guarnición por deficiencias en la mecha de la mina.

En la parte alta de la ciudad están los solares de los palacios del Cid y Fernán-González, señalado el primero con tan insignificante monumento, que vergüenza da el pensar que el primer héroe del mundo carezca de otro más digno de su fama; y el de Fernán-González se manifiesta con un sencillo arco que lleva su nombre, monumento también impropio de tan gran político y guerrero.

Como obras mudéjares se ven los arcos de San Martín y de San Esteban, mal conservados por la incuria de.... los que tengan el deber de velar por ellos.

Lector imparcial: ¿No es una mengua para

una ciudad como Burgos, el que los dos héroes que acabo de citar carezcan de los monumentos que por su fama y proezas merecen, y particularmente el Cid, que le tendría pronto si nuestro Municipio se determinase á poner en práctica el proyecto del Sr. Bessón (1) tan fácil de realizar?

¿No es una anomalía el que un Ayuntamiento como el burgense, citado como modelo de municipalidades por todos cuantos conocen su sabia y recta administración que miran con admiración y respeto, tenga en olvido la veneranda memoria de esos dos preclaros hijos de la noble tierra que representan?

Todos los que se han sucedido hace muchos años han sido compuestos de dignísimas personas: sus presidentes han sido ilustrados, celosos del bien de sus administrados y por consiguiente buenos patriotas: y, sin embargo, aún no hemos tenido ninguno que acoja con el interés que requiere tan patriótico asunto; obligación sagrada que debieran apresurarse á cumplir, porque no se

(1) Véase el final del libro.

trata de una obra de arte de metal ó de piedra para adorno de una plaza ó de un paseo; se trata de algo más útil al pueblo. Es necesario comprender que «no solo de pan vive el hombre,» y que esos monumentos que traen á la memoria pasadas glorias alimentan el espíritu con sus grandiosos recuerdos haciendo revivir el patriotismo que, por desgracia, se encuentra aletargado, si no muerto, en esta desdichada Nación.

Todos los pueblos desde los más salvajes hasta los más civilizados, son amantes de sus glorias patrias.

En España hay muchos monumentos erigidos en honor de ilustres hijos suyos, y es doloroso que carezcan de ellos el más esforzado campeón de la nacionalidad española el Gran Conde Soberano de Castilla Fernán-González, y el héroe entre los héroes, Rodrigo Díaz, apellidado el Cid.

*
* *

Burgos contiene hoy 36.000 almas.

Hay en esta ciudad Arzobispado, Audiencias Territorial y de lo Criminal, Capitania General, Colegio de Sordo-Mudos y Ciegos, Seminario, Instituto, Escuela Normal de Ma-

estros, Academia de Dibujo, varios Colegios, fondas de primer orden y un bonito teatro.

De los templos descuellan por sus riquezas artísticas San Nicolás, y el de la antigua Merced; y como reliquia antiquísima el de Santa Gadea, hoy Santa Águeda, célebre porque en él recibió el Cid ante la Corte y todo el pueblo de Burgos y de otros puntos de Castilla que acudieron á presenciar la ceremonia, el juramento á Alfonso VI de no haber éste tomado parte en el asesinato de su hermano D. Sancho II, llevado á cabo por Bellido Delfos ante los muros de Zamora.

La Plaza Mayor está adornada con la estatua de Carlos III fundida en bronce, y en el edificio que ocupa el Ayuntamiento, levantado en 1788, hay un oratorio en el que reposan los restos del Cid y de Doña Jimena, su esposa, en una preciosa caja de madera labrada primorosamente, (1) en cuyos costados se leen las siguientes octavas:

(1) El Sr. D. Valentín Dorao, digno Presidente de la Comisión de Secretaría, ha propuesto al Ayuntamiento la sustitución de la actual caja, que si bien es preciosa no parece propia para el objeto á que se halla destinada, por una urna de madera negra de forma severa y elegante, según el diseño que hemos tenido el gusto de ver; y á fin

Noble, leal, soldado y caballero,
 Señor te apellidó la gente mora,
 Y tu nombre de Cid llevó tu acero
 A los muros de Córdoba y Zamora:
 Las márgenes del Turia placentero
 Reflejaron tu enseña vencedora,
 Y al par de tu Jimena en este asiento
 Hoy tu pueblo te erige un monumento.

Hunde la muerte con su ruda planta
 De los tronos y reyes la altiveza;
 Que á tamaño poder, á fuerza tanta
 No hay blasones, ni orgullo ni grandeza:
 Empero del olvido se levanta
 Pura, sublime en su mayor alteza
 De los ínclitos héroes la memoria
 A embellecer las hojas de la Historia.

La ciudad que á grandes rasgos acabo de describir, es la que nos espera engalanada.

Hace alto el Batallón en las Eras de Santa Clara para dar expansión á los soldados y paisanos que no se cansan de abrazarse mutuamente.

Allí se ven los Sres. Arzobispo con todo el Clero; Capitán General, Segundo Cabo, Generales, Jefes, Oficiales y tropa de la guarnición; Ayuntamiento, Diputación, Audiencia, Instituto y demás Centros de enseñanza; y

de que los sagrados restos del preclaro héroe burgalés estén siempre á la vista de quien penetre en la capilla, sin que sea necesario abrir la caja, como hasta ahora ha venido haciéndose, serán de cristal tres lados de ésta.

Felicitamos á nuestro buen amigo el Sr. Dorao, por tan acertada iniciativa, que sólo plácemes merece.

cuarenta mil almas de la ciudad y pueblos de la provincia entre las que descuellan infinidad de banderas y estandartes.

Mis amigos me tenían preparada una bonita corona de laurel que colocaron en mi fusil.

Regidor, Cuadrao, Gutierrez, ya no existís en el mundo, descansad en paz.

Gadea, Munguira, Alba, Yanguas y otros ciento que aún vivís: ¿no es verdad que nunca olvidaremos aquel venturoso día?

Éstos son los que me recibieron adelantándose á mucha distancia.

Después mis ancianos padres, mis hermanos é infinidad de amigos y conocidos me abrazaban, me besaban y no me dejaban en paz un instante.

Nuestro bravo Coronel, á quien se ha entregado el glorioso estandarte ganado á los moros por Alfonso VIII el Noble en la memorable jornada de las Navas de Tolosa, es aclamado con frenesí y llevado en triunfo.

Entre las Autoridades y el Caudillo de Almansa se cambian elocuentes y patrióticos discursos.

Ya en marcha los soldados vencedores de

África, luciendo sus desgarrados y descoloridos uniformes, sus tostados rostros y marcial continente, precedidos de alumnos del Instituto que tremolan banderas y estandartes, entonando himnos patrióticos en honor nuestro, penetran en la población, engalanada con arcos de follaje y colgaduras, por la calle de Madrid, Plaza de Vega, Puente y Arco de Santa María, Plaza del Arzobispo, calles de la Paloma y Lain-Calvo, Plaza de la Audiencia, calles de San Juan y Puebla, plazas de la Libertad y del Mercado, Espolón y Arcos del Consistorio á la Plaza Mayor, donde no cabe la gente. Allí se pronuncian nuevos discursos y se repiten las aclamaciones á España y al Ejército. La muchedumbre, ébria de placer, se halla ya enronquecida de vitorearnos.

Los heridos eran conducidos en carretelas.

Gritos de alegría, lágrimas de gozo.... y de dolor se mezclan con el estampido del cañón que anuncia nuestra feliz llegada á la patria de los sábios Jueces, de los nobles Condes, del bravo Cid, á la cuna de reyes y del siempre respetado y temido Reino de Castilla.

Las campanas de la Catedral y de todas las iglesias tocan á gloria.

Los ruidosos cohetes, agradables mensajeros de la alegría, surcan el espacio llenando de júbilo los corazones burgaleses que gozan con toda su alma al vernos, pues les pasa lo que á todos los españoles figurándoseles seres fantásticos los soldados de África.

Tantas y tantas son las pruebas de cariño y de entusiasmo que nos prodigan, que nos hacen ruborizar por no considerarnos ninguno dignos de tanta y tanta admiración y agasajo conque á porfía nos distinguen todas las clases de la sociedad burgense.

Nuestros Jefes, Oficiales y demás clases y soldados eran objeto del mayor entusiasmo.

El Ayuntamiento colocó en la bandera del Batallón una soberbia corona artística de oro y plata.

A los Sres. Jefes y Oficiales se les obsequió con un suntuoso banquete en el «Salón de Recreo,» y á las demás clases y tropa con ranchos extraordinarios, bailes públicos, funciones de teatro y con todo cuanto pudieran apetecer, pues los cafés estaban constantemente abiertos para ellos, considerándose

honrados los nobles burgaleses con abonar el gasto que los soldados hacían.

Aquella alegría era extraordinaria, delirante.

Día 27 de Mayo de 1860; es imposible te borres de la memoria de los que presenciaron la entrada del Primer Batallón del Regimiento Infantería de Almansa en la cuna del Reino de Castilla.

¡Oh, Patria amada! Si los hechos de tus gobernantes fuesen celebrados por el pueblo sano de alma grande y generoso corazón como era aquél que en 1860 recibía en todas partes á los soldados de África; ¿quién podría contigo.....?

Nadie en el mundo; porque tus nobles hijos serían tan felices y respetados como tienen derecho á serlo por su hidalguía y por su bravura.

Un coro de alumnos del Instituto tremolando banderas con lemas patrióticos formó delante del Batallón entonando himnos en honor nuestro.

Nunca había contenido la ciudad tantas almas como de todos los pueblos de la provincia habían acudido á saludarnos, y tal

consideración hacia que los vencedores de África se mostrasen satisfechos y dispuestos á sacrificarse mil y mil veces por conservar y acrecentar el honor y engrandecimiento de España, porque el militar, más que la remuneración metálica, es esto lo que desea, pues no de otro modo pueden pagarse los sacrificios y penalidades que su honrosa profesión le impone. El pueblo español debe tener muy presente tan noble aspiración, viendo en el Ejército la representación más genuina de la Patria, y en sus individuos, miembros de una religión en que el honor impone deberes á que no se hallan sujetas las demás clases de la sociedad; y justo es que se les considere como merecen ser considerados quienes están dispuestos á todas horas á abandonar sus hogares y á morir en defensa de los sagrados intereses que la Ley les tiene confiados.

Pasaron algunos días, entre fiestas y plácemes, mimados por los burgaleses los *héroes* de Almansa, hasta que poco á poco se fué calmandó aquella efervescencia, aquel delirio patriótico que hacía latir de gozo los corazones castellanos.

.
.

Hoy que ha trascurrido tanto tiempo después de los sucesos que acabo de narrar; cuando alguno de los que les presenciamos nos ocupamos de ellos, parece que la sangre se rejuvenece; los corazones palpitan de alegría; el entusiasmo se apodera de nuestras almas y..... lágrimas de amargura humedecen, al fin, nuestros ojos al pensar que tanto patriotismo, tanta abnegación, tanta sangre derramada y tantos y tantos padecimientos sufridos por el Ejército más valiente y más noble del mundo, no han servido absolutamente de nada, si se exceptúan los laureles que unidos á los de las Navas, Lepanto y Pavía, sirven de lecho al fiero león castellano.

Y todo ¿por qué?

Por la mala Administración Pública; por las miserias de nuestros hombres políticos que en todo han pensado cuando han conseguido apoderarse de las riendas de la gobernación del Estado, menos en lo que al Estado interesa; y por eso languidece nuestra Patria, exhausta de recursos para hacerse respetar y aun temer por las Naciones que antes la respetaron y temieron y que hoy la tienen en bien poco.

Creemos, es más, tenemos la convicción de que bien administrada con *pocos pero buenos* empleados independientes, España, cuyo suelo es de los más ricos del universo, saldría de la postración en que yace; porque haría la buena gestión administrativa desaparecer los déficits, y por consiguiente la enorme *Deuda* que nos agobia; porque los sacrificios que estas cargas exigen á la Nación, ahogan la Agricultura en primer término, y la Industria y el Comercio y todo; porque sumas enormes desaparecen en provecho de unos pocos que se enriquecen con perjuicio de todos los demás.

Si se emplease anualmente la octava parte siquiera de lo que absorbe la *Deuda*, en cruzar nuestro fértil suelo con caminos y canales estableciendo fábricas y convirtiendo inmensos páramos en preciosos y ricos verjeles, como es posible hacerlo,..... otra sería la prosperidad de España.

Y al pensar que tan gravísimo mal procede de una causa tan fácil de remediar con una Ley que anulase el favoritismo que todo lo embrolla y envenena..... al mirar que lo deja olvidado la ambición..... el ánimo se

contrista y el pesar y la indignación nos atormentan.

Padres de la Patria: dejad á un lado vuestros intereses personales: pensad en que haciendo una buena Ley que dote á España de un buen personal administrativo, la pondreis en camino de su prosperidad.

Haciendo lo que dejamos apuntado, podríamos contar siempre con un lucido, si bien no numeroso Ejército, que no es necesario en tiempo de paz; pero que este Ejército estuviera bien pertrechado, armado á la moderna y bien instruido, para que en un momento dado pudiera servir de base á otro de seiscientos mil hombres que podrían uniformarse y armarse al instante, á cuyo fin debían estar los almacenes bien repletos de todo lo necesario, cual cumple á un país que se estime; pues no son los gastos militares, bien entendidos, los que arruinan á la Nación, no; son los continuados desaciertos de nuestros hacendistas, que con la malísima organización de la Administración Pública dejan sin tributar una crecidísima suma de riqueza perteneciente á poderosos caciques, mientras se aniquila con abrumadores

impuestos á la riqueza declarada, y con onerosísimos empréstitos á todos los españoles.

Mientras ese odioso caciquismo no reciba el golpe de muerte, no será extraño que los generosos pechos españoles se retraigan de llevar á cabo los sacrificios que gustosos realizarían si vieran á la honradez respetada; al mérito reconocido; la virtud premiada; los servicios recompensados; el favor proscrito; la ineptitud despreciada; si vieran, en fin, reconocimiento, protección, patriotismo, y para decirlo de una vez, *recta justicia y acertada administración*.

Y no hay que darle vueltas.

El pueblo de hoy no es el pueblo ignorante y sencillo de hace setenta años.

El de hoy piensa y observa más. Si ve moralidad *arriba*, así en la vida privada como en la pública, será moral, virtuoso y patriota; si ve lo contrario..... que Dios nos tenga de su mano.

Sí; que el Todo-Poderoso ilumine á los prohombres que de hoy en adelante rijan los destinos de la noble España, digna de mejor suerte, y que no olviden que esos hermosos y feraces campos del Moghreb están

llamados á ser la continuación de nuestra querida Patria, cumpliéndose así el testamento de la Gran Reina, de la magnánima Isabel I.



EPÍLOGO.



a no pertenezco al Ejército que tanto amé y sigo amando.

Aquel disparo que me quemó el rizo, me ha dejado sordo.

He venido sintiendo el mal muy paulatinamente y por intervalos hasta que al fin se ha estacionado por completo. ¡Cuánto me ha hecho sufrir!

Recibi mi licencia absoluta del Marqués de Guad-el-Jelú D. Antonio Ros de Olano, que fué Comandante General del Tercer Cuerpo del Ejército de África, al que tuve la honra de pertenecer.

Mi hoja de servicios se halla adornada con la honrosa nota de haber sido declarado Benemérito de la Patria, según lo decretado por las Cortes y sancionado por S. M. en Real Orden de 8 de Octubre de 1860, y por Real Decreto de 10 de Mayo del mismo año fui agraciado con la Medalla Conmemorativa de la Campaña de África.

Las cintas de estas condecoraciones me enlazan al bravo Ejército del que me separé con dolor; mas si bien mi cuerpo se separó de él, mi alma no, que sigue y seguirá gozando en sus triunfos y sus alegrías, y llorará en sus adversidades si llega á tenerlas.

Sé de algunos de mis compañeros de armas, procedentes de la clase de tropa, que hace muchos años son coroneles, tenientes coroneles y comandantes.

Un voluntario como yo, que servía en el Regimiento de Navarra, llegó á Teniente General cuando contaba la edad de cuarenta años, y hoy, sigue sonriéndole la fortuna. Este digno patricio es el Excmo. Señor Don Camilo Polavieja que ha tenido la suerte de ver premiados sus méritos.

En cambio otros muchos han muerto en

las guerras de Santo Domingo, Cuba y en la civil de la Península, entre ellos mi amigo Rufo.

Otro amigo mío muy querido, también voluntario de la Guerra de África, que en la última Civil se pasó al Ejército carlista, llegó en él á Coronel y fué Ayudante de Campo de los generales Alvarez y Dorregaray.

Siguiendo en el Ejército liberal habria hecho mejor carrera por sus buenas prendas y su valor.

A la terminación de la guerra mandaba dos batallones castellanos con los que emigró á Francia, acogiéndose luego al indulto; y no habiendo querido después volver al Ejército, como hombre probo y de convicciones que es, fué colocado en una importante casa de comercio para llevar la contabilidad, ganándose honradamente de este modo la subsistencia, de lo que no habria tenido necesidad si hubiese hecho lo que algunos otros; y esto prueba que en todos los partidos hay hombres de honor.

Este antiguo compañero es Don Angel Zamora, muy conocido y apreciado en Burgos.

Yo fui colocado en las oficinas de Hacien-

da Pública, en las que estuve siete años, pasando después á los Reales Patronatos en los que continúo desde entonces.

En mis treinta y cuatro años de empleado he presenciado cosas tan extrañas para la generalidad de mis lectores, que bien merecían ser publicadas en un segundo libro; mas aunque le tengo escrito con el título de *Escenas Burocráticas*, he suspendido su publicación ahora por causas ajenas á mi voluntad.

En esta segunda época de mi vida, bien accidentada por cierto, he sido condecorado por Real Orden de 27 de Octubre de 1871 con la Cruz de Saboya de Primera Clase, y por otra Real Orden de 30 de Julio de 1877 se me concedió la Cruz de Primera Clase de la Orden del Mérito Militar, por los servicios que presté siendo Interventor de los Reales Patronatos arriba expresados, durante el tiempo en que el del Rey fué convertido en Hospital de Sangre para los heridos en la Guerra Civil.

Se me han confiado muchos trabajos extraordinarios, y en una Real Orden se me manifiesta que S. M. el Rey D. Alfonso XII los ha visto con agrado.

Hablando de estos servicios y de los de la

Guerra de África en una audiencia que con el malogrado Rey y la actual bondadosa Reina Doña María Cristina tuvo, por mediación de la Infanta Doña María Isabel, que hizo que desde su Cámara me condujese un Gentil Hombre de su servicio á la de sus Augustos hermanos, el preclaro Monarca me dió pruebas de apreciarlos.

Me honró estrechando dos veces mi mano al despedirme, después de haber hablado largo rato de algo que se halla en el tomo antes citado.

Fué un gran rey y la Historia le hará justicia.

Mi bizarro Coronel, que ascendió á Brigadier poco después de la Guerra de África, es General de División desde hace muchos años.

Como no ha querido nunca mezclarse en política, de ahí el que no se haya elevado á más alta gerarquía militar, que por su ilustración merece y por sus relevantes hechos de armas. (1)

(1) Es Gentil hombre de Cámara de S. M. el Rey, con ejercicio; Benemérito de la Patria; Caballero Gran Cruz de la Orden de San Hermenegildo y de la de Cristo de Portugal; tres veces condecorado con la de San Fernando, de 1.ª Clase; Comendador de Carlos III; condecorado también con las medallas de África y del Sufrimiento por la Patria, y con otras varias cruces de distinción por acciones de guerra.

El Regimiento de Almansa que mandó, era entonces modelo de cuerpos armados, por su brillante estado de instrucción y por su disciplina.

El cariño que en la guerra me demostró sigue hasta el día, y yo en prueba de mi agradecimiento le he dedicado algunos trabajos en los libros que tengo escritos.

Cuando publiqué mi ensayo poético «La Batalla de Vad-Rás,» hacía mucho tiempo que no sabía de mi buen Jefe, y al tener noticia de él le remití un ejemplar que fué contestado con la siguiente carta:

«Gobierno Militar de la Plaza y Provincia de Badajoz.—Particular.—10 de Diciembre de 1878.—Señor D. Dionisio Monedero:

«Mi querido amigo: He tenido una verdadera satisfacción con el recibo de su favorecida del 29 del mes anterior, con inclusión de su precioso trabajo literario que he leído con verdadero entusiasmo por la exactitud con que describe el episodio más brillante de la gloriosa Campaña de África, y que contrasta con el desastroso del infortunado Rey D. Sebastián de Portugal. (1)

(1) Este recuerdo de mi ilustrado Jefe está hecho bien

«Le doy la más sincera y cordial enhorabuena por su aventajado ensayo poético, y también me felicito por haber atendido á un joven tan entusiasta de las glorias del Ejército, y de tan notable capacidad para las letras.

«Doy á V. también expresivas gracias por el obsequio que se sirve hacerme, así como por el recuerdo del afecto que le tuve, y esté seguro de que se complacería de poder serle útil como su mejor amigo, pues se honra

oportunamente, pues en la célebre jornada de Alcazar-Kibir, dice un historiador, el Rey andaba por todas partes peleando personalmente y como si en el valor de su brazo fuese el remedio de tamaño mal. Por su propia mano había tomado dos banderas de los moros perdiendo hasta tres caballos de los que montaba. Jorge de Alburquerque le ofreció el cuarto, y antes que salvar la vida como pudo hacerlo, entró por un apiñado escuadrón mahometano haciendo grande estrago y abriendo ancha calle. Aquí murió Pedro Carvallo que trayendo una lanza pasada por los pechos se encontró con su hijo Pedro, heredero de su casa, tan bañado en sangre por dos cuchilladas que llevaba en la cabeza, que apenas era conocido, y abrazándose como en mutuo confortamiento volvieron á la lid á morir en gloriosa compañía. Precieron tantos y tan principales guerreros que sería prolijo enumerarlos. Allí murió don Alonso de Aguilar coronel de los castellanos, que mirando cuán forzosa era la retirada decía arremetiendo á los moros: «Nunca Dios quiera que vuelva atrás la casa de Aguilar.» También murió D. Gonzalo Chacón, caballero castellano, y cien y cien capitanes y guerreros de nombradía, y perdiendo el Rey otro caballo mostraba dos heridas, una de arcabuz al soslayo en el costado y otra de alfange sobre la ceja derecha que es la que le arrancó la vida.

en serlo de V. su antiguo Coronel—«José Salcedo.»

En estas pocas líneas bien se retrata el caballero en toda la extensión de la palabra, y yo, que siempre estuve dispuesto á dar mi vida por él, no podré jamás pagarle como merece ese paternal afecto que me demostró desde el momento en que tuve la honra de conocerle.

Como bravo militar que es y amante del verdadero patriotismo, protege á un joven,

Los moros, que al principio de la refriega habían huido, vueltos cuando la suerte era segura vengaban en los rendidos y cansados el temor que les infundieran cuando armados y briosos, y en todas partes dejaban larga matanza y carnicería. Otros, más codiciosos que vengativos, desbajaban el bagaje repartiéndose bárbaramente la ganancia. Muchos que escapados de los azares del combate contaban con la vida aunque en mísero cativerio, eran asesinados por la atroz codicia de los árabes que matando desde luego pensaban ganar más pronto los despojos de aquellos infelices.

De todo el campo cristiano con numerosos escuadrones solo se salvaron unos setenta, que por ser fronterizos en Tánger eran prácticos en aquellas tierras y lograron atravesar hasta allá cuando los moros al hambre del saqueo deshicieron el ancho cerco con que rodeaban á los cristianos. Los muertos de éstos pasaron de once mil, y el resto hasta diez y siete mil fueron cautivos muriendo muchos de los heridos en Fez y Marruecos. Moros murieron más de diez y ocho mil.

En la vanguardia peleó un tercio de castellanos compuesto de 2000 hombres causando gran destrozo á la morisma.

casi un niño, al apreciar la verdadera prueba de desinteresado amor que da á su Patria; y si hicieran este aprecio todos los hombres que están al frente de los destinos de la Nación en los diferentes ramos, de los hechos que lo merezcan, otra sería la suerte del Estado; porque si los buenos españoles, aun postergados en sus carreras y olvidados sus méritos cuando no cuentan con el favor, no pueden prescindir de hacer mil sacrificios en holocausto de la Patria querida ¿qué sería si la justicia resplandeciese en todas partes....?

Como recuerdo de aquellos tiempos no he podido resistir el deseo de insertar aquí el siguiente

HIMNO

DEDICADO

AL EXCMO. SR. GENERAL D. JOSÉ SALCEDO Y FERRER

Y

AL EJÉRCITO ESPAÑOL.

CORO 1.º

*Gloria, gloria al leal caballero
Que á los bravos de Almansa mandó,
Y en la guerra del árabe fiero
Con laureles su frente ciñó.*

CORO 2.º

*Gloria, gloria al Ejército ibero
Que á los hijos de Agar humilló,
Y esgrimiendo incesante el acero
Para España mil lauros ganó.*

I.

De mi vida los días gloriosos
Que á tu lado en la tienda pasé
Son el néctar que en los azarosos
Mi amargura mitigan, José;
Al recuerdo de aquellos momentos
En que oía el tronar del cañón
Y los *hurras* que hendían los vientos,
Electrízase mi corazón.

Gloria, gloria al leal caballero &c.

II.

Batallones tomando una cumbre;
Mil jinetes veloces correr;
Humo denso, feroz muchedumbre;
Incendiado el aduar bereber;
Campos bellos con sangre teñidos;
Cuerpos hiertos tendidos allí;
Esto admiran aún mis sentidos
Y mis penas se calman así.

Gloria, gloria al Ejército ibero &c.

III.

De las balas el fiero silbido;
Del clarín el sonido marcial,
El aspecto del inclito herido
Y el invicto pendón nacional,
Se presenta á mis ojos tan bello.....
Que á mi cuerpo estremece el placer;
Por gozar de tal gloria un destello
Voluntario volviera yo á ser.

Gloria, gloria al leal caballero &c.

IV.

Os admiro, preclaros guerreros,
Sois orgullo de nuestra Nación,
Sois del orbe en valor los primeros,
Haya siempre en vosotros unión,
Instrumento no seais de ambiciosos,
Sed de Iberia la noble el sostén;
Dadla días asaz venturosos,
Eclipsad los de Otumba y Bailén.

Gloria, gloria al Ejército ibero &c.

V.

Hurras mil á los bravos soldados
Dignos nietos de Hernán y del Cid;
Siempre, siempre sereis coronados
Con el triunfo si es franca la lid.
Vuestros hechos se ven en la Historia
De oro en letras fulgentes brillar:
Vivan, vivan los bravos con gloria,
Viva, viva el honor militar.

Gloria, gloria al leal caballero &c.

VI.

Bendición á los que sucumbieron
Defendiendo de España el honor,
Y en sus últimas horas oyeron
De glorioso combate el fragor,
Y admiraron la enseña de Iberia,
Y los himnos de triunfo en la lid,
Que entonaban los hijos de Hesperia
Venerando su muerte feliz.

Gloria, gloria al Ejército ibero &c.

CORO.

*Gloria, gloria al leal caballero
Que á los bravos de Almansa mandó,
Y en la guerra del árabe fiero
Con laureles su frente ciñó.*

CORO.

*Gloria, gloria al Ejército ibero
Que á los hijos de Agar humilló,
Y esgrimiendo incesante el acero
Para España mil lauros ganó.*

*
* *

Ahora solo me resta hablar de los moros.
Mas ¿qué diré de ellos?

Que no han acabado de cumplir el tratado de Vad-Rás, y que el respeto y consideración á España que les infundió la severa lección recibida, se ha ido entibiando hasta el punto de tenernos ya en tan poco, que los desgraciados marinos españoles que en sus costas se guarecen cuando á ellas son arrojados por las irritadas olas que promueve el temible Levante, son robados y apaleados é incendiadas ó deshechas sus naves, cometiendo otros excesos que la pluma se resiste á consignar aquí.

Y lo que más indignación causa, haciendo enrojecer de ira y de vergüenza á todo español que se precie de serlo, es que esos fieros mahometanos se enteran, antes de cometer las tropelías, si los infelices náufragos son ingleses ó franceses, pues con éstos no se atreven á tanto. ¡Es claro! Ni Inglaterra ni Francia se andan en contemplaciones cuando reciben ofensas de tal naturaleza: las vengan inmediatamente, porque han comprendido que el hierro y el fuego son las únicas razones á que atienden los moros.

Lo que en la corte de S. M. Sheriffiana sucede con los militares españoles, el ilustrado y pundonoroso Comandante de Ingenieros Sr. Cervera lo dijo ya en el Centro Militar.

Las salvajes hordas que pueblan el interior del Riff no tienen otras leyes que el azar de la fortuna, ni otras garantías que la fuerza.

Si algún comerciante moro ó cristiano se interna en ese país es, cuando menos, despojado sin compasión de todo cuanto lleva, y hasta de las ropas que cubren su cuerpo, y gracias á que los bárbaros le dejen con vida; porque sus costumbres son manifestaciones del instinto más desenfrenado.

Tales salvajes no dejan salir á los habitantes de Melilla más allá de la línea de sus fuertes sin ser traidoramente asesinados, habiéndose atrevido á trazar á su antojo los límites de la plaza rechazando de una manera absoluta una zona neutral á que tenemos derecho con arreglo al tratado de 24 de Agosto de 1859, y el de Vad-Rás: nos han tomado frente á la fortaleza de Rostro-Gordo más de quinientos metros: han incluido también dentro de su territorio el trozo más fértil del campo de Melilla, conocido por la Isleta: hemos perdido «Playa Colorada» y el pozo de Sidi-Abriachs, terrenos cercanos al Monte Atalayón; y con estos hechos no debe conformarse España, cueste lo que cueste.

De los actos de piratería que cometen las kábilas se suele dar cuenta al Sultán, y unas veces, después de pasado mucho tiempo, indemniza á los patronos de los barcos por las pérdidas sufridas, y otras no: de manera que de todos modos siempre es el Sultán el que paga, nunca los moros piratas, pues siempre quedan impunes sus vandálicos hechos.

El artículo 5.º de las Capitulaciones defi-

nitivas de la paz firmadas en Tetuán dice «que S. M. Marroquí confirma las cesiones territoriales que por el Pacto de Agosto de 1859 se hicieron á España, y las garantías, los privilegios y las guardias de Moros de Rey otorgados al Peñón y Alhucemas.»

El artículo 6.º de las mismas Capitulaciones dice:

«En el límite de los terrenos neutrales concedidos por S. M. el Rey de Marruecos á las plazas españolas de Ceuta y Melilla, se colocará por S. M. Marroquí un caid ó gobernador con tropas regulares, para evitar y reprimir las acometidas de las tribus.

Las guardias de Moros de Rey para las plazas españolas del Peñón y Alhucemas, se colocarán á la orilla del mar.»

Y preguntamos nosotros:--¿Por qué el Sultán no cumple lo pactado poniendo ese caid y esas tropas regulares á que se comprometió?

Por la sencilla razón de que no quiere ó no puede, pues no hay para qué recordar aquellos cien moros desarrapados y armados de espingardas viejas y de palos conque quiso satisfacernos hace poco tiempo, siendo

la risa de cuantos los vieron, y la befa de los rifeños.

En la memoria de España está lo que era la tal tropa que á los primeros tiros que oyeron disparados por las kábilas se refugiaron los que la componían en nuestra plaza, desertando todos á los pocos días. Pues bien: si Muley-Hassán, faltando á lo pactado, no quiere enviar un Cuerpo de tropas regulares que ya las hay y buenas en el Imperio, debiera España, cuando un nuevo acto de piratería vuelva á cometerse, variar el sistema seguido hasta aquí y entrar á sangre y fuego por los campos de esos salvajes, talando sus sembrados y no dejando ni un aduar, ni un árbol en pie, ya que el Emperador no tiene medios para hacernos respetar allí por hallarse siempre en otros puntos convertido en recaudador de contribuciones, á cuyo fin entran sus soldados en los poblados no respetando nada.

Ante medios tan suaves, ¿qué han de hacer sus súbditos?

Lo que hacen siempre; recibir á tiros á los soldados del Imperio y huir después á las fragosidades de las montañas hasta donde

son perseguidos y cazados como fieras y degollados á centenares.

¿Y es posible que este gran teatro de tales fechorías, *mercado de esclavos* establecido en las mismas puertas de Europa, *sin protesta de las naciones civilizadas que le consienten*, pueda continuar así, trabajado además como está por las intrigas de los aspirantes al trono del caduco Imperio, que se disputarán como fieras el poder cuando muera el actual Soberano?

Creemos que no; que su completa ruina está cercana, y, para entonces, España debe hallarse preparada si no quiere sufrir la gran vergüenza de que otras naciones se nos adelanten y nos arrebaten lo que de derecho nos pertenece, condenándonos á vegetar asfixiados por falta de expansión, y como prisioneros de Europa y del mundo entero, entre las dos barreras de los Pirineos y el Estrecho de Gibraltar. Si esto llegase á suceder, como irremisiblemente sucederá si nuestros hombres políticos continúan la desastrosa marcha administrativa y de política marroquí seguida hasta hoy, no quedará otro recurso á los altivos y fieros españoles que continuar la

emigración á los países de América, en los que sólo encuentran el hambre, y donde al fin, después de recorrer famélicos y andrajosos aquellas tierras que sus ascendientes pasearon orgullosos como conquistadores, muchos de ellos pierden prematuramente una existencia que debió emplearse en el servicio y engrandecimiento de la Patria.

Si por el contrario, nuestros gobernantes cumplen con su deber de buenos patriotas, esa desdichada emigración puede dirigirse al fértil país de Marruecos, sediento de civilización y de justicia, y entonces los millares de compatriotas que enriquecen la Argelia, la abandonarán para correr ansiosos á agruparse bajo los sagrados pliegues de la bandera de la Patria querida, pues ni uno solo dejará de hacerlo, porque la virtud que en todos los españoles descuella, y en particular en esos infelices que abandonan el hogar en que nacieron por no encontrar en él un pedazo de pan, es la del patriotismo, como lo prueba el que, apesar de haber sido tan desdichados en su Patria, ninguno reniega de ella, siendo muy raro el que se naturaliza en extranjero suelo.



CONCLUSIÓN.



Si en España no hubiera degenerado el patriotismo en las clases que debieran dar ejemplo de amor á las glorias de la Patria; si no hubiese habido tanta *politiquilla* ni tanto egoismo en los partidos políticos, podríamos contemplar hoy general bienestar en la Nación, prestigio grande y decisiva influencia en Marruecos, y un soberbio monumento en Madrid, dedicado á aquella gloriosa campaña que tan alto elevó el honor español, para que en sus piedras leyesen las generaciones venideras el heroísmo que asombró al mundo.

Los restos de aquel bravo Ejército, ahora reunidos, tratan de recabar de los poderes del Estado su concurso á fin de que se haga cumplir el tratado de Vad-Rás, y de que se

erija un mausoleo que encierre las cenizas que puedan recogerse de los valientes que en la guerra murieron, y nosotros creemos que debiera también encerrar las del invicto caudillo D. Leopoldo O'Donnell que con tan admirable valor y acierto dirigió la campaña conduciendo el Ejército á la victoria.

¿Lo conseguirán?

La idea no puede ser más patriótica. Veremos si aún queda en España patriotismo.



APÉNDICE.

Ahí está, por ejemplo, el África, casi toda explorada: tristeza es de los buenos españoles y de los buenos portugueses, que la Europa entera nos vaya alejando cada día más del continente donde debiera ejercerse, en premio á sus iniciativas reveladoras, el imperio indiscutido de nuestra raza.

El Sr. Canalejas en el Congreso Militar. 1892.

Después de impreso este libro han continuado desarrollándose en África varios sucesos que interesan á España en alto grado; y á fin de que no nos suceda lo que con la isla del *Perejil*, punto tan importante próximo á Ceuta, perdido por la indolencia del Gobierno ó de sus representantes, hay que repetir una y mil veces lo que se intenta hacer con Tánger, plaza tan codiciada de los ingleses.

Recordarán los lectores que en Enero de 1892, las kábilas angherinas se sublevaron contra el Bajá ó Gobernador de la plaza ma-

arroquí, y que amenazaron entrar en ella si el Sultán no le destituía.

Que ante esta amenaza, los ingleses enviaron un acorazado con tropas de desembarco para apoderarse de la ciudad, so pretexto de socorrer á sus paisanos de las tropas de los moros, pero con la manifiesta intención de hacer lo que en Egipto.

Que otras naciones europeas también enviaron allí sus buques para impedir á Inglaterra su propósito, ó para no dejarla hacer sola como intentaba, y que nuestra amada Patria también acudió allí, la última, colocando entre los soberbios acorazados extranjeros..... un barco de madera: ¡Buen papel hicieron representar á nuestros marinos que son los más bravos del mundo!

El Sultán atendió la queja de los sublevados y destituyó al Gobernador, y calmadas las pasiones de los riffeños, los extranjeros retiraron de las aguas marroquíes sus buques; mas hay que tener en cuenta que si ahora no ha habido pretexto para el desembarco, no tardará en presentarse, ya que el Imperio de Marruecos se halla al principio del fin.

Las naciones europeas no ven con buenos

ojos la intención de la Gran Bretaña, porque si la dejaran posesionarse de Tánger, nadie podría pasar sin su consentimiento, ni por el Estrecho de Gibraltar, ni por el Canal de Suez. En cambio las simpatías de todas están por España, la que debiera prepararse para hacer nuestro desde el Muluya hasta el Sus, sin excluir á Tánger; y para realizar este hecho de tanta importancia no hay otra solución que la que ya queda manifestada en el trascurso de esta obra, esto es, «Que los diferentes partidos políticos de nuestra Patria se unan para hacer administración, pues el patriotismo de todos hará lo demás.»

*
* *

Un preso de Melilla acaba de fugarse, y al ser perseguido por dos soldados de la guarnición han salido los rifeños que se han apoderado de los infelices y les han asesinado, robándoles las armas y derribando después las señales puestas en los sitios que los mismos moros designaron en la demarcación de límites.

Han arrasado y robado la colonia del Norte de África, y burlándose de las autoridades de Melilla.

Han dado muerte al soldado español Fernando Bueno haciendo fuego á la guarnición de la plaza por espacio de más de una hora: Han asesinado al español Oliva; disparado sus fusiles contra el cañonero «Pilar,» el que fué más rudamente combatido al enarbolar la bandera española, sin duda en prueba de respeto á España: y en las cercanías de Tánger también han hecho lo propio contra la balandra «San José.»

Al considerar la impunidad en que estos crímenes quedan, ¿qué extraño es que todo buen español piense indignado en lo que afirma Sir Charles Ewan Smith en el telegrama dirigido á Lord Salisbury publicado en el libro azul que ha visto la luz en Londres? En dicho telegrama dice el diplomático inglés, que el Emperador Muley-Hassán *ha declarado* en una entrevista que con él tuvo y en la que le ofreció veintiocho mil libras esterlinas en oro si consentía en retirar algunos artículos del tratado que se intentaba concertar, que es costumbre entre los representantes europeos, cuando á instancias del Gobierno marroquí retiran algunas peticiones, el *acceptar en recompensa* presentes de un valor considerable.

No puede expresarse con mayor claridad un hecho tan grave para todos los representantes europeos y en particular para los de España que han debido apresurarse á desmentirlo, si no es verdad.

¡Ah! Si la muerte no nos hubiese arrebatado tan prematuramente al noble Rey Don Alfonso XII, que era un Rey patriota y de corazón, ya se hubiera puesto coto á las demasías de nuestros bárbaros vecinos, pues no otra cosa significaba aquel «Santo y Seña» de la plaza que dió al Capitán General de Madrid Sr. Martínez Campos, que decía: «ARSENIO, ARMAS, ÁFRICA.»

Pero si por desdicha perdimos á aquel Rey-Soldado, también es cierto que no nos faltan Generales de valor y de genio militar que puedan ponerse al frente de un Ejército y hacer lo que hicieron el inolvidable Duque de Tetuán y los demás Generales que mandaron las tropas.

No faltará quien diga lo de siempre: Que España no está para aventuras que originan muchos gastos; que el terreno que ocupásemos estaría siempre bloqueado por el enemigo; que no se podría salir al campo sin

estar expuestos á ser asesinados, y que alguna potencia de Europa no dejaría de poner entorpecimientos como sucedió en el año de 1859.

A esto decimos nosotros que si por el hecho de hallarse un Estado empobrecido, sea por la causa que quiera, han de consentir sus gobernantes que le escarnezan uno y otro día sus enemigos, apesar de constarles que los gobernados se impacientan y se irritan con los insultos y menosprecio que recibe la Nación de que son amantísimos hijos, es preferible, antes que consentir tal baldón, que esa nacionalidad desaparezca del mapa como Estado y que se conforme con dormir el sueño histórico de Grecia.

El que las kábilas bloqueen el terreno que España ocupase en África, poco debe preocuparnos, porque los colonos que fuesen á habitar las tierras que el Gobierno les cediese en aquel país, irían á labrarlas armados, y esto unido á los destacamentos de las colonias tendrían en respeto á los mórros, ya que no faltarían españoles que se aventurasen á ser propietarios allí, mejor que aquí braceros sin trabajo, y se acostumbrarían á todo, pues no

harían otra cosa que lo que hicieron sus abuelos en todo tiempo con los romanos primero y con los moros después.

Además, que si viviendo en España han de morir de anemia ó han de emigrar á otras regiones donde también encuentran el hambre y la muerte, es preferible lo primero, que al propio tiempo elevará el prestigio de España.

Y respecto á lo de que alguna nación de Europa quiera hoy entrometerse en nuestros asuntos, como lo hizo antes, contestamos que ahora las circunstancias no son iguales; porque entonces creyeron todos aletargado, si no muerto, al fiero león castellano, y hoy ya han visto de lo que es capaz.

Además de que todos y cada uno de los Estados europeos tienen bastante que hacer en su propio suelo sin meterse en aventuras que podrían costarles caras.

Si no se puede ó no se quiere enviar ahora al Riff un Cuerpo de Ejército de 40.000 hombres, refuércense al menos las guarniciones de nuestras plazas del litoral africano, interin se obliga al Sultán á que cumpla el tratado de Vad-Rás; y si durante este tiempo come-

ten los moros las fechorías que acostumbran, castígueseles con rigor y así escarmentarán.

Las naciones de Europa deben tener presente que Marruecos pertenece á España; que si un cataclismo de la naturaleza le separó en una de sus terribles manifestaciones creando el Estrecho, hoy la ciencia le enlaza de nuevo, y la civilización nos llama allí para acabar cuanto antes con la barbárie que vegeta descaradamente á las mismas puertas de las civilizadas naciones.

Noble España; no olvides que en el hermoso suelo que ocupan los fanáticos sectarios del Islamismo, se encuentra tu porvenir. Cumple, pues, y lo antes posible, el testamento de la Gran Reina Isabel la Católica. (1)

(1) He aquí la cláusula de su testamento que á Marruecos se refiere:

«É ruego é mando á la princesa mi hija é al príncipe su marido, que como católicos príncipes tengan mucho cuidado de las cosas de la honra de Dios, é de su santa fé celando é procurando la guarda é detención é ensalzamiento de ella, porque por ella somos obligados á poner las personas é vidas é lo que tuviéremos, cada que fuere menester, é que sean muy obedientes á los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, é protectores é defensores della, como son obligados, É QUE NO CESEN DE LA CONQUISTA DE ÁFRICA, é de puñar por la fé contra los infieles.»

RESUMEN DE LOS MUERTOS Y HERIDOS DURANTE
LA CAMPAÑA DE ÁFRICA.



MUERTOS.

Generales.	»	} 4040
Brigadieres.	»	
Jefes.	18	
Oficiales.	140	
Tropa.	3882	

HERIDOS.

Generales.	2	} 4994
Brigadieres.	3	
Jefes.	44	
Oficiales.	242	
Tropa.	4703	

Total. 9054

En 1860 y en varias ocasiones después, ha presentado el Ilmo. Sr. D. Eduardo A. de Bessón el siguiente

PROYECTO DE MONUMENTO AL GID GAMPEADOR.

Se abre una suscripción en la provincia de Burgos para construir en la capital un monumento digno, severo, pero muy sencillo, á la memoria del héroe castellano.

Se admiten donativos desde 12¹/₂ céntimos de peseta (medio real) hasta la cantidad que guste dar la filantropía de los hijos y moradores de esta provincia.

Se anunciará desde luego el concurso para el proyecto del monumento, que no ha de pasar de 100.000 pesetas, y que se someterá á la aprobación de la Academia de San Fernando. El proyecto premiado recibirá 2.500 pesetas de indemnización, y su autor dirigirá la realización de la obra.

Se recomendará á los Señores Alcaldes de todos los pueblos de la provincia, que, atendido lo patriótico del objeto y lo exiguo de la cuota mínima de la suscripción, procuren, por orgullo provincial, que aparezcan en las listas el mayor número posible de los nombres de sus respectivos vecinos.

Se abrirá una suscripción con una invitación á S. M. el Rey, á S. A. la Princesa de Asturias, al Consejo de Ministros, á los Senadores, á los Diputados, á las Autoridades de todo género de la provincia y á todas las clases del Ejército y Armada.

Se admiten suscripciones del resto de la Nación, y todos los Ayuntamientos quedarán facultados para recibirlas, avisando oportunamente á la Comisión Central de Burgos.

El *Boletín Oficial* y la *Gaceta* publicarán cada quince días la lista de suscritores.

El cálculo aproximado de gastos sería el siguiente:

	Pesetas.
Monumento.	100.000
Premio al autor del proyecto.	2.500
Honorarios al Arquitecto.	7.500
Toda clase de gastos, impresiones, giros, etc.	2.500
Total de gastos.	<u>112.500</u>

El cálculo aproximado de ingresos sería el siguiente:
 Censo de la provincia. 350 300 habitantes:
 De estos no serán suscritores. 150.000

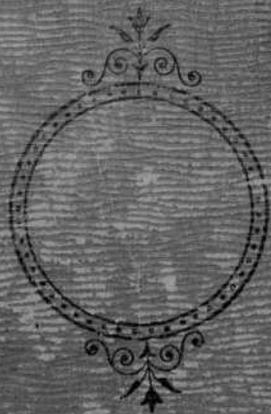
	Ptas.	Cts.
Lo serán á razón de 12 $\frac{1}{2}$ cts. de peseta 137.500 que hacen un total de.	17.187	50
Idem á 50 cts. 25.000.	12.500	
Idem á 1,00 pta. 20.000.	20.000	
Idem á 1,50 7.500.	11.250	
Idem á 3,50 10.000.	35.000	
Idem á 5,00 100.	500	
Idem á 10,00 100.	1.000	
Idem á 25,00 100.	2.500	
Total de suscritores. 200.300	Total de suscripción	
Idem que no lo son. 150.000	de los mismos. 99.937 50	
Igual al censo de la provincia.	<u>350.300</u>	
Suscripción de fuera de la provincia.	12.562	50
Total de suscripciones por todos conceptos.	<u>112.500</u>	
	Ptas.	Cts.
Total general de gastos.	112.500	
Idem de ingresos.	112.500	
RESUMEN.	<u>02</u>	

Tomarían parte en este proyecto casi todos los vecinos de la provincia, y eternizarían su memoria la Diputación y Municipio que le planteasen.

ÍNDICE.

	<u>Folios.</u>
Dedicatoria.	V
Un <i>nombramiento</i>	VII
Prólogo.	IX
Por qué escribí el libro.	17
CAPÍTULO I. Entusiasmo del pueblo español. .	22
CAPÍTULO II. La primera marcha.—Santander.— Despedida y embarque.—En el mar.	29
CAPÍTULO III. El Ferrol.—Noticias de esta plaza. —Viaje á Cádiz.—Estancia en esta ciudad.—Embarque.	48
CAPÍTULO IV. Travesía del Estrecho de Gibraltar. —Desembarque en África.—El Co- ronel Salcedo.—El Campamento. . .	59
CAPÍTULO V. Huertas de Tetuán.—La vida en campaña.—El cólera.	75
CAPÍTULO VI. Un paseo militar.—Alarma en el Campamento.	84
CAPÍTULO VII. Una visita á Tetuán.—El cemen- terio de los moros.—La Judería.— Una sinagoga.—Un sabio.	91
CAPÍTULO VIII. El 23 de Marzo.	110
CAPÍTULO IX. Campamento de Vad-Rás.—Des- canso del Ejército.	149

CAPÍTULO X.	Campamento de Vad-Rás.—Preparativos de marcha á Tángers.—La paz.—Recorren los moros nuestro campo.	160
CAPÍTULO XI.	Regreso del Ejército á Tetuán.—Las kábilas.—Una tienda de tabaco en Tetuán.—El Campamento.	173
CAPÍTULO XII.	Ataque de las kábilas.—Preparativos de defensa.—La Pascua de los judíos.—El cementerio israelita.—Sorpresa.	186
CAPÍTULO XIII.	Misa de campaña.—Ofrenda de flores.—Un moro galante y un español renegado.—Historia triste. . .	203
CAPÍTULO XIV.	Regreso á España.—Monte Negro.—Las lagunas.—Los arenales.—Ceuta.—El Serrallo.—Embarque.—Málaga.—Sueño feliz.	228
CAPÍTULO XV.	Alicante.—Campamento de Amaniel.—Entrada triunfal en Madrid.—Canillejas.	248
CAPÍTULO XVI.	Burgos.—Sus hombres ilustres.—Sus monumentos.—Entrada de mi Batallón en la antigua Capital de Castilla.—Digresiones.	264
Epílogo.		291
Conclusión.		311
Apéndice.		313
Resumen de los muertos y heridos durante la Campaña.		321
Proyecto de monumento al Cid.		322



G 40698

WPISSODIOS

WARMS

— X0